



NO SOY TU NOVIO

Dina Reed

NO SOY TU NOVIO

DINA REED

©Dina Reed, octubre 2018

©Todos los derechos reservados

Foto de portada: Fotolia

Diseño portada: DR

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso de la autora con la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes que aparecen en la novela son inventados, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.

ÍNDICE

SINOPSIS

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[EPÍLOGO](#)

SINOPSIS

James Nash está ansioso por llevar las riendas del imperio empresarial familiar, pero la única condición que su padre le pone para hacerlo es que siente la cabeza.

Él sabe que quien quiere algo, algo le cuesta, aunque sea pasar por un matrimonio de pura conveniencia, puesto que no cree ni en el amor ni en el compromiso.

Y no se le ocurre nada mejor que proponerle matrimonio a Joana Sinclair, su secretaria, a cambio de una jugosa cantidad de dinero.

Para él sin duda es la candidata perfecta para un matrimonio por interés y un posterior divorcio sin traumas ni rencores: está hasta arriba de deudas, le odia desde lo más profundo de su ser, y además está locamente enamorada de Harry Smith, el jefe de informática de la empresa.

Joana decide aceptar la propuesta delirante de su odiado jefe para sanear de una vez sus finanzas, ya que además la familia de James vive en las Bahamas y solo debe fingir que le ama el día de la boda.

En fin, que es pan comido... Y James por supuesto que piensa lo mismo.

Lo que ninguno de los dos sabe es que todo se va a enredar de tal forma que no va a quedar en pie ni una sola de sus certezas.

¿Serán entonces capaces de enfrentarse a la verdad y de escuchar a sus corazones?

Capítulo 1

Era una mañana calurosa, a pesar de ser mediados de octubre, tanto que a James le entraron unas ganas tremendas de pedir *sushi* y bajar a zampárselo a Central Park sentado en el césped con los pies descalzos, como si fuera un turista más de los que a esas horas frecuentaban el parque.

Desde su maravilloso despacho en una de las mejores torres de la ciudad tenía unas vistas privilegiadas al parque, ese parque que tanto le gustaba y que disfrutaba a diario cuando al amanecer salía a correr durante una hora.

Pero en ese momento el parque lucía tan hermoso, con esa variedad de ocres, con esa luz dorada y cálida más propia de un verano que se resistía a irse, que era difícil no caer en la tentación de salir a disfrutar del día.

Además estaba tan feliz, pues después de unos meses de duras negociaciones por fin habían cerrado la compra del 1.8% de la farmacéutica Danles, que sentía que merecía más que nunca tomarse un par de horas libres.

Si bien ante de premiarse con nada, debía hacer algo importante y que le fastidiaba como nada en el mundo: llamar a su padre.

Estaba obligado a comunicarle la noticia de la compra porque, a aunque el viejo vivía en las Bahamas, todavía seguía al frente de la Presidencia y en breve tendría que reunirse con los de la farmacéutica para proceder a la firma final.

Respiró hondo y le telefoneó frustrado como siempre que le tocaba hacer esa clase de llamadas, a las que cada vez encontraba menos sentido.

Su padre vivía en la playa, apenas pisaba las oficinas así que ¿por qué narices no soltaba de una vez la Presidencia de la empresa y le dejaba al fin operar a sus anchas?

Además había demostrado con creces que estaba más que preparado para asumir la Presidencia, ya que desde que él estaba al frente de todo la empresa había presentado sus mejores balances.

Por tanto ¿a qué esperaba su progenitor para entregarle al fin las riendas de la empresa?

Sin saber ya ni qué responderse a sí mismo para serenarse, se desanudó un poco la corbata y esperó a que su padre descolgara el teléfono...

Doce tonos después, James escuchó a su padre, con su inconfundible tono de voz contundente y firme, decir:

—Estoy a punto de hacer un *birdie*, espero que lo tengas que decirme sea importante.

James bufó desesperado ya que no sabía cómo se las apañaba su padre que siempre le hacía sentir como si tuviera tres años.

—Sé lo importante que es el puñetero golf para ti, así que como imaginarás no te llamo para avistarte de que me he quedado sin papel higiénico.

—Tú siempre tan a la defensiva, hijo. ¿Cuándo aprenderás a relajarte?

—¿Tal vez cuando empieces a tratarme como a un adulto? Te llamo porque hemos cerrado al fin la compra de la farmacéutica. No pienso detallarte lo que ha sido la fase final de las negociaciones, pero imagina el infierno más jodido que conozcas y multiplícalo por mil...

—James, tú siempre tan exagerado...

—No, padre, ha sido una negociación durísima. Pero lo hemos logrado, ya solo falta que nos sentemos para la firma final.

—Perfecto. Avísame cuando sepas día y hora. Y ahora te dejo...

James se pasó la mano por la cara porque aquella respuesta tan fría le pareció el colmo:

—¿No me vas a felicitar?

—No. Siempre te he dicho que no debes buscar más aprobación que la tuya propia. ¿Tú estás satisfecho con el trabajo que has hecho?

—¡Para no estarlo! Tú sabes muy bien que todo el mundo desea meter la cabeza en esa maldita farmacéutica.

—Pues ya está... No necesitas ni mi felicitación ni la de nadie.

James se mordió los labios, pues había algo que le quemaba por dentro y lo soltó como quien arroja aceite hirviendo desde lo alto de un castillo:

—Lo que sí que necesito es que me pongas de una vez al frente de la Presidencia. Con lo a gusto que estás en tu retiro, ¿por qué diablos no sueltas de una vez la Presidencia?

—Qué cansino eres, hijo mío. ¿Cuántas veces tengo que decirte que ese momento llegará cuando estés preparado?

—¿Te parece poca preparación mi estudios en Harvard y los ochos años en la dirección con unos resultados excelentes?

El señor Nash lanzó un suspiro de puro aburrimiento porque el tema le tenía bastante hartó y le recordó:

—Solo cuando tengas una familia estarás preparado...

—¡Familia! —bufó James, dando un manotazo al aire—. ¡No se necesita una familia para dirigir un emporio como el nuestro! Al contrario, al no tener familia puedo entregarme en cuerpo y alma a los negocios. ¿Es que no lo entiendes, viejo testarudo?

—El que no lo entiendes eres tú. Solo cuando tengas una existencia plena y equilibrada estarás preparado...

—*Argggg*, padre. Me pones de los nervios cuando hablas así. ¿Acaso las personas solteras no pueden dirigir empresas? ¡Qué bobadas dices!

—Claro que pueden pero yo hablo de ti. Te conozco mejor que nadie y sé que necesitas formar una familia para dar lo mejor de ti.

—O sea que hasta que no tenga siete hijos no vas a soltar la puñetera Presidencia.

—Me basta con que te cases...

James estuvo a punto de echarse a reír porque para él casarse era como poco sinónimo de cadena perpetua. Él tenía amigas con las que tenía perfectamente cubiertas sus necesidades afectivas y sexuales y desde luego que no pensaba a renunciar a ellas para dedicarse a una sola mujer.

Él no iba a cometer el mismo error que el resto de sus amigos que estaban atrapados en unos matrimonios convencionales y aburridísimos que como mucho les procuraban unos instantes fugaces de felicidad tediosa.

Desde luego que él no quería eso para su vida y lo tenía tan claro que le replicó a su padre:

—Sabes que jamás pasaré por ese aro.

—Y tú sabes que jamás te pasaré la Presidencia como no lo hagas.

—Me parece que he demostrado en estos años suficiente compromiso, responsabilidad, dedicación, exigencia y excelencia como para merecerme de una vez por todas ese puesto. Llevar una alianza en el dedo no me va a hacer mejor...

—Claro que sí. Espera a llevarla y me cuentas...

—No me interesa el matrimonio, padre. No sé cómo tengo que decírtelo.

—Ay, hijo, no insistas. Sé perfectamente lo que te conviene.

—¿Incluso mejor que yo mismo? —preguntó ofuscado, apretando fuerte el puño.

—Incluso mejor que tú mismo. Y ahora voy a colgar que estoy perdiendo la concentración...

Avísame para la firma...

James colgó como siempre que hablaba con su padre de ese tema, furioso y desesperado, y cayó derrotado en el sofá de piel al tiempo que Joana su secretaria llamaba con los nudillos a la puerta.

Sabía que era ella porque su forma de llamar insistente y machacona era irreconocible. Le irritaba como nadie lo había hecho jamás llamando a su puerta...

—Señor Nash, traigo el informe que me pidió hace un rato... —dijo tras asomar la cabeza.

James la miró con los ojos echando chispas y un rugido de tripa enorme que le hizo replicar:

—Pídemme *sushi*, el menú superespecial que trae de todo. Tengo un hambre de mil diablos.

Joana le entregó el informe y justo en ese instante James se percató de que su secretaria llevaba la puntera del zapato de tacón medio envuelta en cinta aislante.

—*Sushi*... Sí... Claro... —balbuceó muerta de la vergüenza porque su jefe se había percatado del percance con el zapato.

—Dios mío, Joana, ¿tan mal estás de dinero que no puedes comprarte unos zapatos nuevos? Y lo que es peor ¿te haces una ligera idea de la imagen que estás dando de la compañía?

Joana se ruborizó, se cruzó de brazos y, deseando que la tierra la tragara, replicó:

—Es que se me ha despegado la suela cuando venía esta mañana al trabajo. Vengo caminando...

Solo es una horita y media... Y los zapatos ya tenían unos años... Pero le juro que cuando he salido de casa estaban perfectos...

James pensó que no se podía ser más desastre que esa chica a la que precisamente había elegido por su penosa situación financiera. La había investigado lo suficiente como para saber que no solo tenía un currículum brillante, sino que estaba hasta arriba de deudas, lo que le hacía la candidata perfecta para ocupar el puesto.

Era obvio que alguien tan brillante y necesitado de dinero iba a dar el resto para no perder su empleo, como así había sido con Joana que trabajaba más que nadie.

Claro que de vez en cuando tenía esas cosas como que se plantara en la oficina con unos zapatos viejos que daban pena...

Pero era una buena chica, inteligente, trabajadora, competente, servicial... y...

La sucesión de adjetivos cesó de pronto porque inesperadamente una idea loca, descabellada, tal vez estúpida, asaltó su mente...

Vale que era una soberana tontería, pero en medio de esa situación tan absurda en la que se encontraba por culpa del terco de su padre, tal vez la única salida era un despropósito mayor...

¿Y por qué no con Joana?

Capítulo 2

James se llevó el dedo índice a la barbilla y con la mirada incisiva le preguntó ansioso:

—¿Sigues soltera?

Joana agobiada por lo de su zapato, tragó saliva y replicó justificándose:

—¿Me está queriendo decir que como estoy soltera es intolerable que me pasen cosas como estas, que debería tener tiempo de sobra para dedicarlo a comprarme ropa, calzado y complementos? Pues mire, me paso el día entero trabajando en esta empresa y los fines de semana podría tener tiempo para comprarme cosas pero es que no tengo dinero. Disculpe mi sinceridad, pero sigo pagando el crédito de la universidad, el crédito que pedí con mi exnovio para el negocio que no funcionó y soy la que lleva el pan a casa porque vivo con mi madre y con mi hermana y no trabajan...

James se llevó las manos a la cara de la desesperación y preguntó:

—¿Quieres limitarte a responder a la pregunta?

—¿Si estoy soltera?

James asintió con la cabeza, respiró hondo y respondió:

—Sí, es facilita.

—Hoy y siempre. El matrimonio no es para mí. Después de la decepción que sufrí con mi exnovio, una y no más. Me dejó plantada a tres meses de la boda y se largó dejándome solo deudas.

James sonrió y se enderezó en su sillón de jefe con una expresión de satisfacción:

—Perfecto.

—Lo que no significa que esté cerrada al amor, pero del matrimonio no quiero saber nada.

—Del matrimonio por amor —precisó James.

—¿Es que hay otro?

—Por interés —contestó James con un brillo terrible en la mirada.

—Eso es cosa de otro tiempo, hoy todo el mundo se casa por amor.

—¿Y a ti no gustaría casarte por interés? —preguntó James con una mirada que a Joana le pareció rarísima.

—Perdone pero ¿qué cosa más horrible me está preguntando? Soy una chica romántica que, a pesar de que me rompieran el corazón, sigue creyendo en el amor.

—Ya lo sé. Pero imagina si te propusieran casarte por... dinero ¿qué te parecería?

Joana frunció el ceño, se mordió los labios y respondió:

—¿Alguien para conseguir los papeles de la nacionalidad o algo así? Pues que quiere que le diga, me parece que es un delito y yo soy una chica que...

James bufó y decidió ir directo al grano como siempre hacía en todas las negociaciones importantes, y esta sin duda lo era.

—Te estoy hablando de mí.

Joana dio un respingo y, sin entender nada, volvió a preguntar:

—¿Cómo que de usted? ¿Usted se va a casar por interés?

James agitó la cabeza nervioso y le explicó para sacarle de una vez de dudas:

—Nosotros, tú y yo.

Joana parpadeó muy deprisa y, con la boca abierta, solo atinó a replicar:

—¿Qué?

—Mira, sé que suena a locura total, pero tengo un padre que es terco como una mula y tiene la intención de pasarme la Presidencia solo cuando tenga una familia.

—¿Una familia con niños, perro y jardín con gnomos? —inquirió Joana, alucinada.

—Le basta con una mujer. Un esposa. Yo no tengo novia y no la voy a tener jamás. Tengo amigas con las que me lo paso bien y no necesito más.

—Ya...

Joana lo sabía bien porque de vez en cuando le tocaba hacer reservas en restaurantes, teatros y sitios de moda... Incluso hasta le había tocado comprar bolsos en Internet para esas amiguitas...

—Llevo toda la vida esperando a que a mi padre se le pase la manía de que debo casarme, pero sigue en sus trece.

—Vaya... —murmuró Joana temiéndose lo peor.

—Yo estoy cansado de esta situación, le acabo de llamar para que acuda a la firma con la farmacéutica cuyas acciones acabamos de comprar y me siento fatal... Tú bien sabes lo mucho que hemos luchado para que se cierre la operación...

—Y ha sido un éxito. Es usted un genio.

—No es el momento de los peloteos, Joana. Sabes que detesto la adulación.

—¡Digo la verdad!

—El caso es que no soporto tener que llamar a mi papá cada vez que sucede algo importante, me siento como un niño de siete años pidiéndole que me firme las notas del colegio. ¡Es algo ridículo! Yo tendría que llevar años en la Presidencia y no depender de mi padre para cosas como una firma o para acabar de tomar decisiones importantes.

—De alguna manera es usted el presidente en funciones.

—Pero no tengo la Presidencia. Y la quiero. Y si para eso tengo que hacer algún sacrificio... —hizo una pausa dramática, respiró hondo y luego dijo—: Lo haré.

—¿Sacrificio? —preguntó Joana, asustada.

—París bien vale una misa. ¿Eso dicen, no? Si el viejo persiste en ese despropósito, tendré que hacer algo. Yo soy un hombre de acción...

—Ya, pero ese algo es casarse. Es algo serio. O eso dicen también...

—Es una soberana estupidez. Pero si se hace por puro interés, el matrimonio se convierte en algo mucho más atractivo. ¿No te parece?

Joana estaba pasmada pensando a saber qué cosas se le estaban pasando a su jefe por la cabeza, pero ella lo tenía clarísimo:

—A mí el matrimonio no me interesa de ninguna de las maneras.

—¿Y si asumo todas tus deudas? ¿Imaginas lo que sería tu vida sin cargas? ¡Jamás volverías a llevar zapatos con las suelas rotas!

—¡Qué bochorno! ¡Le repito que los zapatos estaban perfectos cuando salí de casa! —le recordó toda digna.

—¿Por qué caminas hora y media? ¡Las cartas sobre la mesa, Joana! ¡Di la verdad! ¡No tienes ni para pagarte el metro!

A Joana le molestó mucho el comentario de su jefe pero tenía toda la razón, no tenía ni para pagarse el metro:

—Vale, sí, tengo ciertos problemitas financieros ¿y?

—Que te estoy dando una solución rápida y eficaz a tus problemas, solo tienes que decir sí y listo.

Joana no pudo evitar echarse a reír porque lo que le estaba proponiendo su jefe era lo más descabellado que había escuchado nunca:

—¿Tengo que decir sí a casarme con mi jefe?

—Sé que no te gusto demasiado, te exijo como el que más, te pido informes a las tres de la mañana, casi nunca doy las gracias por nada, jamás te doy palmaditas en el lomo, soy borde la mayoría del tiempo y encima te pido que elijas bolsos para mis amantes... Soy lo que se dice un jefe cabrón...

—Con pintas —precisó Joana cruzándose de brazos.

—Eso es. Con pintas también. Pero como no te estoy pidiendo que te cases conmigo por amor, no hay ningún problema con que sea un cabronazo con pintas.

—No me puedo creer que me esté pidiendo esto... Además ¿no tiene tantas amigas? Propóngaselo a cualquiera de ellas...

—No puedo, hay un pequeño problema: nos gustamos. Y no solo me refiero al físico, nos caemos bien. Yo lo tengo clarísimo y sé que jamás cruzaré la línea roja, son amigas y punto, pero ¿y si a la elegida se le va la pinza con la cosa del matrimonio y me pide más? Más compromiso, incluso, ¡horror!, ¡hijos! No puedo correr el riesgo de que alguna se me enamore de verdad y luego me haga la vida imposible a la hora del divorcio. Yo necesito a alguien como tú. Alguien que me deteste, que se case por puro interés y que me conceda al año un bonito y civilizado divorcio.

—Yo le admiro, no le detesto...

—Pero soy un jefe cabrón con pintas.

—Eso sí.

—A mí me pareces también una profesional admirable, pero no siento por ti nada que vaya más allá de lo profesional. Ni siquiera me gustas físicamente... Y perdona la cruda sinceridad, pero es que no eres mi tipo... Y con esto no quiero decir que seas fea, al revés... Eres una chica bonita y tal... Pero...

—Le entiendo... Me pasa igual. Mis amigas están hartas de escucharme decir que tengo un jefe que está buenísimo con el que jamás tendría nada...

James se echó a reír y preguntó entonces ansioso por conocer la respuesta:

—¿Entonces?

Capítulo 3

Joana se encogió de hombros y se quedó mirándole con sus ojazos azules, arrugando la nariz, una nariz que por cierto James consideró que era bastante graciosa, simpática, mona...

Era respingona y con pecas diminutas que se extendían por las mejillas, porque esa chica era la clásica castaña de piel blanquita...

Y a él no le gustaban para nada las castañas, era más de mujeres rubias y curvas contundentes... Nada que ver con Joana que tenía un bonito cuerpo, pero menudo y delicado como esa naricilla que arrugaba con mucha gracia.

—¿Entonces qué? —preguntó por fin después de quedarse un buen rato mirando a su jefe que sí, que reconocía que estaba buenísimo.

Era un tío alto, de 1,90 cm, de cabello castaño oscuro, ojos verdes, nariz recta, mentón bien marcado y una sonrisa perfecta. Tenía un cuerpo de impresión y además era elegante como nadie, le sentaban los trajes mejor que a los modelos de Armani, pero a ella toda esa perfección de dios griego no le impresionaba lo más mínimo. Podía pasarse días enteros mirando a ese Adonis, y nada... Se quedaba tan pancha, ni frío ni calor.

—¿Hay trato? —preguntó como si la proposición fuera lo más normal del mundo.

—Jajajajajaja. Perdona, señor Nash, pero no me puede hablar en serio.

James se revolvió en su silla, estrujó su estilográfica carísima con ambas manos y respondió con un punto de enojo en su mirada:

—Jamás he hablado más en serio en mi vida.

—¿Pero cómo puede estar pidiéndome que me case con usted?

—¿Por qué no? Si es lo más sensato que puedo hacer. ¡Eres la candidata perfecta, Joana! Y los dos salimos ganando con la operación. Tú liquidas tus deudas y yo consigo la Presidencia. En tu vida vas a recibir una mejor oferta de matrimonio...

—Jajajajajaja. No, desde luego que no. ¡No entra en mis planes casarme! Descuide que no voy a ser tan imbécil como para cometer ese error dos veces. A mí no me vuelve a dejar plantada nadie...

—Yo no soy como ese imbécil que te dejó plantada, yo jamás te haría una canallada semejante. ¿Cómo pudiste enamorarte de un cretino así?

Joana bajó la vista al suelo azorada, porque no tenía con su jefe la confianza suficiente como para hablar de algo tan íntimo. De hecho, hasta ese momento solo habían hablado de temas laborales y eso que llevaban cuatro años trabajando juntos...

—Mire yo...

James se percató de que había metido la pata y, como no quería para nada que esa chica se enojara con él, rectificó al momento:

—No digas nada, es tu vida y puedes hacer con ella lo que quieras. Pero considera mi propuesta de matrimonio como un negocio.

Joana le miró horrorizada y, negando con la cabeza, repuso:

—Suena todo tan feo...

—¿Feo? Los negocios son así, señorita Sinclair, parece mentira que todavía no lo sepas. Los dos

queremos algo y coaligándonos podemos lograrlo. Es tan sencillo como eso.

—Ya, pero estamos hablando de matrimonio, no de una fusión de dos empresas.

—De alguna manera sí es una fusión empresarial. Piénsalo bien. Te recuerdo que tienes una deuda de unos 300.000 dólares, es algo bastante serio.

Joana le miró más horrorizada todavía y, con cara de espanto, le soltó:

—No me puedo creer que me haya investigado como las empresas que compra...

—Tú mejor que nadie sabes que me gusta estar muy bien informado.

—Entiendo. ¿Y yo qué soy, la típica empresa deficitaria pero con posibilidades de futuro una vez que se hagan los ajustes oportunos?

—En tu caso, que tuvieras deudas de alguna manera me garantizaba que te quedaras en el puesto durante una buena temporada.

—O sea que me contrató porque estaba endeudada hasta las cejas...

—Y porque eres brillante, talentosa, concienzuda, trabajadora...

Joana enojada se cruzó de brazos y, alzando una ceja, le aseguró:

—A mí tampoco me gusta que me adulen.

—Te digo la verdad.

—¿Y ahora no teme perderme si acepto su propuesta y liquido mi deuda?

James dejó la pluma sobre la mesa, la miró muy serio y respondió tajante:

—Correré el riesgo. Por acceder a esa maldita Presidencia estoy dispuesto a todo, hasta a vender mi alma...

—¿Su alma?

—Mejor diré mis principios. Siempre pensé que jamás me casaría pero por esta empresa soy capaz de todo. ¿Y tú? ¿Tú qué estás dispuesta a hacer por librarte de esa carga que tanto te pesa?

—Lo que estoy haciendo, trabajar duro y pagarla poco a poco.

James se echó a reír y a Joana le sentó fatal porque se sintió una auténtica mierda:

—¿Y qué clase de vida llevas que no puedes ni pagarte un buen par de zapatos?

—¡La vida es algo más que lo material! —le reprochó llena de rabia.

—La mitad de tu sueldo se va para pagar tu deuda y con la otra mitad costear el alquiler y los gastos de tu casa: comida, luz, agua, etc.

—No puedo creer que haya llegado tan lejos...

—Sabes que soy capaz de todo, tú mejor que nadie me conoce. Y sabes que no tienes ni para pagarte un seguro de salud decente. Y eso que te pago bien, tres veces más de lo que ofrece el mercado...

Joana cada vez más furiosa, con los ojos llenos de lágrimas, le exigió:

—Déjelo ya, señor Nash, se está pasando.

James se ajustó el nudo de la corbata y le dijo alto y claro:

—No me estoy pasando, te estoy recordando únicamente cuál es tu situación financiera y tu realidad... ¿Piensas pasarte el resto de tu vida vistiendo la ropa que regalan las ricas de la parroquia de tu barrio al padre Daniel?

Joana no daba crédito, ¿pero cómo podía haberse enterado de que la ropa que lucía la sacaba de lo que le daba el padre Daniel? Era triste, pero vestía de beneficencia, de las ropas que las pijas de

su barrio donaban a la iglesia para los más vulnerables. Y ella lo era, porque no tenía ni para comprarse ropa...

Eso sí, la ropa que se ponía de caridad la lucía con estilo, porque aparte de que era de marca, ella tenía un estilo y una clase innatas, de esas que no se compran con dinero.

De cualquier forma, ese tío no era nadie para restregarle ese dato por la cara... Y se sentía cada vez peor...

—Le ruego que dejemos esta conversación aquí. Creo que como empleada cumplo con creces con mi trabajo y eso es lo único que importa. De qué visto o en qué empleo mi sueldo a usted, perdone que le diga, le debe importar un pimiento.

—Desde luego luces esos trapajos de beneficencia como si fueran modelos de última moda. Y bueno, excepto el horror de hoy con el calzado, normalmente vistes con decoro y distinción. Pero ¿de verdad que quieres pasarte el resto de tu vida con el agua al cuello?

—¿Cree que asumí la deuda de un novio impresentable por puro vicio? Yo tenía ese negocio a medias con él y se fue dejándome plantada y con una deuda tremenda. Tengo que afrontarla y lo haré con trabajo duro. No sé hacer otra cosa... Trabajar y trabajar...

—¿Y no te gustaría tener tu propia empresa?

—Primero tendré que saldar la maldita deuda... ¿No cree? —le dijo ansiosa por zanjar la conversación.

—Cásate conmigo. En serio. Es lo más inteligente que puedes hacer. Mis padres viven en las Bahamas. Solo tendrás que fingir que me amas el día de la boda y esa noche dormiríamos en una habitación tan grande que ni siquiera tendrías que verme el pelo. Un año después, firmaríamos el divorcio y los dos seríamos por fin libres y felices como siempre hemos soñado. Es una operación perfecta, limpia y rápida. Piénsalo bien, señorita Sinclair, este fin de semana y el lunes me das la respuesta.

Joana se echó a reír y replicó con una convicción absoluta:

—No hace falta que espere al lunes porque mi respuesta va a ser siempre la misma: NO. N-O. ¿Estamos?

Y se marchó del despacho dando un sonoro portazo...

Capítulo 4

Ahora bien, lo que jamás podría haber siquiera imaginado Joana fue que de camino a su casa recibiera la noticia de que su madre había sufrido un accidente casero y que se había roto la cadera.

Limpiando un armario se había caído de la escalera y la cosa había resultado tan seria que iban a operarla en un par de días...

—Pero no te preocupes, cielo, que está todo bien... —le aseguró su madre intentando disimular su ansiedad.

—Dios, mamá, mira que te digo siempre que me esperes para hacer la limpieza, que no te subas a la escalera con tus vértigos...

—Si estaba bien, llevaba una temporada sin padecerlos, pero hoy no sé qué pasó que se me fue la cabeza y me he caído. Lo siento tanto, Jo, de verdad que lo lamento muchísimo. ¡Solo soy una carga para ti!

Y la señora Sinclair ya no pudo más y rompió a llorar desbordada por la situación.

—Mamá, por favor, no llores. No eres ninguna carga, lo que te ha sucedido es un accidente y ya está...

Joana de repente se sintió muy culpable por haberle dicho esas palabras, pero estaba obsesionada con protegerla desde que su padre había fallecido hacía cinco años y su madre se había sumido en una fuerte depresión que hizo que perdiera su empleo de maestra en una escuela privada.

Desde esos días, Joana se había puesto al frente de su casa y se sentía muy orgullosa por ello. No había nada que la hiciera más feliz que darlo todo por su madre y su hermana. Era duro, sí, pero su familia merecía todo eso y más.

—Me operan en un par de días en este hospital, como es una urgencia me atienden sin problemas. No voy a hacer ningún gasto añadido que ya tienes suficiente, hija.

—En ese hospital fue donde operaron a la señora Random y la dejaron fatal, mamá... —recordó Joana.

La señora Random colaboraba en la iglesia del padre Daniel y la verdad era que le había hablado pestes de ese hospital donde tras una operación de cadera la habían dejado más coja todavía.

—La señora Random ya tiene sus años, de las operaciones de cadera no queda nadie bien del todo, cielo. Siempre se cojea algo...

—Ya, pero es que ella cojea muchísimo, mamá... Por favor, yo no quiero que te operes en ese sitio —dijo Joana muy preocupada mientras seguía con su caminata habitual de regreso a casa.

—Va a salir todo bien, estoy en buenas manos.

—Permíteme que lo dude. Me siento mucho más segura si te operas en el hospital donde trabaja el doctor Medow.

El doctor Medow había operado a su padre de una lesión del hombro y había quedado francamente bien. Era toda una eminencia que trabajaba en un hospital que tenía solo un problema como le recordó su madre:

—Tu padre tenía un seguro médico buenísimo en su trabajo, pero ahora ya no lo tenemos y no

podemos pagar una operación semejante, Jo.

Joana se mordió los labios de pura de rabia, se sintió horriblemente mal de no poder a dar a su madre lo mejor y con los ojos llenos de lágrimas, replicó:

—No quiero que te operes en ese lugar, mamá. No pienso permitirlo.

—Nena, no tenemos más opciones. Y va a salir todo bien. Ya lo verás...

Joana se sintió tan frustrada que antes de romper a llorar, decidió colgar y sentarse en un banco para calmarse un poco.

Menos mal que al momento recibió la llamada de su amiga Gemma porque más que calmarse cada vez se estaba sintiendo peor:

—Jo, ¡es viernes! ¿Preparada para ir a un pedazo de fiestón? —preguntó su amiga toda feliz de la vida, completamente ajena a su drama.

—Ay Gemma, ojalá estuviera preparada pero mi madre se ha caído de la escalera mientras limpiaba los armarios y tienen que operarla.

—¡Madre mía! ¡Me dejas helada!

—Imagina cómo estoy, regresaba a casa cuando me he enterado de la noticia. Ahora me pasaré por el hospital que lo tenemos al lado, como sabes... Pero es un hospital tan malo... No quiero que la operen ahí, me encantaría que se lo hicieran donde el doctor Medow que operó a mi padre, pero es tan caro...

—Caray, nena, qué asco de dinero. Yo si pudiera costearía esa operación pero estoy fatal, mi economía es otra ruina.

—Estoy desesperada, te lo juro. No quiero que mamá quede mal...

—Tía, no creo que sea tan malo el hospital...

—Uf. ¿Tú has visto cómo está la señora Random?

—Ya, la verdad es que yo tampoco he escuchado cosas buenas de ese hospital, pero es que no creo que el banco te conceda más créditos, amiga.

—Lo sé —susurró llevándose la mano al vientre de los nervios.

—Solo se me ocurre que le pidas a tu jefe que te ayude.

Ahí sí que Joana dio un respingo porque recordar la propuesta de su jefe hizo que se le revolviera el estómago:

—No me hables, que hoy me ha ofrecido que me case con él a cambio de que liquide mis deudas.

Gemma creyó que había escuchado mal, puesto que eso sonaba tan raro que replicó al instante:

—¿Tu jefe te ha pedido que te cases con él a cambio de dinero? No puede ser, nena. ¿Tú has visto bien cómo está ese tío? Un tío guapo, *sexy*, rico y con carisma no se puede casar por dinero. No me fastidies, ¿pero cuándo se ha visto eso?

—Sé que suena a ciencia ficción, pero créeme que es real. Su padre solo le dará la Presidencia si se casa y él como rehúye el compromiso no ha encontrado solución mejor que pedirme que me case con él por puro interés. ¿Has escuchado alguna majadería mayor en tu vida?

Gemma se calló y luego dijo lo que pensaba, la verdad sin más porque la situación lo requería:

—A ver muy romántico no es...

—Gemma es asqueroso. ¿Cómo me puede hacer semejante propuesta? ¡Me hizo sentir fatal! ¿Cómo puede creer que con su maldito dinero puede comprarlo todo?

—Es que el dinero lo compra casi todo, nena. Y es obvio que tú lo necesitas. Y más ahora con lo de tu madre...

Joana se puso de pie con el ceño fruncido porque no podía entender cómo su amiga de alguna manera la estaba empujando a casarse con su jefe:

—¿Estás insinuando que le diga que sí? Tía, que yo tengo unos valores y una dignidad...

—Y unas deudas tremendas que te vendría genial liquidar. Además él solo te ha pedido casarte sin más, como mero paripé, no tienes que consumarlo...

—¡Solo faltaría! Tener que acostarme con él, entonces ya sería lo más repugnante del mundo.

—¡Pues yo me acostaría ahora mismo con un tío como James Nash! ¡Está buenísimo, por favor!

—Tú, pero yo no. No es mi tipo. Y esto es una locura por dónde lo mires. Yo no me pienso casar en la vida, y menos por interés. Vamos, lo tengo clarísimo —sentenció echándose a andar de nuevo.

—¿Y cuánto tiempo se supone que tendrías que estar casada con él?

—Gemma mira que eres terca, te estoy diciendo que no y tú dale que dale. Que no... que no pienso casarme de ninguna manera. Él me pide un año y solo tendríamos que simular que estamos juntos el día de la boda. Su familia vive en las Bahamas, pero vamos que no...

—Tía, perdona que te diga pero me parece una oferta de lo más apetecible. Casarte con ese cañón de tío, ¿tú sabes qué gustazo te daría verte vestida de blanco al lado de ese pedazo de señor? Y luego encima te libras de las deudas, chica, tú eres tonta si no aceptas su oferta.

—Eres una frívola, perdona que te lo diga pero lo eres. Yo tengo mis principios y desde luego que no voy a traicionarlos por el maldito dinero. Ya veré qué hago con lo de mamá y ya iré pagando mis deudas con esfuerzo y trabajo.

—Con esfuerzo y trabajo vas a estar atrapada en una vida de mierda hasta que tengas 80 años. Tía, si no puedes permitirte ni una barra de labios decente... Si cuando salimos te tengo que pagar las copas y no es que me importe, lo hago encantada pero ¿de verdad que quieres vivir el resto de tu vida así?

Joana se sintió tan mal con las palabras de su amiga que repuso furiosa:

—¡Viviré como me plazca! ¡Y ahora déjame en paz! ¿Quieres?

Capítulo 5

Joana se pasó el fin de semana dando vueltas al asunto, se sentía fatal por haberle gritado a su amiga, sabía que sus consejos estaban hechos con toda la buena intención del mundo, pero estaba harta de que todo el mundo le dijera lo que tenía que hacer.

Ella mejor que nadie sabía la clase de vida que llevaba, llena de renunciadas y sacrificios, pero no podía hacer mucho más.

Su ex la había dejado plantada con una deuda de un negocio que había resultado un fiasco, en su casa no entraba más dinero que el suyo, así que no le quedaba más que trabajar duro y tirar para adelante.

Era verdad que no tenía ni para pagarse una barra de labios decente, que su situación financiera era más que penosa, pero le habían tocado esas cartas de mierda en la vida y así tenía que jugar la partida.

Por supuesto que había fantaseado miles de veces, incluso soñado, con que de repente cambiara su suerte gracias a que le tocara la lotería o algo semejante, pero casarse con su jefe desde luego que no estaba en ninguna de sus fantasías.

Y claro que se estaba perdiendo muchísimas cosas por culpa de la situación en la que se encontraba, había renunciado a muchísimos sueños, como montar una empresa o conocer Europa, pero ¿qué iba a hacer?

Por mucho que llorara no iba a cambiar su suerte, así que no tocaba más que apechugar, resignarse y trabajar.

No había otra...

No había otra...

—¿Qué dices hija?

La señora Sinclair que estaba muy dolorida en la cama del hospital le preguntó a su hija que no paraba de musitar ese maldito: “No había otra”.

—No, nada.

Joana se había pasado el fin de semana en el hospital con su madre y su hermana y a última hora del domingo le dolía ya muchísimo la cabeza de tanto pensar.

—Tienes mala cara, Jo —le dijo su hermana Tess.

—No es nada. Tranquila.

—Vete a casa, mañana trabajas.

—Y tú vas al instituto.

—Sí, pero yo he dormido en mi cama y tú en esa silla dura. En serio. Estoy bien. Vete a casa a descansar, Jo.

Tess tenía diecisiete años, era una pelirroja preciosa y responsable, aplicada y muy buena estudiante, a la que Jo adoraba y protegía.

—Estoy bien de verdad. Solo estoy un poco preocupada, nada más...

La señora Sinclair ladeó la cabeza y dijo por enésima vez:

—No tienes de qué preocuparte. Todo va a salir bien.

—Eso espero... —susurró Jo, lanzando un suspiro hondo.

—Estás haciendo todo lo que puedes, hermanita. Más no puedes hacer ya... —le dijo Tess apretándole cariñosamente el hombro.

Las palabras de su hermana cayeron en el interior de Jo como una bomba al tiempo que recordaba la promesa que le hizo a su padre de que siempre iba a proteger a su madre y a su hermana. De que siempre iba a ser fuerte, de que siempre iba a luchar para que su familia estuviera bien.

¿Y de verdad estaba luchando? ¿De verdad lo estaba dando todo? ¿Amar no significaba también hacer ciertas renunciaciones, incluso a veces algunas realmente dolorosas?

De repente, todo lo que creía que era una certeza de lo más sólida estaba a punto de hacerse mil pedazos...

Ella había hecho una promesa y la familia lo era todo para ella. Y si ese todo significaba hacer un sacrificio tremendo, tendría que hacerlo.

Joana respiró hondo y le aclaró a su hermana:

—Sí que podría... Pero tendría que hacer una renuncia terrible... —confesó agobiada de tanto pensar.

La hermana y la madre miraron a Jo sin entender nada y Tess al fin habló:

—¿De qué estás hablando?

Joana tragó saliva, respiró hondo y se atrevió al fin a contar no sin cierto sonrojo:

—Mi jefe me ha propuesto que me case con él a cambio de liquidar mis deudas. Él necesita casarse porque es la condición que le ha puesto su padre para cederle la Presidencia de la empresa. Y no se le ha ocurrido nadie mejor para hacerlo que yo. Solo tendría que fingir que le amo el día de la boda, sin sexo por supuesto, y luego firmar el divorcio un año después. Su familia vive fuera...

—Por supuesto que le has dicho que no —aseguró rotunda la señora Sinclair.

—Claro que sí, mamá. Parece mentira que no me conozcas. Tengo unos firmes principios que tú y papá me inculcasteis a fuego. Pero cuando Tess ha afirmado que ya no puedo hacer más, algo se ha removido dentro de mí. Y lo cierto es que hay algo que podría hacer para evitar que te operen en este sitio.

—¡Ni se te ocurra Joana Sinclair! —le exigió su madre apuntándola con el dedo índice.

—Yo lo tenía todo muy claro, mamá. Pero las palabras de Tess me han trastornado por completo y me han recordado que le hice una promesa a mi padre. Le juré que os cuidaría como él lo haría y papá no dejaría por nada del mundo que te operaran en este maldito hospital.

A la señora Sinclair se le llenaron los ojos de lágrimas y repitió:

—No voy a permitir que cometas una locura. Prefiero quedarme coja a que te cases con ese hombre.

—Mamá no pienso permitir que te quedes coja, todavía eres joven, estás saliendo de tu depresión y tienes mucha vida por delante. Todavía puedes volver al trabajar, a ti te gustaba ser maestra...

—Oh, Joana, claro que me encantaría volver a trabajar... Me esfuerzo cada día por superar mi tristeza. Pero no puedo permitir que te cases, no puedo...

—Lo que yo no puedo permitir es que corras el riesgo de que quedes mal en la operación. Y si el precio a pagar es esa jodida boda, lo pagaré.

Tess miró a su hermana con un orgullo en la mirada tremendo pero a la vez con una pena grande:

—Jo te admiro tanto... Eres tan valiente y tan fuerte, pero no sé si esto ya es demasiado.

—Hasta hace un rato me parecía una idea horrible, pero si lo pienso bien solo es ponerse un vestido y decir si quiero. Después todo volverá a lo de siempre y un año después tendría de nuevo mi soltería.

La señora Sinclair se llevó las manos a la cabeza y, con dos lágrimas recorriéndole el rostro, farfulló:

—Joana tú no eres así. Nosotros no hacemos esa clase de cosas.

—Yo solo sé que por mi familia soy capaz de todo. Y si tengo que casarme con el señor Nash para que tu cadera quede bien, lo haré. No se hable más...

La señora Sinclair rompió a llorar porque se sentía fatal, su hija no solo había pasado por la humillación de que su novio la dejara plantada, sino que ahora le tocaba pasar por la otra de casarse por puro interés.

—Tú no te mereces esto, mi niña. No pienso permitir que pases otra vez por lo mismo...

Joana sintió una punzada fuerte en el estómago, como cada vez que salía a colación el tema de su ex, y luego dijo convencida:

—Te equivocas mamá, porque esta vez habrá boda y diré sí quiero, alto y claro. Y realmente lo que estaré diciendo es que sí quiero lo mejor para mi familia, que sí quiero darlo todo por los míos y que estoy dispuesta a hacer lo que sea por veros felices.

Tess abrazó fuerte a su hermana, con los ojos llenos de lágrimas y le susurró orgullosa:

—Eres la mejor. Seguro que tu jefe acaba enamorándose de ti de verdad, si es que no lo está ya, porque mira que eres bonita por fuera, pero por dentro lo eres mucho más.

Joana no pudo evitar echarse a reír, a pesar del momento tan tenso que estaba viviendo:

—Jamás se enamorará de mí, ni yo de él. Pero haciendo esto sí que puedo empezar a pensar en llevar una vida distinta, sin cargas, sin agobios y ahí sí que me podría plantear tener algo con Harry, que es quien realmente me gusta. Pero tiempo al tiempo, Tess... Tiempo al tiempo.

Capítulo 6

A pesar de todas las reticencias de su madre, el lunes a primera hora Joana Sinclair se plantó en el despacho de su jefe para comunicarle que:

—La respuesta es sí.

James se revolvió en su silla, se frotó los ojos y preguntó para confirmar algo que le parecía increíble:

—¿Sí a qué? ¿A casarte conmigo? Te recuerdo que te fuiste toda ofendida dando un portazo.

—Y tal vez siga ofendida, pero no me queda otra. Mi madre se ha caído y necesita operarse en el mejor hospital. Así que estoy dispuesta a todo, incluso a casarme con usted.

—Tutéame, Joana, por favor. Sé que todos estos años te has negado porque me detestas y es la forma que tienes de vengarte por lo cabronazo que soy contigo, pero ahora que nos vamos a casar más vale que vayas tuteándome.

—Como quieras —dijo sin poder evitar esbozar una sonrisa porque tenía razón, le llamaba de usted por esa justa razón.

—Pero casarte conmigo no creo que sea un sacrificio tan grande... Solo te pido que finjas el día de la boda y ya está. Créeme que hay cosas peores...

—Qué quieres que te diga, a mí me cuesta imaginar qué. Yo soy una chica romántica y además estoy enamorada de Harry Smith...

James puso los ojos como platos y luego preguntó perplejo:

—¿Harry Smith, nuestro Harry Smith, el soso del jefe de informática?

Joana asintió con una sonrisa enorme y le aclaró:

—Lo estoy en secreto, él no sabe nada, pero no descarto que, en un futuro cuando tenga ya el divorcio, lo sepa. Hasta ahora he preferido que todo fuera platónico porque ¿qué puedo ofrecerle más que deudas?

James pensó que podía ofrecerle su inteligencia, su encanto, su figura preciosa, sus ojos azules maravillosos o esa luz que irradiaba siempre tan especial, pero obviamente no se lo dijo, él solo era su jefe, su jefe cabrón además, y no hacía ese tipo de valoraciones.

—Me importa un bledo Harry Smith en este momento, lo único que me interesa es organizar una boda rápida.

—Me he pasado toda la noche despierta, pero ha sido muy fructífera. He fichado un vestido de novia con falda de tul y cuerpo de encaje, zapatos y pendientes por tan solo 199 dólares. Una auténtica ganga.

El señor Nash la miró ofuscado y, tras negar con la cabeza, replicó:

—¿No pensarás casarte conmigo con los trapajos habituales que estás acostumbrada a llevar?

Joana le lanzó una mirada de desdén y respondió retándole:

—De verdad que no sé cómo lo haces, pero me estás haciendo sentir como una zarrapastrosa.

—No dramatices, Joana. Tú eres una mujer extraordinaria, si bien llevas unas ropas que... bueno... No sigo para no hacer sangre... Pero no puedes casarte con un vestido de saldo y baratijas en las orejas. Quiero que luzcas un vestido de alta costura y diamantes por todas partes...

—¿Por todas partes? ¡Pero qué vulgaridad es esa!

—Mi novia tiene que ser la mejor del mundo. Para una vez que me caso... Además mi padre me conoce mejor que nadie, me fascina lo bueno. Jamás dejaría que mi prometida llevara un vestido de saldo y unos pendientes de plástico... ¡Por favor, señorita Sinclair, que tengo una reputación! Aparte de que mi padre es muy listo y puede cazarlos en cualquier momento. Tenemos que cuidar hasta el más mínimo detalle...

—Pues como nos ponga un detective vamos listos...

James se echó a reír porque Joana dijo esa frase con mucha gracia:

—Tranquila que no es tan paranoico, además vive obsesionado con el golf, dudo que tenga tiempo de estar enredándose con detectives. Él solo quiere verme casado, que siente la cabeza y tal... Le contaré que los dos nos gustábamos desde hace tiempo, pero que fue en un viaje de negocios hace unos meses cuando nos dimos cuenta de la profundidad de nuestros sentimientos.

—Uf... ¿Y se tragará el cuento?

—Pasa todos los días. Secretarias y jefes se enamoran, ¿no? No es algo tan raro... Le contaremos que fue en un viaje a Chicago, con motivo de la compra de los laboratorios farmacéuticos...

Joana negó con la cabeza y poniendo una mueca un tanto extraña fue sincera y dijo:

—Suena todo tan poco romántico...

—Oye que Chicago tiene su punto...

—No sé, yo no he salido de Nueva York, si tú lo dices...

—Sí, en Chicago surgió el amor y desde entonces vamos cuesta abajo en la rodada, nos amamos y necesitamos casarnos porque nuestro amor no puede ser más grande.

—Jajajajajajajaja. Perdona, pero es todo tan jajajajajajajajaja.

Joana estaba doblada de la risa y su jefe no entendía qué le podía hacer tanta gracia:

—A ver que para mí el amor es un cuento, no creo ni que exista, pero la gente asegura que les pasan estas cosas.

—Pero tú lo explicas de una forma tan fría y tan impersonal que suena a condena a cadena perpetua jajajajajajajaja.

—Yo le contaré a mi padre la película, tranquila, lo único que tienes que hacer es mirarme el día de la boda con cara de cordero degollado y listo. Por cierto, ¿cuánto necesitas para la operación de tu madre?

—En la bandeja de entrada de tu correo tienes el presupuesto.

—Fenomenal. Lo incluiremos en tu dote... las deudas y la operación de mamá. ¿Quieres algo más? ¿Algún caprichito?

Joana se mordió los labios y pensó en la promesa que le había hecho a su padre:

—Mi hermana Tess es muy inteligente, quiere estudiar Medicina y sé que será una gran inmunóloga...

—¿Le interesa la inmunología?

—Sí.

—No hay problema, becaré a tu hermana y cuando termine le aseguraré un puesto de trabajo en el hospital mejor de Nueva York, donde también tenemos acciones, como sabes.

—Será la mejor, ese puesto lo merecerá por derecho propio. Te lo garantizo.

—¿Alguna cosa más, señorita Sinclair? ¿No desea algo para usted? ¿Una joya especial? ¿Un deportivo último modelo? Pida que estoy de buen humor...

—La verdad es que jamás he tenido un capricho de esos, y no solo porque no pueda permitírmelo es que las joyas y los deportivos como que me dan lo mismo. Lo que más feliz me hace es que mi hermana pueda cumplir sus sueños...

—Pero tú soñarás con algo...

—¿Te parece poco liquidar la deuda?

—Sí, pero yo me refiero a algo para ti, algo que siempre hayas deseado...

James estaba tan acostumbrado a estar con mujeres caprichosas que se desvivían por un bolso caro o cualquier joya de impresión que su secretaria de repente le pareció la criatura más tierna y especial del mundo.

Sin duda, alguien tan altruista, entregada y generosa que antepone los deseos de los demás a los suyos propios; era algo raro, rarísimo en su mundo de ambición desmedida y egoísmo.

—Yo siempre he soñado con ir a París y desde luego que será el primer viaje que haga cuando me libere de la deuda. Sin cargas ya podré ahorrar, por fin, y juntaré el dinero para irme una semanita de vacaciones... Ya sabe que soy muy buena buscando chollos, seguro que encuentro un vuelo barato y alguna pensión a buen precio.

—Te pagaré un viaje a París, en primera clase y en un hotel de cinco estrellas. Te lo mereces.

Joana que no estaba nada acostumbrada a los halagos de su jefe preguntó extrañada:

—¿Yo, por qué?

—Joder, señorita Sinclair, porque te vas a casar conmigo.

—Lo hago por mi familia. No te vayas a pensar que...

—Lo sé, me detestas. Tranquila que lo sé. Pero te mereces un premio por ser como eres...

—De idiota, ¿quieres decir?

El señor Nash respiró hondo y no pudo evitar confesar:

—De especial. Rematadamente especial.

Capítulo 7

Tres días después, Joana apareció en el despacho de su jefe con una gran caja blanca que ponía Dior.

—Buenas tardes, señor Nash. ¿Adivina lo que traigo en esta caja?

James acababa de venir de una comida con un cliente muy importante y estaba agotado porque la negociación había sido muy dura. Fuera además había empezado a llover y la temperatura había bajado de golpe unos diez grados. Así que no estaba para muchas adivinanzas...

—No estoy para juegucitos, Joana.

—¿Ha ido mal la reunión con el señor Pauler?

—Parece que va entrando en razón pero es un hueso durísimo de roer.

—Creo que se está haciendo el interesante, a él más que a nadie le interesa la fusión. Ayer volví a investigarle y su situación es mucho peor que hace seis meses. Además su hijo es un holgazán que solo piensa en divertirse, ese hombre sabe bien que lo que mejor que puede hacer con su empresa antes de jubilarse es vender. Nadie en su sano juicio dejaría su negocio en manos de ese botarate.

James se revolvió el pelo con la mano y le dijo a su secretaria con un brillo repentino en la mirada:

—¿Se puede saber por qué no me has dado ese dato antes? ¿Tú sabes hasta qué punto ese puñetero detalle cambia el panorama?

—Es que estoy un poco descentrada con lo de la boda...

—Te quiero con los cinco sentidos en la empresa, como siempre. Lo de la boda no tiene que descentrarte en absoluto. No tienes nada más que hacer que comprarte el vestido y las joyas... No creo que sea algo tan complicado. Después llama a los del catering con el que siempre trabajamos y que nos sirvan un cóctel en casa. Va a ser algo íntimo, mis padres, tu familia y mi amigo el juez de paz que nos puede casar este mismo sábado.

Joana se puso muy nerviosa porque no pensaba que fuera a ser algo tan rápido:

—¿Este mismo sábado? Pero es una locura... Y con mi madre no cuentas: sigue convaleciente. Por cierto, ¿y tú cuándo vas a avisar a tu padre?

—El jueves. Le diré que ha surgido así y mejor si no viene a la boda. Las prisas juegan a favor de obra.

—Yo estoy de los nervios... Pero bueno, me dejo llevar por tu locura... Y ahora dime ¿qué llevo en la caja?

James dio un manotazo al aire, se encogió de hombros y respondió bufando:

—Ni lo sé ni me importa. Lo que intuyo es que barato no va a ser...

Joana abrió la caja y sacó un precioso vestido de novia de tul y cuerpo de encaje...

—Hemos tenido una suerte increíble, resulta que han dejado plantada a una novia que tiene mi misma talla. No hace falta ni retocarlo y es justo como lo que yo había elegido en su versión *low-cost*...

James se quedó mirando el vestido y le pareció como todos, pues la verdad era que él no entendía nada de moda nupcial.

—Bien. ¿Alguna cosa más?

Joana se quedó mirándole alucinada y luego dijo perpleja:

—¿No te parece el vestido más bonito que has visto en tu vida?

—Para mí son todos iguales. Son vestidos sin más...

—¿Qué dices, señor Nash? Espera un segundo que me lo pruebo y vengo... Este vestido es EL VESTIDO, en tu vida has visto nada igual. Voy a dar el pego de novia enamorada total, de verdad que es un sueño... Me lo pruebo en el baño y vengo...

El señor Nash que todavía tenía unas cuantas tareas importantes pendientes, replicó ofuscado:

—¿Es necesario, Joana?

—Claro que lo es. Esto también son negocios ¿o te olvidas que te estás jugando la Presidencia? Tienes que verlo...

Joana se fue al cuarto de baño con el vestido y James se puso a trabajar duro en un informe que tenía pendiente. Lo del vestido le importaba un bledo, a él con que le mirara el día de la boda con cara de derretida de amor, le bastaba...

Minutos después, Joana apareció de nuevo en el despacho, se situó frente a la mesa que estaba llena de informes, James levantó la cabeza y se quedó estupefacto...

¿Pero quién demonios era esa princesa que estaba frente a él?

Vale que sí, que era Joana Sinclair, pero con ese traje parecía una princesa de cuento de caerse de espaldas, por la que merecía la pena matar al dragón más fiero o lo que fuera menester, y encerrarse después con ella tres meses en un castillo para hacer cosas sucias, muy sucias...

Caray con Joana Sinclair...

Se había recogido su cabellera en un moño bajo, que realzaba su cuello largo, se había pintado los labios de un rojo más intenso que potenciaba aún más su jugosa boca y el cuerpo del vestido le marcaba unos pechos perfectos, altos y redondo, una cintura estrecha, unas caderas que...

Madre mía, si hasta se estaba poniendo duro...

¿Pero qué le estaba pasando? Aquello solo era un jodido vestido de novia y nada más...

Ella seguía siendo Joana, su secretaria, esa chica que no era su tipo, que no le ponía en absoluto, aunque en ese instante tuviera una erección tremenda que temía que hasta reventara su pantalón.

—¿Qué te parece? ¿A que es precioso?

James muy nervioso, bajó la mirada al informe, y tras carraspear un poco farfulló:

—Lo que tú digas.

—Pero mírame. No eres mi novio.

—No, claro que no lo soy —replicó clavándole la mirada y la erección durísima pujando en su entrepierna.

—Por eso, no da mala suerte que mires a la novia antes de la boda. Dime que este vestido no es el más bonito que has visto nunca.

James le retiró la mirada porque como siguiera así iban a empezar a invadirle pensamientos de lo más lujuriosos y no era plan.

Vamos que ni estaba en sus planes ni procedía en absoluto...

¿A cuento de qué se estaban despertando sus más bajos instintos en ese justo momento?

—Yo no entiendo de vestidos, señorita Sinclair. Si tú dices que está bien, perfecto. Y ahora ¿me

permitirías trabajar un poco?

—Pero es que mira, es una maravilla, te permite una libertad de movimientos total, y para bailar es ideal... Mira si giro... Mira...

Joana se puso tan pesada que James no pudo evitar levantar la cabeza y ver cómo giraba sobre sí misma al tiempo que la goma con la que se había atado el pelo se rompía y toda la melena caía en cascada.

Para su horror...

Porque de repente se imaginó ese cabello cayendo sobre los pechos desnudos, redondos y perfectos.

Y después, y para más horror todavía, se la imaginó completamente desnuda, cabalgando sobre él, haciendo el amor desesperada, mientras los dos buscaban un placer como el que jamás habían conocido en la vida.

Y se sintió tan mal, tan ridículo, tan patético y tan absurdo que se tapó los ojos y le exigió muy enfadado consigo mismo:

—¡Te he dicho que me dejes trabajar, maldita sea!

Joana se quedó mirándole espantada por su exagerada reacción y solo pudo replicar:

—Desde luego que menos mal que no eres mi novio. Yo jamás podría tener un marido con un carácter tan insufrible como el tuyo.

—Lo mismo digo. Yo jamás podría tener una esposa tan pesada. No sé cuántas veces hay que decirte las cosas, Joana Sinclair.

Joana se dio la vuelta y se encerró en el cuarto de baño donde se le escaparon unas cuantas lágrimas mientras se quitaba el vestido.

Y desde luego que si el ogro de su jefe hubiera sabido lo que le había costado probarse ese traje con el trauma que tenía después del abandono sufrido no la habría tratado así.

Sin duda, habría sido mucho más amable de haber sabido lo que le había costado probárselo en la tienda, la de recuerdos horribles que le había traído y cómo con la ayuda y comprensión de las dependientas había superado la aversión a verse otra vez con un puñetero vestido blanco, que finalmente no solo había logrado enfundárselo sino con el que se había sentido especial.

Especial como una princesa que sabe lo que quiere y que lucha por los suyos hasta darlo todo.

Una tontería, sí, pero para ella significaba muchísimo. Y quería compartirlo con su jefe...

Quería que viera la magia que podía llegar a hacer esa maravilla de vestido, sin embargo con su insensibilidad lo había echado todo a perder y ahora se sentía peor que nunca.

—Gracias, señor Nash —murmuró para sus adentros retirándose las lágrimas con los dedos, decepcionada y tristísima, mientras volvía a meter el vestido en la caja.

Capítulo 8

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, James telefoneó a su padre para comunicarle la “buena nueva”:

—Espero que lo que tengas que contarme sea importante, James...

—Imagino que estarás ya en el club de golf.

—No. Estoy sentado en la silla de tortura de mi dentista, así que como comprenderás: no estoy para tonterías.

James sonrió mientras contemplaba cómo la gente caminaba deprisa para evitar mojarse bajo la espesa lluvia que caía ese día en Manhattan. Se sentía bien, más que bien de maravilla, y estaba tan ansioso por soltar la bomba que habló sin más preámbulos:

—Seré rápido. Anula todo lo que tengas que hacer este fin de semana porque os tenéis que venir a Nueva York. ¡Me caso!

El padre de James soltó una carcajada que por poco no le tira de la silla y luego le dijo a su hijo:

—En serio, James, que está a punto de entrar el doctor en la cabina. Dime qué diantres quieres.

—Quiero justamente eso, anunciarte que me caso el sábado con la chica más extraordinaria del planeta.

—Jajajajajajaja. Qué bien me están viniendo estas risas para destensar. Ya sabes que me incomoda siempre venir al dentista.

James, nervioso por la desconfianza paterna, insistió con un tono de voz grave:

—Padre, jamás he hablado más en serio.

—Sí, claro, James. Desde luego que sí. Por eso hace apenas unos días me decías que eras alérgico al compromiso. Jajajajajaja.

James se había preparado bien el alegato, así que le faltó tiempo para replicar:

—Lo cierto es que no era más que una pose porque soy terriblemente celoso de mi intimidad. He estado fingiendo todo este tiempo que soy reacio al compromiso, al matrimonio y demás, pero en realidad es todo lo contrario.

El padre sin dar crédito a lo que estaba escuchando no pudo evitar exclamar:

—¡Venga ya! ¿Por quién me tomas, hijo mío? Ni que no te conociera... Si la única novia que te hemos conocido era Mary Helen y le partiste el corazón cuando tenías 16 años.

—17 años. Y fue ella la que me lo partió a mí.

Y la razón por la que desde entonces se había jurado a sí mismo no volver a creer en la locura que era el amor. Sufrió tanto con esa ruptura que se vacunó para siempre contra ese bicho.

—Qué más da un año más que menos. El caso es que me sorprende que de repente quieras casarte. Vamos, que no me lo creo...

—Pues créetelo porque el sábado me voy a comprometer para toda la vida con la mujer perfecta para mí.

—James Nash: solo espero que esto no sea una treta para hacerte con la Presidencia porque te juro que te desheredo como seas capaz de hacer algo tan vil. ¿Se puede saber de dónde has sacado a esa chica tan adorable de la que no nos has hablado jamás?

—¿Cómo que no te he hablado jamás?

—¿Acaso la conocemos?

James sonrió al sentir que de nuevo lo tenía todo bajo control:

—Por supuesto. Es Joana Sinclair, mi secretaria, tú siempre dices que es un ángel y que tiene el cielo ganado por soportarme.

El padre de James de hecho casi todas las veces que quería contactar con su hijo, terminaba hablando más con Joana que con él.

—¿Y se quiere casar contigo? ¡La tenía por una chica lista! —replicó el padre alucinado.

—¡Vaya si lo es! Todavía ni me creo que me haya dicho que sí... —reconoció James que estaba diciendo la pura verdad.

—No me extraña, esa chica te da mil vueltas. Es mucho más lista, madura, disciplinada y sensata que tú.

—Tienes toda la razón, qué puedo decir.

—Más que decir, da gracias a Dios por ponerte en tu camino a esa joya de mujer, que por supuesto no mereces.

—Muchas gracias padre, por la parte que me toca —ironizó James.

—Es que es verdad, no entiendo nada. Y qué calladito lo teníais... ¿Cuánto tiempo lleváis saliendo?

—Mmm. Pues un tiempo... El justo para saber que queremos pasar el resto de nuestra vida juntos.

—Es todo tan extraño, pero la verdad es que el amor es así —reflexionó el padre que parecía que por fin estaba picando en el anzuelo.

—Irracional, imprevisible, descabellado, incluso estúpido... —añadió James muy metido en su papel de enamorado.

—Algo así me pasó con tu madre y lo cierto era que nadie en su día daba un centavo por nosotros y míranos... Llevamos cuarenta años casados.

—Lo nuestro sé que es una sorpresa, incluso puede que tampoco nadie dé un centavo por nosotros, pero sé que esto es algo importante.

—No es para menos. Es que esa chica es algo fuera de lo común. Tonto serías si la dejaras escapar. Desde luego no has podido elegir mejor. Cuando le dé la noticia a tu madre se va a poner muy contenta. Siempre dice que tiene un gusto exquisito para escoger sus regalos...

James no pudo evitar echarse a reír a pesar de que le habían pillado:

—Y yo que pensaba que se había tragado la bola de que yo mismo elijo los regalitos con sumo cuidado.

—Me temo que ni sabes cuál es la flor favorita de tu madre.

—Mmm. ¿Camelias? ¿Hortensias?

—Margaritas como las que le manda Joana por su santo, por su cumpleaños y por nuestro aniversario. Igual que Joana conoce cuál es el número de pie de tu madre o que su debilidad son los bolsos de Chanel... Esas cosas, querido hijo, esas cosas...

James pensó que su padre tenía razón, Joana era un portento a la que no llegaba ni a la suela del zapato, y que sin duda no podía haber elegido mejor novia, aunque fuera de pega.

—Es maravillosa —dijo convencido.

—Vaya, eso ha sonado tan de verdad, hijo mío.

—Es que lo es.

—Lo sé, pero quiero decir que parece que lo tuyo con esa chica va completamente en serio. Y mira que me causa estupor, pero tu voz suena a hombre enamorado.

—¿Increíble verdad? —soltó James feliz de que su padre se hubiera tragado el anzuelo hasta el fondo.

—Un milagro, hijo, que solo alguien como Joana podía hacer posible. Solo espero que estés a la altura y que la hagas tan feliz como merece.

—Solo Joana podía hacerlo, de nuevo estoy contigo, padre —dijo convencido porque estaba diciendo la pura verdad, pues con ninguna otra mujer jamás se habría atrevido a meterse en el lío de un matrimonio por puro interés.

—Oye y las prisas estas ¿no serán porque estáis esperando un bebé? —preguntó el padre esperando que la respuesta fuera un sí.

James tuvo que contener la risa y al momento improvisó:

—No, no qué va. Es que mi amigo tenía un hueco libre para casarnos y los dos dijimos por qué no... Hagamos una locura... de enamorados.

Y al decir aquello al padre de James se le ocurrió algo:

—¿Y por qué no os casáis aquí? Hace una temperatura maravillosa, seguro que a ella le encanta una boda en la playa. Es de lo más romántico. No solo se trata de ser loco... Venid a vernos, pasad una semana con nosotros y dejad la boda para el sábado de la semana que viene.

—Tenemos muchísimo trabajo, no podemos tomarnos una semana de vacaciones.

—Sabes que tu madre ayuda a su amiga Liliana a organizar bodas en la isla, creo que se enfadaría muchísimo si la dejaras fuera de todo esto.

—Papá te recuerdo que es nuestra boda. Nos gustaría hacerlo a nuestra manera.

—Diré a tu madre que llame a Joana, ellas dos se entenderán... ¡Menuda alegría le vas a dar! Ella que estaba convencida de que jamás sentarías la cabeza...

—Jajajajaja. Pues como yo... Jajajajaja.

Capítulo 9

Un rato después James salió de su despacho para comentarle a su secretaria lo que había hablado con su padre, pero no la encontró en su puesto.

Para su pasmo más absoluto, se percató de que estaba al final del pasillo hablando con el aburrido de Harry Smith, que no paraba de reírse.

Con un cabreo repentino y absurdo caminó hasta el final del pasillo a grandes zancadas, cogió a Joana por la cintura por detrás y le pegó un beso en el cuello que los dejó a todos alucinados. Incluso a él mismo...

—Señor Nash... —atinó a decir la pobre Joana.

—Necesito hablar contigo. Ahora.

Harry que estaba perplejo con la escena se excusó diciendo que también tenía que resolver un asunto urgente y se quedaron los dos solos:

—¿Me puedes explicar qué mosca te ha picado? —preguntó Joana limpiándose el beso con la mano.

El gesto a James le molestó un montón, y no tenía por qué hacerlo, esa chica era libre de detestarlo, pero le molestó.

—Cuando antes empezemos con el teatro mejor. Acompáñame a mi despacho, no podemos hablar ciertas cosas aquí, en mitad de un pasillo.

Joana siguió a su jefe hasta el despacho donde él se sentó y ella ocupó la silla de enfrente:

—Tengo mucho trabajo, te agradecería que fueras breve... —le pidió Joana.

—Tal vez si no perdieras el tiempo charlando en los pasillos... —replicó ofuscado por todo, hasta de que se hubiera limpiado el beso con esa cara de asco horrible.

—Mira, no voy a entrar al trapo. Dime qué es lo que tienes que decirme —le exigió muy seria.

James enojado también, aunque por otros motivos que ni él mismo entendía, le contó:

—Acabo de hablar con mi padre y quiere que nos casemos en las Bahamas. Mi madre te va a llamar en breve para felicitarte por cargar conmigo y para organizarte la boda más bonita del mundo. Su amiga Liliana organiza bodas en la playa, nos lo arreglarían todo... En fin... Yo qué sé. Lo que más te apetezca...

Joana se llevó las manos a la cabeza en un vano intento por intentar procesar toda esa información y lo del beso, sobre todo lo del beso:

—Preferiría que fuera todo rápido y por supuesto sin besos. ¡No entiendo por qué me has besado!

James pensó que ni él lo entendía, pero decidió soltar lo primero que se le pasó por la cabeza:

—Es una cuestión de verosimilitud, de coherencia de guión, nada más que eso.

—¿No decías que solo teníamos que fingir el día de la boda? No entiendo nada.

—Ese era el plan inicial, pero mi padre se ha entusiasmado tanto al saber que me casaba contigo que hay que hacer algunos pequeños ajustes. Yo no tengo culpa de que les caigas genial a mis padres y quieran agasajarte con una estancia de una semanita junto a ellos. Y la boda sería el sábado siguiente...

Joana le miró horrorizada porque desde luego que eso sí que no estaba en su hoja de ruta:

—¿Una semana en las Bahamas? ¿Contigo?

—Sí, ya sé que es una condena terrible, pero me temo que mis padres se van a poner tan pesados que no nos va a quedar otra. Soy hijo único y para ellos que me case debe ser algo digno de celebrar por todo lo alto.

—Y más siendo como eres...

—Imagina —bromeó arqueando una ceja.

Joana soltó una carcajada, pero todavía no olvidaba lo del beso:

—No pienses que no sigo enfadada, ¡no entiendo cómo has podido besarme y más delante de Harry! No dijimos nada de que en la oficina se enteraran de lo “nuestro”.

A James le fastidió que le preocupara tanto Harry, no tenía que importarle lo más mínimo pero le molestó:

—¡No entiendo cómo te puede gustar ese tío tan anodino!

—Es algo que no te incumbe para nada. ¿Entonces me quieres explicar de una vez lo del beso? —exigió cruzándose de brazos.

—Ni que te hubiera dado un buen beso en la boca, bueno es que si te lo llego a dar te caes de espaldas.

—Del asco. Seguro que sí.

James se echó a reír y luego retándole con la mirada le dijo:

—Más bien de la impresión, beso como nadie.

—Qué modesto es usted, señor Nash.

—Me ajusto a la realidad de los hechos. Mis besos son fam...

—No me interesa cómo son tus besos. Solo quiero saber si me va a tocar fingir en la oficina que somos un matrimonio bien avenido durante el año que vamos a estar casados.

—En principio no iba a hacer falta, pero he visto a papá tan fascinado con la boda que no descarto que se pase algún día por aquí... Ese día tendrás que fingir...

—Sí, claro, ese día sí... Pero tu padre tampoco viene mucho por aquí... La última vez fue hace dos años... Así que tampoco veo necesario que los empleados se enteren de nuestro compromiso.

—¿Te preocupa que Harry se entere de que no eres soltera?

A Joana le pareció de lo más irritante la preguntita, pero con todo respondió:

—Harry me gusta de verdad.

—Ya he visto cómo flirteabas con él y perdías el tiempo que no nos sobra precisamente.

—No estaba coqueteando con él, Harry vino a instalarme una aplicación nueva y como tenía que hacer unas fotocopias le he acompañado hasta el final del pasillo...

—Ya sí, por eso las risitas y el tonto que te traías...

—Es que Harry hizo un comentario muy gracioso.

—Jajajajaja. ¿Harry haciendo chistes? Por favor, Joana, si es el tío más gris que he conocido en la vida.

—Es tímido nada más, si te hubieras tomado la molestia de conocerle te darías cuenta de que es alguien sensible, inteligente, ocurrente y con un sentido del humor muy peculiar.

A James se le pasó entonces un temor por la cabeza, porque la sola idea de que esos dos quedaran fuera de la oficina le puso de los nervios:

—Oh sí, tan peculiar que solo te hace gracia a ti. Y ese grado de conocimiento dónde lo has adquirido ¿quedáis fuera de la empresa y demás?

—No. De vez en cuando comemos juntos en la cafetería de abajo en horario de oficina, claro. Nunca nos hemos visto fuera de aquí. Pasa de mí. No tiene ni idea de lo que siento por él. Y yo no pienso abrirle mi corazón, por lo menos no hasta que pueda invitarle a comer o a ir al cine... En fin, todas esas cosas que hace la gente y que yo no puedo permitirme por no tener dinero.

—No creo que eso sea inconveniente, él te puede pagar las copas o la cena. Y siempre se puede pasar la tarde en el parque...

—Ya, pero yo no soy así. No me siento a gusto si me pareja me lo tiene que estar pagando todo. Me siento en situación de desigualdad, me siento fatal... Pero bueno, no sé de qué estoy hablando si Harry pasa de mí...

—Eso digo yo. No sé qué hacemos hablando de ese tío con todo lo que tenemos pendiente. ¿Te vendrías una semana a las Bahamas? Convendría tener al viejo contento...

—No hables así de tu padre, es un gran hombre. Yo le admiro muchísimo...

—Es cariñoso, lo de viejo es cariñoso... Dime, ¿vendrías? Tráete a tu familia también...

—A mi madre le dan el alta el sábado pero no está para viajar ni mucho menos. Mi hermana estudia en el instituto y no quiero que pierda clases... Y yo no debería faltar una semana, mi madre me necesita para todo, incluido para ponerle la media de compresión.

—Contrataré a una enfermera para estos días. Necesito que vengas a las Bahamas conmigo. Es crucial. Cómprate todo lo que necesites para el viaje, corro con los gastos.

—Pero...

James consciente de lo que se jugaba decidió que había llegado el momento de poner toda la carne en el asador. Por eso, aumentó su oferta:

—Te pago también el alquiler de un año. Piénsalo.

Capítulo 10

Y lo cierto fue que Joana no tuvo que pensarlo demasiado porque el sábado a primera hora viajaba en avión privado rumbo a las Bahamas.

James no dejaba de trabajar estudiando informes, pero ella aunque debía hacer lo mismo no podía parar de pensar en la locura que estaba a punto de cometer.

Ella respetaba y admiraba muchísimo a los padres de James, los trataba por teléfono y les parecían unas personas encantadoras que no se merecían que su hijo les mintiese de esa forma.

Estos días había recibido no solo las felicitaciones de los dos, sino que se habían puesto a su absoluta disposición para que la boda resultara un éxito.

Eran tan amables y generosos que no podía sentirse peor de la culpa que tenía encima y además por si fuera poco, su madre seguía insistiendo en que no todo valía por el maldito dinero.

Se sentía tan mal que llevaba un par de días comiendo fatal y durmiendo peor. La maldita conciencia la tenía torturada hasta extremos que no sabía ni que se podía llegar.

Pero no podía hacer otra cosa, la fatalidad le había colocado contra las cuerdas y la operación de su madre había acabado por precipitarlo todo.

Iba a casarse por puro interés, era algo horrible, pero el bienestar de su familia merecía ese sacrificio por duro que fuera.

Al menos eso era lo que no paraba de repetirse como un mantra...

Aunque luego estaba lo de la mentira y la familia de James. ¿De verdad que iba a tener la cara dura suficiente como para plantarse delante de esa gente tan honorable y fingir que se amaban locamente?

Suspiró con una angustia tremenda, James levantó la cabeza de sus informes y le preguntó:

—¿Estás bien?

Ella le miró y, con los ojos llenos de lágrimas por la angustia, se sinceró:

—No, no estoy bien. Llevo unos días con el estómago revuelto y durmiendo a duras penas. Esta situación me tiene completamente desbordada... Y solo de pensar que en breve estaremos con tus padres me pongo más mala todavía.

James dio un manotazo al aire y, sin darle importancia, dijo:

—Va a salir todo bien.

Joana tragó saliva y, con el corazón encogido por la ansiedad, le reprochó:

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? ¿No te preocupa ser un mentiroso integral?

James miró por la ventana del avión, arqueó una ceja y luego respondió clavándole la mirada de depredador implacable:

—Si algo he aprendido en los negocios es que no debes perder de vista tu objetivo. Tú lo tienes claro y yo también. No te distraigas con lo accesorio.

Joana puso los ojos como platos sin dejar de pensar que no se podía ser más cínico que ese tío:

—Lo accesorio es que tus padres piensan que te vas a casar por amor. ¡Es horrible! ¿Pero tú qué tienes en el pecho? ¿Un trozo de roca?

—Yo no soy responsable de las expectativas que se hagan los demás.

Joana más irritada todavía se aferró a los reposabrazos del asiento y replicó:

—Pero sí de las mentiras que les cuentas. Les has dicho que somos felices, que vamos a casarnos para toda la vida... ¡Estás jugando con los sentimientos de tus padres!

James dio un sorbo a su botella de agua y, sin perder para nada los nervios, habló muy serio:

—Para los negocios soy terriblemente frío. Y esto son negocios, señorita Sinclair, no lo pierdas de vista. Que mis padres se hagan ilusiones con la boda es un efecto colateral que tengo perfectamente controlado.

—Tu madre ya se imagina con nietos... Dios mío, cuando dentro de un año le digas que nos divorciamos se les va a partir el corazón.

James se centró de nuevo en su informe y sin darle importancia repuso:

—No seas dramática, Joana. Lo superarán. Todo el mundo sabe que la mitad de los matrimonios terminan en divorcio. Entra dentro de lo previsible.

Joana respiró hondo, se recostó en el asiento y dejó vagar la vista por la ventana mientras se sentía tan mal como no recordaba.

Estaba en un avión, encerrada con un jefe al que detestaba, a punto de casarse por mero interés y ante la presencia de unos seres que eran puro amor.

Y todo por unas malditas deudas, sobre todo la más gorda, la que había contraído por culpa de su ex, ese canalla que le había dejado tirada y que le había roto el corazón en mil pedazos.

Menos mal que con Harry había vuelto a recobrar la ilusión, claro que como el pobre se enterara de las cosas que era capaz de hacer por dinero, no iba a volver a mirarla a la cara en su vida.

Harry era un tío íntegro, decente y cabal que seguro que iba a poner el grito en el cielo en cuanto se enterara de lo que había llegado a ser capaz de hacer por saldar una deuda.

Así que si ya lo tenía difícil con él, porque estaba convencida de que solo la veía como una amiga, si llegara a descubrir lo de la boda por interés, ya sí que iba a resultar a todas luces lo suyo imposible.

Desesperada, cerró los ojos y entonces notó una mano poderosa, fuerte y ancha sobre la suya y luego la voz grave y varonil de su maldito jefe:

—Vamos, tranquila, que tampoco es para tanto.

Al sentir el tacto de la mano de James sobre la suya, Joana sintió una especie de rayo que la atravesó por completo y su reacción fue apartarle la mano.

—Déjame por favor...

—Lo siento, solo intentaba serenarte...

Joana le clavó la mirada llena de rabia y le exigió:

—No vuelvas a ponerme un dedo encima.

—No había en mi gesto ninguna intención deshonesto. Solo quería calmarte, pero si te ha incomodado te pido perdón y te garantizo que jamás volverá a suceder.

Joana sabía perfectamente que así era, porque ni había atracción entre ellos ni nada parecido, o eso creía, pero en ese momento le desagradaba todo lo que viniera de ese hombre que le había puesto en esa situación tan complicada.

—Entiendo que tendremos que simular que nos amamos delante de tus padres y haré el teatro como la mejor actriz. Pero no me pidas más que eso porque te detesto más que nunca.

A James esas palabras le dolieron como si le estuvieran clavando una daga en el corazón, pero lo entendía perfectamente.

—Te agradezco tu sinceridad, señorita Sinclair —musitó frunciendo el ceño y fingiendo que no le dolía tanto como le estaba doliendo.

Joana le miró y le notó raro, como si sus palabras le hubieran dolido. Y ella desde luego que lo sentía pero era lo que había:

—Siempre me he guiado por el corazón, y por puro amor a mi familia voy a cometer esta locura, pero jamás te perdonaré que me hayas hecho pasar por esto, porque gracias a ti voy a sentir desprecio y solo desprecio hacia mí misma cada vez que me mire al espejo.

James estaba sintiéndose igualmente cada vez peor, no entendía por qué Joana no podía analizar la situación con la frialdad con la que se acomete una fusión empresarial. ¿Por qué no podía dejar los jodidos sentimientos a un lado y centrarse en lo importante?

—¿Desprecio por dar lo mejor a los tuyos?

—Desprecio por tener que recurrir a una boda por interés para dárselo. ¿Tanto te cuesta entenderlo? Me siento horriblemente mal conmigo misma por no tener más alternativas que recurrir a esto.

James le retiró la mirada cansado de la conversación, harto ya de que Joana no parara de dar vueltas a algo que era bastante sencillo de digerir. Y de nuevo enfrascado en su informe masculló:

—Yo pensaba que eras una adulta, Joana Sinclair.

—Y yo pensaba que tenías escrúpulos, James Nash.

James se envaró en el asiento, le clavó la mirada brillante de rabia y le dijo loco por zanjar esa conversación:

—¿Estás arrepentida? Porque si lo estás, abortamos la operación ahora mismo.

Joana respiró hondo y tras pensar un segundo en todo lo que implicaba parar esa boda, negó con la cabeza y respondió:

—Ya no me queda otra que seguir con esta locura hasta el final.

—Perfecto. Entonces, deja ya de hacer pucheros como una niñaata...

Capítulo 11

Lo de niñata le dolió tanto a Joana que cuando por fin aterrizaron tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para agarrar al energúmeno de su jefe del brazo y entrar en la mansión junto a la playa de la casa de sus padres con una sonrisa enorme.

—¡Bienvenidos a casa, hijos! —exclamó la señora Nash en cuanto los vio llegar.

Claire Nash era una mujer elegante, distinguida y bellísima que tenía una mirada limpia y una sonrisa de lo más franca. Tan franca que Joana se sintió una miserable por estar mintiéndole de esa forma, pero con todo aguantó el tipo como pudo y le devolvió el saludo con todo el cariño que sentía por ella.

—Muchas gracias por la acogida tan cariñosa, señora Nash.

—Creo que ya va siendo hora de que me llames Claire... Mi preciosa Joana, qué feliz me ha hecho la noticia. James no ha podido elegir mejor, es un chico listo, siempre lo fue, y estoy segura de que contigo ha dado absolutamente en el clavo. Solo tú puedes hacerle feliz...

Joana se quedó callada y se mordió los labios sin saber qué decir y sintiéndose fatal por mentir a esa mujer que no lo merecía.

Y a James, temeroso de que la culpa de esa chica echase a perder todo su plan, no se le ocurrió nada mejor que coger a Joana de los hombros y darle un buen beso en los labios. Así sin más y delante de su madre que los miraba felices...

Joana al sentir los labios duros y expertos de su jefe sobre los suyos, sintió un estremecimiento que fue mucho más de allá de lo inesperado del gesto.

Y es que su jefe tenía razón, el muy sinvergüenza no solo era un desalmado sino que besaba como quería...

—Tienes toda la razón, madre, solo Joana puede lograr que mis sueños se hagan realidad. Soy tremendamente feliz...

Claire los miró encantada y, tras abrazarlos otra vez con mucho cariño, les contó:

—Os hemos preparado la habitación azul con vistas a la playa, tiene salida directa al mar y yo creo que es muy bonita.

—Seguro que es del agrado de Joana, miles de gracias, mamá. Yo dormiré en mi cuarto como siempre.

Claire soltó una carcajada y tras coger cariñosamente el brazo de su hijo le dijo:

—No seas ridículo, James. No tenéis trece años para dormir en camas separadas. Ya me contaréis los pormenores de vuestra historia de amor, pero imagino que no lleváis tres días juntos...

Joana no sabía dónde meterse, se limitó a mirar a James que sin pensárselo dos veces replicó:

—No, claro que no llevamos tres días, pero lo digo por una cuestión práctica. Joana trae mucha ropa, necesita su espacio, yo también quiero trabajar duro estos días: no quiero molestarla...

—Deja el trabajo por unos días y disfruta un poco de la vida, James. Ya te toca. ¿Hace cuánto que no te coges unas vacaciones?

James cargó las maletas que descansaban en el suelo y como sabía que con su madre era imposible discutir, respondió:

—Está bien. Tienes razón. Muchas gracias por cuidar todos los detalles, mamá...

Y los dos se dirigieron a la habitación azul que estaba al final de un largo pasillo que a Joana le intimidó bastante.

Se le antojó como el largo sendero que hay que recorrer justo antes de adentrarse en la boca del lobo.

“Todavía estás a tiempo”, pensó. “Date la vuelta y dile a la dulce señora Nash toda la verdad”.

Joana no tenía culpa de que la mejor universidad fuera carísima y hubiera tenido que recurrir a un crédito, que su ex la hubiera dejado con un montón de deudas, que su padre hubiera fallecido y que ella fuera la única que trajera el dinero a casa.

Ella solo era una chica desesperada que quería dar lo mejor a los suyos, pero no quería mentir, ni fingir, ni mucho menos jugar con los sentimientos de los señores Nash.

¿Cómo hacía para calmar su maltrecha conciencia? ¿Cómo hacía para conciliar la pura necesidad con la virtud? ¿Y cómo iba a encerrarse en una habitación con ese ogro que besaba como nadie?

Angustiada siguió caminando por el pasillo, hasta que James abrió la puerta y entraron...

La habitación era un sueño, decorado en tonos blancos y con unas vistas espectaculares a la playa donde el sol brillaba radiante.

—Espero que te guste —dijo James tras cerrar la puerta tras de sí.

Joana dejó las maletas en el suelo y maravillada con lo que estaba viendo solo pudo farfullar:

—Es demasiado. Jamás he estado en un lugar tan hermoso.

James también dejó las maletas en el suelo y reconoció tras ponerse frente a ella:

—Te he tenido que besar porque he visto demasiado miedo en tu mirada, Joana.

—Más que miedo es culpa, no me siento nada bien haciendo esto. Y me da igual que te burles de mí.

James la miró a los ojos y dijo la verdad:

—Me parece admirable que tengas esos valores y principios, dice mucho de ti. Pero tienes que ser fuerte, no estás haciendo nada malo.

—No, qué va. Solo estamos engañando a tus padres...

—Quédate con que los estamos haciendo muy felices. Jamás en la vida les habría dado el gusto de verme casado, y gracias a ti van a poder presenciar la boda que siempre habían soñado. Durante un tiempo me imaginarán feliz... Es con lo que debes quedarte...

—Todo esto es tan... mezquino. Todo lo haces por el maldito poder.

James apretó fuerte los puños y le recordó algo que para él era muy importante:

—Todo esto es por algo que merezco, trabajo muy duro por la empresa y merezco ese cargo. Tú mejor que nadie lo sabe... La exigencia de papá es tan ridícula, que merece una respuesta igual de ridícula. Quiere una boda, pues la va a tener...

Joana le miró y sintió una punzada tremenda de asco en el estómago:

—Jamás pensé que en medio del paraíso podría llegar a sentirme como en el mismísimo infierno.

—¿Crees que soy un diablo?

—Seguro que estás viendo pánico en mi mirada pero te ruego que no me beses.

James sonrió, se lamió los labios con la punta de la lengua y dijo:

—Porque te ha gustado demasiado.

Joana no le esquivó la mirada, al contrario se la sostuvo mientras respondía la verdad:

—Besas bien. Pero jamás podría enamorarme de un hombre como tú.

James se aproximó más a ella, tanto que podía olerla, aspirar su aroma a flores frescas, a sentir su respiración cálida...

—Puedes estar tranquila si eso es lo que te preocupa porque jamás me enamoraré de nadie. No te lo tomes como algo personal, señorita Sinclair.

—No, claro no. Es obvio que no tienes corazón. ¿Cómo vas a enamorarte?

James le miró a la boca jugosa que se moría por volver a besar y replicó complacido:

—Eso es justo lo que dicen mis enemigos, que no tengo corazón.

—Yo no soy tu enemiga.

James solo sabía que tenía ganas de besarla otra vez, que se estaba poniendo tan duro que le dolía, que quería desnudar a esa mujer y hacerle el amor hasta dejarla rendida de placer...

¿Qué le estaba pasando? ¿Acaso no estaba convencido de que lo tenía todo bajo control? ¿De qué dominaba bien las reglas del juego?

Decidió no darle la mayor importancia, aparcarse esos pensamientos estúpidos y centrarse en el plan:

—Hace un día precioso, ¿por qué no te pones el bikini y nos damos un baño? Esas cosas son las que harían un par de enamorados ¿no?

Joana no pudo evitar volver a mirar a los labios de ese hombre y para su espanto sintió algo extraño: que los labios le quemaban de puro fuego, un fuego que sintió que solo podía apagar los labios de James. De su jefe maquiavélico y sin corazón que la miraba con ganas de todo.

¿Y ahora qué hacía? ¿Cómo le podían estar entrando unas ganas horribles de besar a ese hombre?

¿Pero cómo le podía estar pasando eso? Dios Santo... pensó... ¿Todavía estaba a tiempo de escapar y de ponerse a salvo?

Capítulo 12

Joana decidió apartarse de ese hombre como medida preventiva y se dispuso a deshacer las maletas que había traído repletas de ropa para distintas ocasiones.

Incluido el vestido de novia que por supuesto que sacó de la caja y colgó en el armario...

El maldito vestido que le traía demasiados recuerdos y ninguno bonito.

Y mientras ella estaba afanada con la ropa, James hizo lo mismo mientras no dejaba de pensar en la jodida atracción que estaba sintiendo por su secretaria.

Aunque bien pensado tampoco era tan raro que sintiera atracción por una chica bonita como Joana...

Tampoco tenía que darle demasiada importancia... porque no la tenía.

O eso creía.

Porque cuando tras ordenar sus cosas, le propuso de nuevo que fueran a la playa y ella aceptó, sucedió que cuando la vio por primera vez con un bikini pequeñísimo casi se queda sin aliento.

¿De dónde había sacado ese jodido cuerpo perfecto?

Estaba harto de ver a esa mujer cada día en el trabajo y jamás hubiera imaginado que debajo de toda esa ropa de saldo que llevaba se ocultara una diosa griega...

En qué maldita hora se le había ocurrido un bañito en la playa...

Lo que James no sabía era que a Joana le estaba pasando algo similar porque cuando vio a su jefe solo con un escueto calzón de baño por poco no le dio un infarto.

No se podía estar más bueno... Pectorales perfectos, bíceps marcados, abdominales muy definidos, una protuberancia bastante...

Joana se horrorizó porque qué le importaba a ella las partes más íntimas de su jefe...

Daba igual que aquello abultara muchísimo, daba lo mismo... Ella no estaba allí para eso, claro que no...

Se recordó una y otra vez, ya junto a la orilla del mar, al tiempo que desde la casa, Claire les saludaba con la mano.

Ellos le devolvieron el saludo y James le tendió la mano a Joana:

—Ya sé que no tienes ninguna gana de tomarme la mano, pero mamá nos está mirando —masculló para que su madre no pudiera leerle los labios.

Joana forzó la sonrisa, le tomó de la mano y dijo entre dientes:

—Pues no, no tengo ninguna gana.

James entonces la estrechó contra él, sus cuerpos quedaron pegados y con las bocas casi rozándose le susurró:

—Imagino que tampoco querrás que te bese.

Joana sintió la erección durísima de su jefe pujando contra su cuerpo, su respiración ansiosa, su mirada de deseo, sus ganas infinitas de todo y sintió que su sangre ardía de puro fuego. Un fuego que solo podía apagar la boca de ese tío que estaba llevándola al infierno...

Pero qué más daba ya, si sus pezones durísimos se estaban clavando en el pecho firme de ese tío:

—Pero tienes que hacerlo...

James abrazó más fuerte a Joana hasta que sus bocas quedaron pegadas:

—Pídemelo, Joana Sinclair. Solo lo haré si me lo pides.

Joana presa de una pasión arrebatadora que le nubló la razón y la cordura, que se llevó de golpe hasta el último de sus principios, cogió a James por el cuello, lamió suave los labios con la punta de la lengua y luego le besó fuerte y duro, casi con desesperación.

Él, muy excitado, abrió los labios y las lenguas se encontraron, se lamieron, se enredaron, mientras sus cuerpos se apretaban el uno contra el otro ansiando una fusión completa.

Sin aliento, después de unos segundos, se quedaron con los labios pegados y con ganas de más, de muchísimo más.

Pero no dijeron nada, tan solo se miraron a los ojos y de la mano entraron en el agua hasta que una ola les tiró al suelo y acabaron cada uno por su lado.

Después nadaron un poco y salieron para secarse al sol que pegaba con fuerza.

Estaban tan cerca que tenían los brazos pegados y las manos rozaban los muslos del otro: una auténtica tentación cuando el deseo estaba a punto de hacerles perder la cordura de nuevo.

James entonces se giró y comprobó cómo Joana tenía un pezón fuera del minúsculo triángulo de tela.

Con cuidado, tomó la tela entre sus dedos y cubrió el pezón que estaba durísimo.

—Gracias —susurró ella mordiéndose los labios, porque James tenía el dedo índice posado encima del pezón, por encima de la tela.

—¿Sigo? —preguntó con su mirada de diablo.

Joana estaba tan excitada que para su más absoluto asombro solo pudo asentir con la cabeza y James sonrió.

Luego pellizcó suave el pezón y comenzó a acariciarlo en círculos mientras se ponía más y más duro.

Joana gimió y él descendió con el dedo desde el pezón hasta el ombligo donde se paró:

—Tu madre puede vernos...

—Mi madre no es nada chismosa ni entrometida. Después del beso que nos hemos dado seguro que se ha ido a la otra punta de la casa. Es imposible que sepa que tengo el dedo en tu ombligo y que me muero por ir más allá... Si tú quieres, claro...

Joana cerró los ojos, se colocó el pareo encima del pubis como el que no quiere la cosa y ese arranque de recato a James le puso si cabe más duro todavía:

—Así no se notará tanto que...

—Que te mueres por tener mis dedos en tu vulva...

Joana no dijo nada, se limitó a cerrar los ojos y a sentir y solo sentir...

Porque en ese instante y llegados a ese punto ya le dio igual todo, estaba perdida, condenada, así que poco quedaba más que dejarse llevar por ese diablo que estaba soltándole los lazos del bikini por debajo del pañuelo.

Luego colocó la palma fuerte y ancha sobre la vulva mojada y la apretó hasta que le arrancó un gemido de placer.

—Eres tan especial, señorita Sinclair...

James, ansioso por darle todo el placer, recorrió los labios delicados y luego introdujo dos

dedos hasta el fondo de esa mujer que se estaba entregando de una manera tan inesperada como generosa.

Joana al sentir esa invasión gimió y se arqueó entera, no pensaba que James fuera a llegar tan lejos de penetrarla así, con contundencia y fuerza, pero no le importó.

Al contrario, era justo así como deseaba que la tocara...

Y luego, después de penetrarla con los dedos, ascendió hasta el clítoris con el dedo índice y comenzó a estimularlo hasta ponerlo durísimo.

Joana entonces abrió los ojos y le miró...

Era tan guapo, tan varonil, era tan *sexy* que por poco no se corre de solo imaginarlo con su cuerpo encima de ella, haciéndole el amor como jamás nadie se lo había hecho.

—¿Quieres correrte, Joana? —le preguntó mordiéndose los labios de puro deseo.

Joana asintió y James respondió penetrándola otra vez con los dedos, entrando en ese interior cálido y estrecho, y luego acariciando de nuevo el clítoris duro y chorreante.

Joana derretida por las caricias, sintiendo un placer que ni conocía o que al menos tenía muy olvidado, enterró los dedos en la arena caliente, mientras ese hombre seguía acariciándola.

Caricias ardientes y deliciosas que fueron a más y que llegaron a un punto en que se hicieron tan insoportables de puro placer, que se llevó la mano a la boca para no gritar y entonces se corrió como jamás lo había hecho en su vida.

Un orgasmo tan brutal, tan duro, tan fuerte que James lo sintió perfectamente.

Acto seguido, la besó en los labios suave y después implacable, dejándola sin aliento. Ansioso por penetrar esa boca no solo con su lengua y loco por fundirse con ella, por derramarse entero dentro de ella, por entregarle hasta la última gota de su placer.

Ella le abrazó con fuerza y temblando de puro deseo, agotada de placer y con su cuerpo pidiendo más, solo pudo decir:

—Eres mi perdición, James Nash. Mi más absoluta perdición.

James sonrió, tiró de su mano, cargo con ella en brazos y le susurró al oído:

—Y no ha hecho más que empezar...

Capítulo 13

Mareada todavía por lo que había sucedido y con ganas de mucho más, miró a James en cuanto la dejó tumbada sobre la cama y le pidió:

—Ven...

James le devolvió la mirada con ganas de devorarla entera, pero miró su reloj y vio que apenas quedaban veinte minutos para las dos de la tarde.

—Será mejor que nos duchemos.

Joana le miró ofuscada y repuso mientras se quitaba la parte de arriba del bikini:

—Parece que te gusta hacer méritos para que te deteste...

James se quedó mirando esos pechos redondos que se moría por tener en su boca y replicó:

—Y tú para todo lo contrario. Pero no puede ser, mi padre es un maniático de los horarios y en esta casa se almuerza a los dos de la tarde, llueve, truene o estés a punto de explotar de puro de deseo.

Joana entonces se percató de la abultada entrepierna de su jefe y sonrió pícaramente:

—Entiendo...

—No quiero un polvo rápido, no contigo.

Joana se mordió los labios porque no se esperaba para nada esa respuesta:

—Los prometidos también lo hacen a salta de mata.

—Pero nosotros solo somos prometidos de mentira. No lo olvides, Joana.

James entonces se acercó a ella, le dio un beso en la frente y se fue directo a la ducha dejando a Joana con ganas de todo.

—Te detesto, James Nash. Te detesto con toda mi alma —le gritó y él se limitó a soltar una carcajada.

Carcajada que a ella le puso furiosa y le hizo sentir como una idiota a partes iguales. ¿Cómo demonios podía haber caído en su red?

Vale que estaba buenísimo y el tiempo acompañaba y sobre todo que ella llevaba un montón de tiempo sin tener sexo.

Pero de todos los hombres que había en el planeta ¿tenía que ser con su jefe?

¿No se podía haber esperado un poco y desmelenarse con Harry que era el que realmente le gustaba?

Claro que Harry en la vida la había mirado con la cara de sátiro con que lo hacía su jefe. El muy cerdo... pensó.

Maravillosamente cerdo...

Cómo besaba el cabrón y cómo sabía tocarla, mejor incluso que ella misma. Él muy capullo había sabido regalarle un orgasmo que le había dejado al borde de perder el conocimiento.

Qué increíble. Y para rematar la faena la deja sobre la cama y la despacha con un beso en la frente.

Aquello ya era demasiado.

¿Por qué diablos ese tío siempre conseguía desquiciarla como nadie?

Confundida como nunca, se colocó la almohada en la cara y gruñó para descargar todo eso que llevaba dentro y que no sabía bien lo que era.

¿Frustración porque su jefe la había dejado a medias? ¿Rabia porque había tenido ese escarceo con él? ¿O simplemente que era idiota y había perdido definitivamente las riendas de su vida?

Porque lo que era peor: en unos pocos días iba casarse con ese dios del sexo con el que había tenido el mejor orgasmo de su vida. ¡Y solo había sido con los dedos!

No quería ni pensar de lo que sería capaz con esa parte de su anatomía tan abultada...

O sí... Más bien más que pensar, se moría por tener un buen revolcón, el polvazo del siglo...

Era bastante duro reconocerlo, pero era la pura verdad. La buena chica, la que siempre hacía lo correcto, la que llevaba en el dique seco desde que su novio la había dejado plantada en el altar se moría por follar alegremente con su jefe.

Ese jefe sin corazón con el que iba a casarse por librarse de las deudas.

¿Y ahora qué hacía? Ella hasta el momento solo había tenido sexo por amor con el sinvergüenza de su ex. Para ella el sexo por el sexo era algo totalmente nuevo...

¿Sería capaz de seguir enrollándose con su jefe sin que el corazón le jugara una mala pasada?

De momento le seguía detestando como siempre, o incluso más que nunca, pero ¿y si con el curso de los días la cosa cambiaba y acababa sintiendo más por él?

¿Y si acababa enamorándose de un ser ambicioso, sin corazón y escrúpulos del que debía de divorciarse en cuanto pasara un año?

¿No sería lo más prudente dejarlo todo ahí y no volver a besar esos labios demasiado expertos?

Confundida y angustiada, decidió llamar a su amiga Gemma mientras el sátiro de su jefe cantaba a grito pelado bajo la ducha:

—Gemma necesito que me ayudes, estoy metida en un lío tremendo.

Gemma era maestra de escuela y los sábados se los solía pasar dormitando hasta las tantas... Y más cuando la noche anterior se había acostado al alba...

—No sé si seré de mucha ayuda porque me has despertado...

Joana bajó la voz y le susurró a su amiga:

—Seguro que sí. Tía, estoy en tetas en la cama, hace un rato me he liado en la playa con mi jefe.

—Jajajajajajaja. *Ídola. Fenómena. Puta ama.* ¿Qué más quieres que te diga?

—Por favor, échame la bronca. Dime que salga corriendo que no siga...

—¿Cómo que no sigas? ¿Acaso no te lo has tirado ya?

—Ay por favor, no hables así que ya sabes que soy muy pudorosa.

—Es que como no me des detalles poco voy a poderte ayudar.

Joana muerta de la vergüenza le confesó a su amiga:

—Nos hemos besado y luego... me ha tocado ahí y digamos que he visto la luz...

—Al final del túnel. Vamos que te ha matado de placer, jajajajajajajaja.

—No te burles de mí y ayúdame antes de que salga de la ducha. Resulta que después de eso, me ha traído en volandas a la cama y luego se ha metido en la ducha.

—A pajearse, claro. Porque tendría la pinga como una barra de hierro.

—No seas vulgar, amiga. Por favor, que esto es serio... Tenemos que almorzar con sus padres a las dos, su padre es muy estricto con los horarios.

—Bueno... Pues entonces prepárate para la siesta que ese te va a dar tu merecido.

Joana no pudo evitar echarse a reír de los nervios que tenía:

—Ese es el problema. ¿Qué hago liándome con mi jefe? Jefe con el que me voy a casar por pasta... ¡Esto es de locos, amiga! Mi vida se ha ido definitivamente a la mierda.

—Pues yo quiero una vida de mierda como tú y estar en las Bahamas follándome a un tío bueno que además me va a sacar de pobre. Tía, ¿qué coño me estás contando? Disfruta y deja de hacerte pajas mentales, ¡y más cuando tienes a alguien que te las hace con sus deditos! Jajajajajaja.

Joana rompió a reír, con cuidado de que su jefe no la escuchara, pero se partió de risa y luego le pidió a su amiga:

—Anda dame un buen consejo que no quiero sufrir...

—¿Sufrir por qué? ¿La tiene muy grande y muy gorda?

—¡Gemma por Dios! Deja de ser tan soez y ayúdame que no tengo ni idea de lo que hacer. ¿Y si acabo enamorándome? Yo nunca lo he hecho por vicio, yo si lo hago es por amor. Y este tío es un cerdo cabrón que no tiene corazón. Voy a sufrir como una bellaca y no quiero... Ya he sufrido demasiado...

—Chica pero con este tienes la seguridad de que no te va a dejar plantada en el altar. Este se casa sí o sí... —bromeó Gemma para quitarle hierro al asunto.

—Gemma por favor, eres una payasa... ¿Quieres tomarme en serio y darme un consejo sensato?

—Me parece que a estas alturas del partido, querida amiga, ya poco puedes apelar a la sensatez. Es todo tan descabellado que no puedo aconsejarte más que disfrutes... Vive el momento, disfruta de la playa, del sol, de la comida, del sexo y goza... No te preocupes de nada más... Yo desde luego es lo que haría... Y si resulta que te enamoras y no eres correspondida, pues bueno... Ese es el riesgo, pero quien ama siempre gana. Así que ¿qué tienes que perder, criatura?

Capítulo 14

Con la cabeza hecha un auténtico lío, Joana apareció en el impresionante comedor de la mansión con su supuesto prometido de la mano.

Los señores Nash ya estaban esperándoles con una copa de vino blanco en la mano y la mejor de sus sonrisas.

—¡Qué maravilla tenerte con nosotros, preciosa! —exclamó el señor Nash saludando de forma muy cariñosa a su futura nuera.

—Muchas gracias por la calurosa bienvenida, señor Nash.

—Lláname William, por favor, no en vano en breve vamos a ser familia.

Joana no pudo evitar ruborizarse porque estaba muy nerviosa con la situación. Detestaba tanto mentir...

—Te agradezco la confianza, William... —musitó muerta de la vergüenza por estar jugando de esa forma con el cariño de esas dos personas extraordinarias.

William le sirvió a Joana una copa de vino bien frío, un vino exquisito, y después a su hijo al que le confesó:

—Cuando me dijiste que te casabas lo primero que pensé fue que era todo una mascarada para hacerte con la Presidencia.

A Joana le temblaron las piernas del agobio que tenía encima, pero James que mantenía el control de la situación a la perfección, replicó a su padre:

—Cómo puedes dudar de mí, padre...

El padre se echó a reír, dio un sorbo a su copa y respondió convencido:

—Porque soy tu padre y te conozco. Eres capaz de todo para conseguir lo que deseas. O te recuerdo que cuando tenías 3 años no paraste hasta que le robaste el patinete a nuestro vecino Teddy...

—Papá, por favor, qué va a pensar mi prometida. Esas cositas mejor que sean secreto ¿no te parece? —soltó mirando a su prometida que estaba muerta de nervios.

—A Joana seguro que no le sorprende la confesión, lleva trabajando contigo el tiempo suficiente como para conocerte muy bien. ¿Cierto, Joana?

Joana asintió porque el señor Nash tenía toda la razón, la anécdota del patinete no le asombraba ni lo más mínimo. Pero no dijo nada, solo asintió y entonces Claire habló emocionada cogiendo a su hijo del brazo:

—Estoy tan feliz con este enlace, desde luego que no has podido elegir mejor, querido James.

—Pues sí —intervino el padre—, de otra mujer hubiera sospechado que había gato encerrado, pero con Joana he disipado todas mis desconfianzas. Jamás pondría la mano en el fuego por mi hijo, pero de Joana me fío completamente...

James miró a su padre espantado por la imagen que tenía de él, pero sobre todo por lo que iba a pensar Joana de él y refunfuñó:

—Padre, por favor, como sigas así mi prometida va a salir corriendo.

—Digo la verdad, eres capaz de todo para lograr tus objetivos. Y cuando digo todo, es todo...

—Si estás hablando de ética, soy un ciudadano honorable que paga muchísimos impuestos —se defendió James.

—Como debe ser, pero reconoce que para acorralar a tus presas y llevarte el gato al agua, no es que te sirvas del todo de la ética...

James dio un respingo porque no sabía adónde quería llegar su padre con todos esos remilgos.

—Si te refieres a que compro testimonios para conocer a fondo el verdadero estado de una empresa o a que he recurrido a detectives privados para investigar a personas que me interesan, pues sí... Es información... ¿Qué tiene de malo estar informado? Información es poder, hasta un niño de teta lo sabe.

—Me refiero a esas cosas y a muchas más... Por lo que no me extrañaría nada que te hubieras buscado una novia de pega y la hubieras convencido a saber con qué para casarte con ella y acceder a la Presidencia. Sin embargo, al elegir a Joana, una chica recta, honesta y de moral intachable, no tengo ni la menor duda de que este matrimonio es por amor y solamente por amor.

Joana que estaba bebiendo un poco de vino estuvo a punto de atragantarse al escuchar aquello.

—Padre, me has hecho un retrato que deja en mantillas al mismísimo Maquiavelo. Menos mal que Joana ya me conoce, si no es como para salir corriendo después de escucharte —comentó James, que notó el agobio que tenía Joana y quiso de nuevo el foco para que ella por un ataque repentino de culpa no echase a perder toda la operación.

—Brindemos porque la felicidad que destiláis por los poros sea para siempre, hijos míos —sugirió Claire alzando la copa.

Todos lo hicieron menos Joana que estaba al borde del ataque de ansiedad de lo mal que se sentía.

Y es que el señor Nash tenía razón, ella al menos hasta la propuesta de su jefe siempre había actuado con honradez, eso era lo que le habían enseñado en su casa, a hacer lo correcto, a ser decente, a no mentir... Y ahora por culpa de ese diablo que tenía por jefe estaba a punto de arrojar todos sus principios por la borda, por dinero...

El maldito dinero que le hacía muchísima falta, pero que también le había obligado a aparcarse durante un buen rato sus convicciones más profundas.

Y dolía, dolía tanto que esa era la prueba, el sacrificio tan grande que tenía que hacer por el bienestar de su familia.

Y ahora tenía que levantar además su copa y brindar por una felicidad inventada, por una trama urdida por ser un ser sin corazón, al que le importaba un pimiento mentir a sus padres.

Y para colmo... ¡se había enrollado con él!

—Vamos, Joana, levanta tu copa. Tenemos que brindar por vuestra felicidad —le instó la señora Nash que de repente notó que algo le sucedía.

Joana miró a Claire con los ojos llenos de lágrimas y antes de que arruinara todo, James intervino cogiéndola por la cintura:

—Está tan emocionada, mi amorcito...

Luego la besó en los labios con fuerza, le agarró de la mano y la señora Nash hasta aplaudió:

—Hacéis una pareja tan bonita...

—Eres mucho más de lo que mi hijo merece, querida Joana —insistió William Nash que conocía

demasiado bien a su hijo.

—Algo habré hecho bien para que la vida me compense con un ángel como Joana, ¿no te parece padre?

El señor Nash se rascó la cabeza y le advirtió después apuntándole con la copa:

—Más te vale que cuides bien a esta joya de mujer, porque de verdad que como no lo hagas: voy a ser implacable contigo.

James se puso muy serio, y aseguró a su padre, porque así iba a ser, y porque después de todo apreciaba muchísimo a Joana y desde luego que no estaba mintiendo: necesitaba a esa chica en su empresa y claro que iba a hacer todo por protegerla.

—Descuida, padre, que así lo haré.

—Bien, pues brindemos por vuestra felicidad...

Los cuatro brindaron y Joana tuvo que hacer un esfuerzo terrible para que dos lágrimas no se le escaparan.

Luego, la señora Nash la cogió cariñosamente por el hombro y le aconsejó:

—Llora, cariño, imagino todo lo que habréis luchado para que esta relación llegue a buen puerto. Así que entiendo perfectamente tu emoción, tanto tiempo llevando a escondidas vuestro amor... Ha tenido que ser muy duro, pero ya estáis aquí, a las puertas de la boda. Una boda que ya veréis lo bonita que va a ser, estamos trabajando muy duro para que tengáis un recuerdo imborrable. No merecéis menos...

Al escuchar esas palabras tan sentidas, Joana ya sí que no pudo más y dos lagrimones enormes recorrieron su rostro.

Claire la abrazó y Joana al sentir ese cariño y esa ternura se sintió tan mal, tan mezquina y mentirosa que le pidió abochornada:

—Disculpa, pero es que no puedo... No puedo estar aquí...

James perplejo por la reacción de su secretaria, la cogió por el brazo, le secó las lágrimas con los dedos y le preguntó:

—Ey, nena, ¿qué pasa? Todo está bien. Todo va a salir genial...

Sin embargo, Joana lo que hizo al escuchar a ese mentiroso sin corazón fue darle un empujón y salir corriendo hasta la habitación donde tras encerrarse con llave, se echó sobre la cama a llorar desconsolada.

Capítulo 15

Minutos después, James estaba llamando a la puerta de la habitación y a Joana le entraron ganas de arrojar un zapato a la puerta para que se marchara. Si bien, luego pensó en los señores Nash y la verdad era que no se merecían ese espectáculo.

Así que abrió y James se coló en la habitación con una bandeja de comida:

—Come algo, anda...

James cerró la puerta y ella volvió a la cama donde se tapó la cara con un cojín:

—Ni pienso comer, ni pienso soportar tu bronca... Sé que me vas a decir que soy una inmadura, que te he decepcionado como nadie, pero me da igual. Yo no puedo seguir con esta farsa, creía que valía pero no valgo. No puedo mirar a tus padres a la cara sin sentir una vergüenza tremenda. No sé mentir, soy así de estúpida.

James se tumbó en la cama junto a ella, le retiró el cojín y la estrechó contra él...

—No vengo a decirte nada eso.

—¿Ah no? —preguntó ella arrugando el ceño.

—No. Es normal que hayas colapsado, han sido demasiadas emociones. Pero lo estás haciendo muy bien...

—¿Muy bien y he dejado a tus padres plantados con el almuerzo?

James sonrió de oreja a oreja y explicó entusiasmado:

—Mis padres están encantados contigo, de hecho me han echado la bronca pues creen que soy el culpable de que estés con los nervios de punta. Como he mantenido tanto tiempo la relación en silencio...

Joana se tapó la cara con las manos y le reprendió:

—No me puedo creer que hayas seguido con tus mentiras.

—¿Qué voy a hacer? Ellos creen que estás así de alterada por los nervios de la boda y son felices. ¿Cómo voy a arrebatárselos esa dicha? No puedo...

Joana le miró ofuscada y replicó apartándose de él:

—¿Cómo no vas a poder? ¡Si tú no tienes sentimientos!

James volvió a abrazarla y le pidió para que se calmara:

—Joana por favor sé razonable. No te pido tanto.

Joana que estaba muerta de hambre, saltó de la cama y se lanzó a por el pastel de carne que Claire había preparado con tanto cariño.

—En cuanto me coma estoy, voy a salir ahí fuera a contar la verdad a tus padres.

James se revolvió en la cama y con los ojos como platos le soltó apuntándole con el dedo índice:

—¡Tú no me puedes hacer esto!

—Oh, sí, claro que sí... —dijo degustando el maravilloso plato.

—¿Y tus deudas? ¿Sabes a cuánto ascienden los gastos del hospital? ¿Sabes lo que cuesta la carrera que quiere cursar tu hermana?

—Trabajaré duro...

—No seas ridícula, por muy duro que trabajes no puedes afrontar esa deuda.

—Me las apañaré, por mí no te preocupes que me las apañaré...

James le llenó la copa con agua, desquiciado por todo lo que estaba escuchando y tras ofrecérsela le dijo:

—No voy a permitir que nos arruines la vida a los dos. Estamos juntos en esto.

Joana se bebió el agua del tirón y replicó segura:

—Como me voy a arruinar la vida para siempre es como salga ahí fuera y siga mintiendo a tus padres. No se lo merecen, James. Son muy buena gente, no se merecen nuestras mentiras.

James no dijo nada más, solo observaba cómo Joana se comía el pastel con avidez y pensaba...

Pensaba y pensaba cómo afrontar esa situación que se le estaba yendo completamente de las manos.

Y por si la situación ya no fuera de por sí lo suficiente complicada, además tenía unas ganas tremendas de abrazar a esa chica que le miraba angustiada.

¿Y ahora qué hacía?

¿Le decía la verdad? ¿No odiaba tanto las mentiras? Pues ahí iba una verdad enorme...

—Yo solo sé que tengo ganas de abrazarte.

Joana acabó su pastel, dejó el plato a un lado y negando con la cabeza replicó:

—Tú tienes ganas de otra cosa. Eres un pervertido.

—Pues me parece que no soy el único, a tenor de la cara de vicio con la me mirabas antes.

Joana resopló porque lo único que le faltaba ahora era una conversación de ese cariz:

—Mira, somos adultos. Sentimos deseo y ya está.

—Entonces tal vez no estamos mintiendo tanto a mis padres. Quiero decir que sentimos cosas...

—Sí, pero sentir atracción no es suficiente como para comprometerse para siempre.

James viendo que todavía tal vez había una pequeña esperanza para seguir con su plan, le dijo:

—Pero nosotros sentimos admiración mutua, nos conocemos bien, llevamos tiempo trabajando juntos y formamos un buen equipo. Si a eso le unes el deseo repentino que se nos ha despertado...

¿No crees que tenemos todas las papeletas para tener un matrimonio de lo más exitoso?

—Eres un manipulador, James. Te conozco bien y sé hasta dónde eres capaz de llegar con tal de salir ganando siempre. Y tristemente, no siempre se gana. Esta vez me temo que no vas a salir triunfante...

Joana se levantó y se acercó al balcón para relajarse un poco mirando al mar. James se fue tras ella, y se colocó justo detrás, muy cerca...

—¿Y si descubrimos si esto que sentimos es sexo y algo más?

Joana se dio la vuelta, miró la boca se moría por besar, esos ojos verdes de diablo y solo pudo decir:

—¿Qué más me puedes ofrecer si no tienes corazón?

A James le molestó muchísimo esa respuesta, porque para nada se tenía por un mal tipo. Era ambicioso, sabía lo que quería, luchaba por lo que anhelaba a brazo partido, pero tenía corazón...

—A mí me destrozaron el corazón y desde entonces ya sabes que solo he tenido amigas, pero...

—Oh sí, ahora te vas a enamorar de mí. ¡A otra con ese cuento, te conozco demasiado bien! — exclamó apartándose de él y yéndose al otro extremo del balcón.

—Solo sé que de repente he empezado a verte con otros ojos...

—Los peores ojos.

—¿Y si se despertaran otras cosas? Joder, Joana, tengo corazón, ¿y si pudiese también sentir cosas por ti? ¿Y si esto que estamos empezando a sentir creciera hasta desbordarnos?

Joana se quedó mirando al mar mientras se lamentaba de por qué le pasaban esas cosas, que por qué tenía tan mala suerte con los hombres, por qué narices no encontraba un chico normal con el que tener una relación tranquila. Si es que no pedía más.... Por eso, se giró y le soltó:

—Y quieres dar respuesta a todas esas preguntas dentro del matrimonio. ¡Por Dios, James que no soy tonta! Tú lo único que quieres es la puñetera Presidencia. Por favor, todo lo demás, te importa una soberana mierda.

James no dijo nada porque le dolió que esa mujer le viera de esa forma, como un tío tan interesado, manipulador y mezquino. Y es que además estaba hablando en serio... Le estaba provocando demasiada curiosidad saber adónde podía llevarle todo lo que estaba empezando a sentir por ella, a la que admiraba como a nadie, a la que respetaba aunque ella no lo creyera y a la que estaba empezando desear tanto que hasta le dolía.

Estaba jodido, pero bien jodido.

Así que para no estropearlo más, salió de la habitación y se marchó a correr por la playa a ver si así encontraba la lucidez suficiente como para salir airoso del tremendo enredo en el que estaban metidos.

Capítulo 16

Cuando James llevaba una hora corriendo bajo un sol que pegaba fuerte, se sintió tan mal de tanto darle vueltas al asunto que se tuvo que tumbar en la arena porque le estaban entrando hasta ganas de vomitar.

Maldita sea, pensó, y él que consideraba que Joana era la candidata perfecta, la única que no le iba a plantear ningún tipo de problema y estaba a punto de volverse loco de remate.

Y además con una culpa tremenda por haberla hecho sentir tan mal, por haber provocado esas lágrimas que, aunque nadie lo creyera, le dolían.

Él pensaba que con la boda falsa estaba haciendo un buen negocio para los dos, pero ahora resultaba que había atentando contra los pilares fundamentales de la ética de Joana y además él se sentía peor que nunca en su vida.

Joana le importaba, joder, claro que le importaba. Si se dejaba la vida por la empresa, si trabajaba tanto o más que él, y encima a pesar de que era un borde arrogante ella siempre se preocupaba de su bienestar.

Siempre le elegía los mejores hoteles, preparaba las reuniones a conciencia, tenía olfato para las compras, hacía análisis de lo más agudos y por si fuera poco conocía el gusto tanto de su madre, como de sus amiguitas... Es más, los obsequios que Joana elegía para las otras resultaban siempre un exitazo...

Era un regalo del cielo y no quería perderla, cosa que iba a hacer como siguiera insistiendo en seguir adelante con su plan.

Plan que a él en un principio le había parecido de lo más acertado para sus intereses, pero ahora que solo podía verlo bajo la óptica de ella le parecía de lo más repugnante.

Mentir, fingir, manipular, jugar con los sentimientos de los demás, ese era el bonito plan que le había propuesto a esa mujer que no se merecía estar pasando por toda esa mierda.

La había cagado pero bien, hasta el fondo, pero todavía tenía enmienda...

Así que sin pensárselo dos veces, se levantó, se limpió la arena y corrió de vuelta a casa, donde exhausto y sudoroso se plantó en el despacho de su padre que estaba redactando unos correos electrónicos.

—Papá tenemos que hablar...

William alzó la vista y vio a su hijo que venía chorreando de sudor:

—Dúchate y luego hablamos tranquilamente tomando una copa en el porche.

—No, tiene que ser ahora —le dijo muy serio.

William le invitó a que tomara asiento y tras removerse en el sillón de piel marrón le advirtió:

—Espero que esto no tenga nada que ver con Joana, no te perdonaría jamás que hicieras sufrir a ese ángel.

—Precisamente porque no quiero que sufra más estoy aquí. Verás...

A William se le demudó el semblante, le miró furibundo y negando con la cabeza le advirtió:

—Solo espero que no vengas a decirme que quieres anular la boda porque yo mismo te arrancaré tus partes con mis manos. ¿Tú sabes lo que ha sufrido esa chica en el pasado? A tu madre le contó

que su anterior novio la dejó plantada a poco de la boda...

—Conozco su historia pero...

—Tú te casas con ella como me llamo William Nash. ¿Estamos? —exigió dando un manotazo en la mesa.

—Padre, es ella la que no quiere casarse conmigo.

William alucinado, sin entender absolutamente nada, le pidió a su hijo que se explicara de una vez:

—¿Qué le has hecho para que haya cambiado de opinión? Tu madre me ha contado que os vio besándoos en la playa...

James bufó y, con un dolor tremendo de recordar ese beso, le explicó a su padre:

—Le pedí que se casara conmigo a cambio de liquidar la tremenda deuda que tiene por diversas circunstancias: la de la carrera, la que le dejó su ex de un negocio... Su padre murió y ella es el pilar de su casa... Además su madre sufrió una caída y necesitaba dinero para la operación... Total, que le ofrecí que se casara conmigo a cambio de dinero... De jodido dinero.

William se puso de pie y, sin mediar palabra, propinó a su hijo tal puñetazo en la mejilla que él se cayó para atrás en la silla:

—¡Eres lo más despreciable que me he echado a la cara! ¿Cómo pudiste humillarla así? ¿Abusar de su precariedad? ¿Pero qué clase de hombre eres? ¡Me das tanto asco, James! ¡Tanto...!

El señor Nash agitó el puño al aire porque le dolía la mano tras haber golpeado a su hijo, aunque desde luego que más le dolía haber perdido los nervios de esa forma.

Tenía que haberse controlado, él jamás en su vida había puesto la mano encima a su hijo, sabía que se había equivocado pero estaba tan decepcionado.

James sin embargo se levantó sintiendo que merecía el golpe, era un canalla, y su padre tenía toda la razón.

—Lo siento, padre. Soy un cretino. Perdóname —dijo mientras se chupaba el labio que estaba sangrando.

—Lamento el golpe, no tenía que haber reaccionado así. Pero estoy tan enfadado contigo... ¿Cómo has podido caer tan bajo? Te puse la condición de que te casaras para que maduraras de una vez. ¿Y qué haces? Portarte como un villano...

—Lo sé y lo asumo. Soy un ser despreciable. No hay más.

—Y si lo sabías ¿para qué la besas? ¿No tenías suficiente con humillarla que también has tenido que ilusionarla en vano? Porque tu madre dice que te besaba de verdad, las mujeres saben ver esas cosas...

—Y yo la besaba de verdad. Hay mucha atracción entre nosotros... Lo hemos descubierto estos días... Y también hay más: nos respetamos, nos admiramos, nos conocemos a la perfección...

William tendió a su hijo un pañuelo para que se limpiara la herida y exclamó recordándole:

—¡Quien con fuego juega, se quema! Eso te pasa por jugar al enamorado, mira... al final has acabado enamorándote de verdad.

—No, no estoy enamorado. Solo sé que de repente estoy empezando a ver de otra forma a esa mujer que me hace el trabajo tan fácil, que está siempre ahí para todo, resolutiva, eficaz, proactiva, inteligente...

El padre se pellizó la barbilla, se cruzó de brazos y volvió a insistir:

—¿Y estás seguro de que no te estás enamorando? Porque en ese caso tal vez lo único que haya que hacer sea posponer un poco la boda... La boda de verdad, porque ella debe sentir algo parecido por ti.

—Ella me detesta, eso lo tengo clarísimo. Puede ser que le atraiga, sí, pero jamás se podría enamorar de mí.

—¿Y te extraña? —inquirió el padre enarcando una ceja.

James negó con la cabeza, se limpió la herida con el pañuelo, dando varios golpecitos secos y después reconoció a su padre:

—Merezco todo su desprecio. Lo asumo.

William volvió a sentarse, respiró profundo y tras colocarse la mano debajo de la barbilla, le advirtió:

—Me temo que no me va a quedar más remedio que tomar cartas en el asunto.

—Joana accedió por el agobio que tenía con la operación de su madre. Pero es una buena chica...

—Lo sé.

—Se sentía fatal por mentir, decía que estaba fatal jugar con vuestros sentimientos y antes se ausentó llorando porque no podía seguir con la farsa. Es la honradez y la decencia hecha persona. Ella no tiene culpa de nada.

A William no le hacía falta que su hijo le explicara nada porque era obvio que esa muchacha tenía un corazón de oro. Lo que sí le intrigaba cada vez más era algo... Por eso, preguntó:

—¿Y puedo saber por qué has venido a contarme la verdad?

—Porque Joana lo estaba pasando fatal y no quiero verla así. Me importa demasiado.

William sonrió de oreja a oreja, entornó los ojos y dijo:

—No necesito escuchar más... Y ahora ¿puedes ir a buscarla que tengo algo importante que decirnos a los dos?

—Está bien, pero de verdad que no estoy enamorado de ella —insistió aunque su padre tenía una opinión bien distinta.

Capítulo 17

Cuando James entró de nuevo en la habitación, se la encontró sentada en la cama con los ojos hinchados de tanto llorar y las maletas hechas.

—Te estaba esperando. No quería marcharme sin pedirte perdón...

James sintió tal nudo en el estómago que creyó que iba a doblarse de dolor, ¿pero cómo le pedía perdón después de cómo se había portado ella?

—Soy yo el único que debe pedirte perdón. Siento muchísimo haberte hecho pasar por esto. Era un auténtico despropósito. Tenías razón. Y he obrado en consecuencia: vengo de hablar con mi padre.

Joana se envaró y pestañeando muy deprisa le preguntó:

—¿Hablar de qué?

—Le he dicho toda la verdad, así que ya puedes estar tranquila.

A Joana se le llenaron los ojos de lágrimas porque lo cierto era que no lo esperaba:

—Creo que has hecho lo correcto y te lo agradezco.

James se sentó a su lado, la miró conmovido y susurró:

—Solo quiero que estés bien, no podía soportar ni un segundo más verte sufrir.

—¿Cómo se lo ha tomado tu padre?

—Te aprecia mucho y nos espera en su despacho para que hablemos con él.

—No creo que me aprecie demasiado después de descubrir que soy una mentirosa.

—El único que se ha descubierto una vez más he sido yo.

Joana le miró el labio que sangraba y le preguntó extrañada:

—¿Qué te ha pasado?

—Mi padre me ha dado un puñetazo en cuanto le he contado la verdad.

—Dios... —musitó Joana, que se levantó para ir al cuarto de baño donde había visto que había un botiquín.

—¿Adónde vas? Si no es nada... He sido yo mismo que me he mordido el labio con el golpe.

—Y se te está hinchando el pómulo... —susurró Joana, acariciándole suavemente el pómulo.

James al sentir ese contacto tan cálido y agradable, cerró los ojos y murmuró:

—De verdad que no es nada.

Joana no le creyó y se marchó al cuarto de baño en busca de un poco de algodón y desinfectante con los que le curó la herida del labio.

Mientras le curaba, James no podía dejar de mirarla, los ojos azules tan bonitos, la boca jugosa, el cuello largo... y pensó que Joana era una chica demasiado especial. Porque era guapa como ninguna, pero por dentro lo era mucho más... Como bien decía su padre era un ángel...

Y él... Él un demonio que no merecía que le estuviera procurando tales atenciones.

—Ya está —dijo ella en cuanto terminó de curarle la herida.

James se quedó mirándola y de repente sintió que necesitaba algo como el respirar, así con esa necesidad y urgencia y aun a riesgo de volvieran a cruzarle la cara, musitó:

—Yo creo que no, todavía falta algo...

Joana con el ceño fruncido preguntó sin saber bien a qué se refería:

—¿El qué?

James suspiró y respondió cerrando los ojos:

—Un beso, seguro que tú beso acaba de sanar la herida.

Joana sonrió y sintió una especie de ternura absurda por ese hombre que la desquiciaba por completo.

James entonces abrió los ojos y dijo convencido de que ella jamás volvería a besarle en la vida:

—Perdóname otra vez. Soy un cretino integral.

Joana asintió y le besó despacio en los labios, muy despacio. Luego se miraron y volvieron a besarse más intenso, más húmedo, pero con delicadeza...

—No quiero hacerte daño —le dijo ella con los labios pegados a los de James.

—Lo que me hace daño es perder tus besos...

—Están aquí... —le susurró besándole otra vez.

—¿Por qué eres tan dulce conmigo, Joana? No merezco esto. No merezco más que tu desprecio.

Joana le tomó el rostro con ambas manos y le dijo emocionada:

—Porque valoro lo que has hecho hoy por mí. Sé lo que significa la Presidencia para ti...

—No podía soportar verte tan angustiada, así que tenía que hacer algo... Solo espero que algún día me perdones y que al menos podamos ser amigos.

Joana sonrió y asintió con la cabeza con los ojos llenos de lágrimas:

—Eso está hecho.

—Ahora no te preocupes por la reunión con mi padre, él sabe que yo soy el culpable de todo. No sé qué tiene que decirnos pero es un hombre sabio y justo. No me parezco nada a él...

Joana negó con la cabeza, volvió a besarle en los labios y le aseguró:

—No estoy de acuerdo, hoy te has portado como un hombre sabio y justo. Y yo te lo agradezco...

—Yo sí que te agradezco que me hayas hecho tomar el camino correcto.

—Detesto la mentira, simplemente es eso.

James suspiró y reconoció en voz alta:

—Te admiro tanto.

Joana sonrió, le acarició el rostro con dulzura y confesó también:

—Y yo, siempre lo he hecho.

—Pero solo como jefe, quiero decir que como empresario, como ser humano solo debo provocarte náuseas.

—Hoy me has demostrado mucho, James. Mucho...

James se emocionó al escuchar esas palabras y le preguntó con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho:

—¿Puedo pedirte que me abracés?

Joana le abrazó porque deseaba hacerlo tanto como él y respondió:

—Claro que sí, me gustan muchísimo tus abrazos.

Así estuvieron unos instantes mientras James reconocía que:

—Podría pasarme así la vida entera...

Joana también muy reconfortada con el abrazo, replicó sintiendo lo mismo:

—Y yo.

James entonces se apartó un poco de ella y le dijo con un gesto de lo más pícaro en la mirada:

—¿Y si seguimos adelante con la boda? Porque yo veo que esto pinta demasiado bien...

Joana se echó a reír y replicó bromeando:

—Pero sin Presidencia porque de esta tu padre va a concluir que estás fatal de la cabeza.

—Sinceramente, ahora mismo me importa un bledo la jodida Presidencia.

—Te conozco demasiado bien: no te creo en absoluto.

James soltó una carcajada porque desde luego que podía engañar a cualquiera menos a Joana y afirmó:

—Está bien, me importa pero tú también...

—Y tú me importas a mí.

—Bueno, pues ya que no hay boda. ¿Me concederías una cita un día de estos?

Joana le miró divertida, se encogió de hombros y respondió:

—Tengo que consultar mi agenda, pero supongo que sí. Que algún día podría hacerte un hueco.

James tuvo entonces una certeza tan profunda que no le importó para nada compartirla con ella:

—¿Sabes una cosa? Estoy seguro de que si algún día me enamoro, solo va a poder ser de ti.

—Vaya por Dios, qué suerte la mía... —bromeó Joana.

—Es cierto, solo tú me conoces tan a fondo, solo tú sabes mi verdad y solo tú tienes el corazón más bello que he conocido en mi vida.

Joana sonrió, le besó suave en los labios y susurró:

—Esto es una locura, una auténtica locura...

Capítulo 18

Lo primero que hizo Joana al sentarse frente al señor Nash en su magnífico despacho decorado con maderas nobles y cuadros que debían valer una fortuna fue decirle:

—Lo siento, William. Lamento profundamente todo esto que ha pasado. Jamás debí...

El señor Nash negó con la cabeza y la interrumpió con una sonrisa amable:

—No sigas, por favor. Sé todo lo que pasó y me hago cargo. No voy a juzgar a una mujer noble, de moral intachable, que de repente se vio obligada a tomar una decisión en una coyuntura angustiosa. Aquí el único villano es mi hijo, que se aprovechó de la situación tan complicada que tenías para lograr sus asquerosos objetivos.

—Así es —asintió James, mirando a Joana muy avergonzado—. Yo tengo la culpa de todo este desaguado, no debí hacerlo tan mal. Tan jodidamente mal. Lo siento tanto, Joana.

Joana se quedó mirándolo con el corazón encogido, en tanto que William seguía hablando:

—Quedémonos con que al final la verdad ha triunfado como no podía ser de otra manera y con que hay que reparar el daño, porque obviamente lo que mi hijo ha hecho contigo, querida Joana, ha sido algo lamentable que exige algo más en un perdón.

Joana negó con la cabeza, porque sentía que con el perdón era bastante y más viniendo del orgulloso de James Nash:

—No hace falta reparar nada, señor Nash. Con el perdón de James me basta, además yo tenía que haber sido más firme. No haber llegado hasta aquí con la mentira...

—Tú no podías pensar con claridad porque te encontrabas en situación muy estresante, mi hijo es el que tiene toda la culpa.

—Es cierto, padre. Yo tengo la culpa de todo. Así que aceptaré el castigo sea el que sea.

William miró a su hijo con desdén y luego le soltó:

—Demasiado castigo tienes con soportar la vergüenza que debe darte haber obrado de esa manera tan miserable.

Joana se sintió fatal, era cierto que James había actuado de una forma totalmente reprobable pero también había que tener en cuenta que había reaccionado a tiempo. Por eso, le dijo al señor Nash:

—William entiendo tu punto de vista, pero también deberías considerar que tu hijo se ha retractado y además está profundamente arrepentido.

William se atusó una ceja con el dedo índice y replicó con un gesto severo en los labios:

—Te honra que saques la cara por el impresentable de mi hijo, como no podía ser de otra manera dada la grandeza de tu corazón, querida Joana.

—Eso es cierto —apunto James.

—Claro que es cierto. Por eso hay que reparar la afrenta y también ser justos, como teníamos que haberlo sido con Joana, hace ya un tiempo.

Joana otra vez negó con la cabeza y muy apurada dijo:

—William no hace falta... De verdad que no.

William juntó los dedos de ambas manos y muy serio, tanto que no había lugar a réplica en sus palabras, anunció:

—Yo me haré cargo de tu deuda y te daré todo lo que el sinvergüenza de mi hijo te había prometido.

Joana se llevó las manos a la cara y casi llorando volvió a insistir:

—No, por favor, William, de verdad que no es necesario.

William la miró con una sonrisa amable y sincera y habló otra vez:

—Mi abuelo empezó con el negocio que hoy tenemos y era un hombre justo, bueno y sabio. Él enseñó a mi padre a ser justo y mi padre me lo enseñó a mí. No sé proceder de otra manera. Los Nash obramos así y tú trabajas para nosotros. No se trata que sea necesario o no, se trata de que tiene que ser así. Así que no te va a quedar otra más que aceptar mi sentencia, que no acaba aquí...

—Pero... —objetó Joana mordiéndose los labios de la ansiedad.

—Escucha, por favor, Claire y yo llevamos un tiempo retirados en este paraíso, pero yo me negaba a soltar las riendas porque James es James...

—Un cabrón con pintas que no ha heredado el gen justo y bueno de los Nash —farfulló James.

—Creo que en el fondo de tu corazón hay bondad y una sed tremenda de justicia, pero tu ambición lo nubla todo... —opinó William—. Al menos de momento... Yo estaba convencido de que solo formando una familia podrías llegar a aprender lo que es el amor de verdad, dar sin más, entregar hasta que duela, sin esperar absolutamente nada... En fin, esa clase de cosas que solo saben los que aman a los suyos con el corazón abierto, como hace nuestra querida Joana. Ella ha sido capaz de todo por los suyos, incluso hasta estaba dispuesta a sacrificarse y casarse contigo por darle a su madre lo mejor. Esa clase de amor es a lo que me refiero y ese es el sentimiento que me hubiera gustado que sintieras, porque entonces sí que estarías realmente preparado para asumir el control de todo —. William hizo una pausa, respiró hondo porque aquello también le dolía, no en vano era su hijo y le dolía—. Pero viendo que tu ambición no cede ni un ápice y que yo necesito jubilarme me obligas a tomar la decisión de cederle la Presidencia a otra persona. Necesito dedicarle a Claire todo el tiempo que se merece, aparte del golf que es mi otro gran amor. Así que he pensado que es el momento perfecto para dejar la Presidencia en manos de una persona competente, capaz y de mi absoluta confianza.

A James le dolió escuchar aquello tanto que tuvo que morderse los labios para no estallar en cólera. Pero se controló, después de la que había liado lo que menos procedía era montar una bronca espectacular. Como los buenos boxeadores, tenía que saber encajar también el golpe. Y aunque estaba a punto de dejarle K.O. debía aceptar la decisión de su padre. Entre otras cosas porque se lo había ganado a pulso por su falta de escrúpulos.

Joana se quedó de piedra al escuchar esas palabras, y a pesar de que James no se había portado bien, había algo incuestionable:

—William, respetando tu decisión, permite que te diga que jamás vas a encontrar a nadie mejor preparado ni más comprometido con la empresa que tu propio hijo.

William negó con la cabeza, se aferró a una pluma estilográfica y le dijo convencido:

—Querida Joana, he encontrado a esa persona, lo que me reprocho es cómo no me he dado cuenta antes y no habríamos llegado a esta triste deriva.

—¿Alguien tan formado, entregado y capaz como James? —insistió Joana y a James aquello sinceramente le enterneció hasta el punto que casi lloró.

Maldita sea. Esa chica después de cómo se había portado con ella, todavía tenía agallas para defender sus intereses delante de su padre. Joder, pensó, no la merecía, desde luego que no.

—Por supuesto que sí, Joana, yo no soy ningún portento —sentenció James mirándola emocionado.

—Tú tienes un currículum brillante, James —intervino William que siempre era justo—, lo das todo por la empresa, eres un trabajador infatigable y tienes ambición, tal vez demasiada... Sin embargo, Joana...

—Yo no pinto nada en esto... —dijo Joana encogiéndose de hombros.

—¿Cómo que no? Tienes todo que ver —opinó William—, te graduaste en Económicas en Yale con la mejor nota, has participado en fusiones muy importantes, has propuesto otras tantas, conoces la empresa desde abajo, eres brillante, inteligente, trabajadora, sacrificada, generosa y amas a los tuyos más que a ti misma. ¿Conoces a alguien mejor para ocupar la Presidencia?

Joana al escuchar aquello se quedó lívida, porque solo podía tratarse de una broma. Ella una modesta asistente de dirección no podía ocupar la Presidencia de un imperio como el de los Nash... Era sencillamente imposible.

—Yo... De verdad que agradezco la propuesta, pero no soy nadie... Dudo mucho que el resto del accionariado me acepte porque... —se justificó desbordada por el ofrecimiento.

—Mi hijo y yo tenemos el 80% de las acciones, poco importa lo que opinen. Y estoy convencido de que James está de acuerdo con mi decisión ¿verdad hijo?

James sonrió de oreja a oreja y con un brillo en la mirada tremendo, asintió feliz, porque desde luego que su padre no podía haber tenido una idea mejor.

Joana era perfecta. Perfecta para todo. Incluso para amarla hasta el resto de sus días.

Pero eso a quién le importaba.

Él lo había estropeado todo y tristemente ya nada tenía remedio... Si es que lo había tenido alguna vez.

Capítulo 19

Joana decidió después de todo el enredo que lo mejor era marcharse a Nueva York con su madre, para acompañarla en su rehabilitación y para reflexionar sobre su futuro.

Obviamente sentía que la propuesta de William Nash era descabellada, que por mucho que dijera no estaba preparada para acceder a la Presidencia de la empresa, donde además con James todo se había complicado demasiado.

¿Para qué tenía haberlo besado?

Confundida como nunca, decidió centrarse en su familia que se percató enseguida de que algo pasaba:

—Joana estás muy rara —le dijo su madre mientras caminaban poco a poco por el pasillo de casa.

—Estoy bien, mamá. Tú céntrate en recuperarte. Y veo que vas de maravilla, mira qué bien estás dando tus primeros pasos.

La madre de Joana se paró, se quedó mirándola y muy agradecida le dijo:

—Y todo es por ti. Ahora me gustaría saber qué pasó en ese viaje a las Bahamas. Sabes que me alegro un mundo de que no cometieras la locura de casarte, de que el señor Nash padre tomara cartas en el asunto y por fin reinara la cordura, pero sé que pasa algo que me ocultas.

Joana no le había contado a su madre el ofrecimiento del pago de la deuda y la Presidencia... Estaba demasiado angustiada como para compartirlo con nadie, pero su madre tenía la habilidad de leerle la mente y no le quedó más remedio que contarle la verdad:

—Verás el padre de James me ha ofrecido pagarme la deuda y la Presidencia de la empresa.

La madre de Joana se quedó con la boca abierta y con los ojos llenos de lágrimas le dijo:

—Dios santo, cariño, ese hombre es muy generoso... ¿Y tú que has dicho?

—Nada. Tan solo les pedí tiempo para reflexionar porque insistió en que merezco ese puesto.

—Y no le falta razón...

Joana miró a su madre alucinada ya que no esperaba para nada esa opinión:

—Mamá, por favor, soy una simple asistente de dirección...

—Joana tú sabes que eres mucho más que eso. James Nash ha tomado decisiones muy importantes gracias a tu criterio, análisis certero y olfato empresarial. Eres un puntal importantísimo en la dirección de la empresa y mereces estar en lo más alto. Lo mereces con creces...

—Mamá es demasiado... Yo...

La madre tomó el rostro de su hija con las manos y le dijo:

—Las mujeres debemos de luchar por lo que nos corresponde. Eso es igualdad. Yo te he educado como habría educado a un varón. No hay que tener miedo a la responsabilidad ni al poder, no podemos estar defendiendo la igualdad y luego cuando llega el momento de la verdad escondernos tras excusas. Si William Nash que es un hombre talentoso y brillante te ha elegido es porque vales, porque estás preparada mejor que nadie, y porque ese puesto es tuyo por derecho propio. Pero me gustaría que no dependieras del criterio de nadie para saber lo que vales. Eres oro puro, mi niña.

Joana sintió una emoción tremenda al escuchar las palabras de su madre a la que admiraba tanto:

—Mamá estoy asustada, además no sé si realmente me ofrecen el puesto para compensarme por lo que hizo James.

—¿Tú crees que un hombre de negocios iba a jugarse su futuro por la reparación del honor de una empleada? William Nash es un hombre justo y por eso te va a pagar la deuda, lo otro... el cargo... es porque lo mereces más que nadie, preciosa.

Joana respiró hondo y le preguntó a su madre algo que no dejaba de rondarle por la cabeza:

—¿Y si no estoy preparada?

—Conoces esa empresa a fondo, eres competente, tenaz, inteligente... No tienes más que lanzarte, corazón, ese es el secreto para afrontar los retos más importantes. No hay que pensar tanto, solo hay que afrontarlo, ser valiente y demostrar todo lo que llevas dentro.

Joana abrazó a su madre y le agradeció su apoyo y confianza, pero con todo no se decidió a dar el sí, hasta que dos días después recibió la llamada de James.

Desde que había abandonado las Bahamas precipitadamente no había vuelto a hablar con él y eso que él le había telefoneado unas cuantas veces, pero de momento había optado por aislarse...

Hasta que ese día descolgó el teléfono y James por fin respiró aliviado:

—Te agradezco tanto que me cojas la llamada, Joana, pensé que ya no querías saber nada mí.

—Necesitaba pensar, James.

—Podías habérmelo advertido, así no habría insistido con las llamadas. Si necesitas más tiempo, cuelgo... No quiero importunarte.

Al contrario, a Joana le agradó muchísimo volver a escucharlo, porque entre otras cosas no había dejado de pensar en él.

—No, no cuelgues. Hablemos...

—¿Qué tal todo? ¿Tu madre? ¿Tú?

—Mi madre ya hace avances importantes, va todo genial y yo... No paro de pensar en la propuesta de tu padre.

—Me siento fatal con eso, era justo lo que se me tenía que haber ocurrido a mí y no la absurda idea del matrimonio por interés, del que si te sirve de algo tanto me arrepiento.

—Olvídate ya de eso y pasa página.

—Solo espero que no me guardes rencor por nada, ni siquiera por los besos y...

Joana sonrió, ¿cómo iba a guardarle rencor por los mejores besos que le habían dado en la vida?

—Por nada, James.

—Estos días te he echado mucho de menos, me volví a Nueva York al poco de que tú regresaras y la oficina sin ti es... Bueno, no quiero que te sientas presionada. Pero te necesito tanto y sería tan maravilloso para la empresa que ocuparas la Presidencia, sería el contrapunto perfecto a mis locuras tener a alguien sensato, cabal y genial dispuesto siempre a enmendarme la plana. Hacemos un gran equipo juntos, Joana. Tú aportas serenidad, madurez, cerebro y pasión y yo el punto de locura, ambición y fuerza que necesita cualquier proyecto. Juntos somos mucho más, y mucho mejores, nos necesitamos los dos para dar lo mejor de nosotros.

Joana estaba emocionada porque que James con lo orgulloso que era reconociera que la necesitaba tanto era toda una novedad. Si bien, había algo que era evidente:

—Pero tú deseas la Presidencia para ti...

—Porque soy un cretino y no era capaz de ver que lo mejor es que yo siga en la dirección y que alguien como tú, con tu cordura y lucidez, supervise y apruebe mis decisiones. Además si es lo que has estado haciendo todo este tiempo... ¿Cuántas veces no me has hecho entender con tu mano izquierda y tu maravillosa sutileza que estaba a punto de pifiarla? Y siempre tienes razón, Joana, ves justo las zonas que yo percibo desdibujadas, contigo soy más fuerte y mucho mejor... en todo, como empresario y como persona. Quédate conmigo, por favor... Aunque no lo merezca, quédate...

Joana amaba su trabajo tanto que no hacía falta que su jefe le rogara que se quedara, pero había algo que la inquietaba:

—¿Y qué pasa con la atracción que sentimos? —preguntó porque lo mejor era ser franca—. No sé si será lo más conveniente para dos personas que trabajan codo con codo...

James se moría por besarla otra vez, por tenerla entre sus brazos, por hacerla gozar de puro placer, pero si ella quería cortar con aquello, lo entendía y estaba dispuesto a renunciar a ello.

—Somos adultos, Joana. Por mi parte, puedo controlar perfectamente mis impulsos, no hay problema con eso. No habrá más besos, ni nada... Si eso es lo que te preocupa...

A Joana le entró una pena infinita de pensar en la sola idea de que no iba a volver a besar a ese hombre, pero dijo:

—Está bien... Perfecto...

Y James sintió exactamente la misma pena...

Capítulo 20

Una semana después, Joana estaba viajando en el avión privado de James, rumbo a Chicago para cerrar la compra de acciones con la farmacéutica.

Definitivamente, después de darle muchísimas vueltas había aceptado el cargo y que William hiciera frente a su deuda.

Ella a priori no estuvo de acuerdo, pero William le advirtió de que si no lo aceptaba le cedería un paquete importante de acciones de la empresa y eso sí que a Joana le pareció demasiado.

Así que quedó zanjada la operación y ella ahora disfrutaba del despacho presidencial con vistas a Central Park desde el que cada día alucinaba por cómo había cambiado su suerte.

Para los empleados de la empresa había sido una auténtica conmoción que una asistente de dirección llegara a lo más alto de la organización, pero al mismo tiempo era una inspiración y un ejemplo.

Todos sabían lo duro que había trabajado y de alguna manera celebraban que en la empresa se acabara premiando el mérito y el esfuerzo.

Joana conocía todos los entresijos del negocio, todos sabían que había sido la artífice de muchas decisiones importantes y además conocían su brillante currículum, su talento y su dedicación.

Se lo merecía como nadie y entendían a la perfección que William Nash, que había enviado una comunicación interna a los empleados para explicar su decisión, se hubiera decantado por ella.

Antes de recurrir a un extraño, por muy competente que fuera, había optado por elegir a alguien de dentro, que lo había demostrado todo. Alguien que era al mismo tiempo el contrapeso perfecto a las labores de su hijo en la dirección, cuyo trabajo y esfuerzo también encomiaba.

Estando así las cosas, Joana se había pasado la semana trabajando a tope y apenas había tenido tiempo de hablar con James. Ya no era como antes, que pasaba a servirle un café, le entregaba en mano un informe, o recibía correos electrónicos donde le pedía reservas para funciones de teatro a las que acudía con sus amiguitas...

Ahora todo eso se había terminado y solo durante el vuelo a Chicago tuvieron ocasión de hablar durante un buen rato.

Hablar únicamente de cosas profesionales, porque tal y como habían estipulado su relación iba ceñirse a lo estrictamente laboral.

Y aunque James tenía más ganas que nunca de besarla y a ella le pasaba tres cuartos de lo mismo, los dos se guardaban sus instintos en lo más profundo de su corazón y hacían como si nada...

Como si no tuvieran ganas de encerrarse en una habitación a abrazarse, a sentirse, a darse todo el placer que estaban deseando entregarse.

Pero eso era lo que había y así siguieron sucediéndose las semanas, trabajando duro, concentrándose al máximo en la compra de una empresa de telecomunicaciones que era su próximo objetivo y dejando la faceta personal a un lado completamente.

Lo que no quitaba para que James no dejara de pensar en Joana, de soñar con su boca preciosa o su dulce figura, o de desear hacer algo tan sencillo como ver una película en casa tapados con una manta.

Poco a poco, había empezado a no solo desearla sino a anhelar una cotidianeidad de la que siempre había huido...

De repente, todo eso que siempre había considerado tedioso de la convivencia, ese compartir momentos, intimidad, conversaciones... lo deseaba más que nada en el mundo y solo con ella. Con Joana... La mujer que había hecho que sus intereses empresariales quedaran completamente en segundo plano, porque ahora lo que quería era estar con ella...

Paseando, en la cama, leyendo un libro juntos o disfrutando de una hermosa puesta de sol.

Joder, lo quería todo con ella... Era lo que más deseaba en el mundo y justo era lo que no podía tener...

Y más desde que Joana estaba empezando a salir con el capullo de Harry Smith... O eso creía...

Y es que un mes después de la llegada a la Presidencia, Harry empezó a invitarla a quedar fuera de la oficina.

Primero fue un cine, luego un teatro, después una cena... Y a la cuarta cita, Harry le sugirió una copa en su apartamento...

Joana aceptó la copa más que nada para a ver si así lograba sacarse de la cabeza a James, además Harry era quien supuestamente le gustaba... Se suponía que estaba colgada de él, que era por el que suspiraba cada vez que pasaba a su lado, sin embargo ahora...

Su presencia no le alteraba en absoluto, es más estaba sentada en el sofá de su casa con una copa en la mano y solo tenía ganas de bostezar:

—Estás muy guapa esta noche... —le dijo, y llevaba unos cuantos piropos más en lo que iba de noche.

—Muchas gracias, Harry. Eres muy amable —replicó ella, dando un sorbo a su copa.

—Está siendo una velada deliciosa, a tu lado me siento muy bien... Y ahora que tu situación ha cambiado, he pensado que podíamos ir un poco más allá.

Joana se puso un tanto nerviosa porque, aunque entraba dentro de lo posible que sucediera algo así, a cada instante se daba cuenta de que ese hombre no le gustaba ya lo suficiente como para ir más allá.

Era absurdo que siguiera empeñada en sacarse a James de la cabeza, quedando con alguien que solo le arrancaba bostezos... Así que decidió ser sincera:

—Verás...

—No, mejor déjame que hable yo, tienes que saber que tú siempre me has gustado, Joana, pero tu situación financiera me echaba para atrás. Tenías tantas deudas que no podía permitirme tener nada serio contigo. Tú no podías pagarte ni un café... Pero ahora que todo ha cambiado, se abre un horizonte nuevo para los dos...

Joana abrió los ojos como platos porque no podía creerlo, ese tío no solo era un aburrido de narices sino que además era un interesado de mucho cuidado.

Loca por salir de ese apartamento que por otra parte era espantoso de feo, se puso de pie y le dijo:

—Qué tonta he sido. Y yo que creía que eras un buen chico... Qué equivocada estaba.

—Es solo sentido común, Joana. ¿Dónde iba contigo? Me iba a tocar pagarlo todo a mí y eso no es justo.

—Que sepas que yo era la primera que sabía que mi situación era un lastre para cualquiera, pero ¿los pobres no tenemos derecho a amar? Yo no necesitaba más que un paseo por el parque, un beso, un abrazo y un “todo va a estar bien mientras estemos juntos” susurrado al oído.

—Con eso no se va a ninguna parte, hay que pagar facturas, el alquiler, hay que ser prácticos. Eres una chica preciosa, pero yo no podía cargar contigo. Sin embargo ahora que ya no tienes la deuda y que además eres toda una señora Presidenta, todo cambia. Ahora sí que eres una mujer de verdad, una mujer digna de ser amada.

A Joana le entró una rabia tremenda al escuchar esas palabras... ¿Cómo podía haber perdido el tiempo fantaseando con el amor de ese tío tan interesado y egoísta?

Luego, le miró ofuscada y le dijo cogiendo su abrigo que descansaba sobre el brazo del sofá:

—Tú no sabes lo que es el amor.

—Si te refieres al amor absurdo de los cuentos, claro que no. Yo hablo de un amor maduro, con cabeza y práctico. Y es lo que te ofrezco...

Harry se levantó para acercarse a ella y Joana dio unos cuantos pasos más atrás:

—No lo quiero. Yo quiero un amor de verdad, entregado, generoso, valiente y tan fuerte que duela hasta respirar.

Harry negó con la cabeza, la miró con condescendencia y le aseguró:

—Eso no existe, Joana. No lo vas a encontrar en ninguna parte. Y yo sin embargo te estoy ofreciendo un futuro, una vida juntos, nos conocemos, nos llevamos bien, somos compatibles y...

—Ahora tengo una buena nómina. ¿Es eso, no? Ahora sí que soy una mujer digna de ser amada. Mira, Harry, vete a la mierda... ¿Entiendes?

Joana se dirigió a la puerta y abandonó ese apartamento deprimente dando un portazo.

Luego salió a la calle, respiró hondo el frío de la noche y se sintió de maravilla por haber puesto en su sitio a ese impresentable.

Capítulo 21

Los días siguieron de la misma forma, las semanas se pasaban entre trabajo duro y pensar y pensar en James...

Lejos de sacárselo de la cabeza, cada día era más fuerte lo que sentía por él. No podía evitarlo...

Y no solo lo deseaba, lo admiraba profundamente como empresario y también como ser humano, porque después de todo si lo analizaba bien, con ella finalmente había sido muy honesto.

No solo había renunciado a lo que más quería por ella, sino que ahora que ocupaba la Presidencia, la apoyaba, la aconsejaba y la hacía ser mejor cada día.

James por supuesto que seguía siendo el de siempre, no era nada de halagos, era exigente, duro y perfeccionista, pero sentía que estaba muy orgulloso de ella y eso la hacía sentir muy bien.

No hacían falta palabras entre ellos, solo tenían que mirarse para saberlo todo, y eso valía muchísimo.

Hacían un gran equipo, como su padre había vaticinado, que estuviera Joana en la Presidencia suponía un contrapeso perfecto para equilibrar la balanza y que la empresa cosechara más y más éxitos.

Porque los números cantaban, las cifras cada día crecían más y cada día era mayor su cotización en Bolsa.

Juntos eran imparables...

Como imparable era su atracción...

Y es que dos semana antes de que llegara la Navidad, sucedió algo que no estaba previsto...

Joana estaba decorando un arbolito que había puesto en su despacho cuando James entró a consultarle algo.

A Joana se le había caído una bola que acababa de colgar en el árbol y James se acercó para recogerla...

Al hacerlo se pegó tanto a ella que sus cuerpos chocaron, sus bocas quedaron muy cerca y los dos se quedaron sin aliento.

Se quedaron mirándose y ambos sintieron una emoción y un deseo tremendos, tanto que así estuvieron unos instantes, sin decir nada.

James al igual que ella, no paraba de pensarla, de anhelarla, de desear estar con ella, de compartirlo todo... Aunque no lo mereciera...

Finalmente, ella con las rodillas temblando como una quinceañera, musitó:

—Gracias, James.

Él le dio la bola, nervioso, tanto que casi se le cayó al suelo y le dijo:

—Te está quedando muy bonito el árbol.

Joana se quedó mirando a su árbol y la verdad era que estaba quedando muy bien. Luego le contó:

—Desde que papá murió no hemos vuelto a poner el árbol en casa, por respeto a la depresión de mamá, pero ahora que tengo despacho propio, no sé... Me apetece... A mí siempre me ha gustado la Navidad...

James sintió una punzada extraña en el pecho, algo que no había sentido nunca, algo tan fuerte que le hizo suspirar y luego confesó:

—Yo soy un Grinch, ya lo sabes... Pero me encanta tu árbol de Navidad.

—Estas Navidades van a ser muy especiales, mamá ya camina sin muletas y se encuentra mucho mejor. De hecho, va a empezar otra vez a dar clases en enero —habló muy emocionada.

James que sabía lo que eso significaba para ella, sonrió muy feliz:

—¡Qué noticia tan estupenda! Me alegro tanto, Joana, te mereces todo lo mejor.

—Y te debemos tanto... Si no llegas a darme el dinero para la operación, a saber cómo estaría...

—Al final fue papá quien corrió con todos los gastos, insistió en que fuera así, él te adora...

—Y yo él, estaré toda la vida en deuda con él. Y cree tanto en mí, más que yo mismo. Jamás se me habría ocurrido que yo podía ocupar la Presidencia...

—Y lo estás haciendo tan bien... Mi padre es un genio, jamás se equivoca... La pena que haya tenido un hijo como yo...

James bajó la vista al suelo, sintiéndose culpable por todo lo que había hecho mal en el pasado, por no haber creído en ella como sí lo había hecho su padre, por haberla humillado, por haberla obligado a traicionar sus principios, por...

James no pudo seguir torturándose más porque Joana, como si pudiera leerle el pensamiento, le dijo:

—Eres un gran tipo, James Nash.

James alzó la cabeza y sin creerse para nada lo que acababa de escuchar, replicó:

—No, no lo soy.

—Deja ya de castigarte por aquello que pasó, perdónate de una vez.

—No puedo. Sería un milagro si lo hiciese...

—Ya sé que no crees, pero la Navidad es tiempo de milagros. Es tiempo de fe, de esperanza y de confiar en que todo puede ser mejor.

—¿Puede haber esperanza para un tío que la ha pifiado hasta el fondo?

Joana asintió con la cabeza y respondió convencida de ello:

—Para todos hay esperanza, incluso para ti.

James sonrió porque no se podía ser más dulce ni más preciosa que esa muchacha por la que estaba perdiendo la cabeza.

Era tan adorable, tan especial y tan jodidamente *sexy*, a pesar de que vestía con trajes de chaqueta impecables... Pero es que tenía una manera de moverse, de hablar, de tocarse el pelo que era sencillamente irresistible.

Lo que James no sabía era que ella estaba pensando algo parecido, porque cuando él sonrió a Joana por poco no le dio algo. Era tan guapo, tenía una sonrisa tan bonita y los trajes le sentaban tan bien, que le estaban entrando unas ganas horribles de arrancárselo y hacer cosas muy sucias sobre la mesa del despacho.

El caso es que James, agradeció las palabras de Joana y dijo:

—Eres demasiada buena conmigo...

—Si prefieres soy mala y te pido que me ayudes a terminar de decorar el árbol.

A James se le iluminó la mirada porque con tal de estar un rato más junto a ella, haciendo algo

que no tuviera nada que ver con lo estrictamente profesional, era feliz... Feliz como no recordaba haberlo sido...

—Pídemelo.

A Joana esa palabra le recordó a aquel momento *hot* que tuvieron y la sangre entera le ardió.

Temblando de la cabeza a los pies, se quedó mirando a la profundidad de los ojos verdes de ese hombre y musitó:

—Te lo pido...

James sintiendo el mismo estremecimiento, recordando el mismo momento, replicó con el corazón a punto de salirse del pecho:

—¿Qué quieres, Joana?

Joana no pudo evitar mirar a la boca de ese hombre al que deseaba como no había deseado a nadie en su vida y solo pudo responder:

—Bésame.

James miró a la boca dulce de esa muchacha que estaba temblando y le preguntó:

—¿Y Harry?

Él sabía que habían quedado porque los había visto salir juntos de la empresa, Harry además se había encargado de difundir que Joana había estado en su apartamento...

Él sabía que no tenían nada que hacer juntos, que Joana era una mujer apasionada a la que no podía llenar un sin sangre como Harry Smith, es más últimamente ni los había visto hablando en los pasillos... De todas formas, preguntó...

Joana se sintió muy incómoda al escuchar ese nombre, pero entendía que James quisiera saber, así que le confesó:

—Harry fue una tremenda decepción. Salí con él unas cuantas veces, pero no pasó nada. Un día tomando una copa en su casa me pidió que tuviéramos una relación, ahora que no tenía cargas económicas y que por fin era una mujer digna de ser amada.

James sintió una rabia tremenda contra ese tío que había tratado de esa forma tan asquerosa a Joana:

—¡Tenías que habérmelo contado antes! ¡Voy a ponerle en la puta calle!

Joana negó con la cabeza y le dijo:

—Déjalo, es bueno en su trabajo, y a mí él no me importa nada. Salí con él para ver si así lograba olvidarme de ti, pero...

Joana se calló y James sintió que con un poco de suerte, esas iban a ser las mejores Navidades de su vida.

Capítulo 22

James la cogió por la cintura, la estrechó contra él y le susurró con los labios pegados a su boca:

—Pero qué, háblame, Joana, necesito que lo hagas. Dime qué sientes...

Joana con los ojos brillantes de puro deseo replicó aferrándose con las manos a su cuello:

—Mejor no lo quieras saber.

—Lo quiero saber todo de ti. Necesito saberlo...

—No he dejado de pensar en ti todo este tiempo ni un instante. Y como te dije en su día tal vez la pasión esta no sea buena para los negocios, pero es lo que siento. He intentado reprimirla y no puedo, pienso en ti a todas horas, no dejo de soñar con aquello que vivimos en la playa...

James sabía muy bien de lo que hablaba porque a él le pasaba lo mismo, pero no solo era deseo... Él sentía mucho más... ¿A Joana le estaría pasando lo mismo?

Ansioso por conocer la respuesta, le preguntó:

—¿Es solo sexo, es solo atracción? Dime... ¿qué sientes por mí?

Joana se mordió los labios y, sin apenas poder respirar, respondió:

—No es solo sexo, claro que no, tú me importas mucho.

—¿Y podrías amarme?

Joana con los ojos llenos de lágrimas respondió:

—A lo mejor ya lo estoy haciendo.

James la cogió por el cuello y la besó como si la vida le fuera en ello, la besó en la boca con todas sus ganas y ella hizo lo mismo.

Así, devorados por una pasión que les abrasaba los cuerpos, se quitaron las chaquetas y acabaron en el sofá de piel...

James tumbado sobre ella, la besaba el cuello, la boca, y quería más, mucho más...

Por eso, desatado, le arrancó la camisa y le mordió los pezones por encima del sujetador hasta hacerla gemir.

Ella coló las manos por debajo de la camisa y acarició la trabajada espalda de piel sedosa...

James después siguió bajando con sus besos, hasta que llegó a la cinturilla del pantalón que desabrochó, se los bajó y las braguitas también.

Joana se sacó todo y tras quedarse desnuda de cintura para abajo disfrutó de las caricias que James empezó a procurarle con la lengua en la entrepierna.

La lamió y la lamió, recorrió sus pliegues, se perdió en su humedad, la devoró con avidez y dulzura, con voracidad y pasión, hasta que llegó un punto de placer extremo en que el clítoris se le puso tan duro que inevitablemente un orgasmo intensísimo la recorrió entera.

Mientras se estremecía de placer, James la penetró con dos dedos y ella creyó que iba a desvanecerse.

Luego, él sacó los dedos del interior, los chupó excitadísimo y ella le pidió que le dejara tenerlo en su boca.

James gruñó de placer y se puso de pie en tanto que ella caía de rodillas frente al miembro durísimo.

—Quiero que tenerte en mi boca...

James se mordió los labios de deseo, había soñado tantas veces con hacer eso, que estaba a punto de perder el sentido. Con todo, respiró hondo y preguntó:

—¿Hasta el final?

—Nunca lo he hecho hasta el final, solo he tenido sexo con mi ex, y esto lo he hecho un par de veces y nunca hasta el final...

—Si no quieres no tienes que hacerlo, solo quiero que disfrutes...

Joana le miró con los ojos encendidos de deseo y le confesó:

—Contigo quiero. Contigo he soñado con hacer estas cosas... Déjame que lo haga...

James se desabrochó los pantalones, se los quitó y luego hizo lo mismo con la ropa interior. Ya sin nada, colocó la punta de su miembro mojada sobre la boca jugosa de Joana y ella gimió estremecida:

—Estoy limpio. Practico sexo seguro y...

Joana le miró y, tras sujetar el miembro durísimo con la mano, le dijo:

—Lo sé, yo soy la que recibo tus analíticas. Recuerda que fui tu secretaria. Sé que estás limpio y yo también...

—Pero solo quiero que lo hagas si te nace, si te apetece, si estás cómoda, ¿entendido?

Joana asintió, se metió la cabeza de ese falo que era grande, grueso y largo, y James se derritió de placer.

Después, poco a poco, ella fue aceptando más y más, explorando, sintiendo, forzando sus límites, pero con placer, sintiendo, deseando más y más...

Tanto que llegó un punto en que lo aceptó en su boca tan adentro que se admiró de poder llegar tan lejos, de darle tanto placer, de vencer las primeras arcadas y poder ir más allá de todo lo que imaginaba que podía ofrecerle.

Y James admirado por la entrega, por la generosidad y por las ganas, loco de deseo por esa mujer por la que estaba dispuesto a darlo todo, se puso más duro todavía.

Joana al sentirle así, con la inminencia del orgasmo, aceptó más todavía...

Aferrada a las nalgas redondas y duras de él, dio todo lo que tenía, se entregó por completo y al fin cuando ya apenas podía más, cuando sus mandíbulas estaban tensadas al máximo, James lanzó un rugido agónico y se derramó por completo dentro de ella.

Joana al sentir ese placer, ese regalo, en lo más profundo de su garganta, lechoso, caliente, espeso, intenso, tan especial... solo pudo llorar de felicidad.

Jamás había hecho nada semejante, pero se sentía de maravilla por haber podido aceptar todo ese placer hasta el final, porque la esencia de ese hombre estaba ya dentro de ella, como lo estaba en el fondo mismo de su corazón.

James exhausto de placer y feliz como no recordaba sacó el miembro de la boca y lo apoyó en los labios dulces de Joana.

Ella lamió con la punta de la lengua las gotitas de placer que quedaban y él tuvo que cerrar los ojos porque creía que iba a morir de felicidad.

Y es que no en vano, y a pesar de que había estado con unas cuantas mujeres, ninguna se había entregado de esa manera, ninguna le había hecho gozar de ese modo, y sobre todo ninguna se le había

clavado en lo más profundo del corazón como lo había hecho Joana Sinclair.

Y así, muerto de amor, gratitud, placer y una paz infinita que sentía por todo el cuerpo, cayó de rodillas frente a ella y le dijo:

—Eres la mejor...

Joana sonrió y él la besó en la boca con todas sus ganas, mezclándose las esencias de ambos, el sabor inconfundible del sexo del bueno, del sexo con ganas, del sexo que se hace dejándose el corazón y la vida.

Porque los dos se lo habían dado todo, porque los dos sentían demasiado, porque los dos sabían que eso no era solo sexo.

Por eso, James no tuvo miedo y dijo en voz alta y clara:

—Yo te quiero Joana. Aunque sé que piensas que no tengo corazón, te juro que te quiero.

Joana se iluminó entera y sonrió porque no hacía falta que ese hombre le jurara nada para creerle.

Por eso, dijo:

—Lo sé, James, y yo te quiero a ti.

Se besaron de nuevo y luego James musitó con los labios pegados a los de ella:

—No me lo creo, dime que esto es verdad porque no me lo creo.

Joana volvió a besarle con mucha dulzura y James se derritió por dentro como un trozo de helado sobre el que se vierte chocolate hirviendo.

Después, se puso de pie y tiró de la mano de Joana con delicadeza para que también se levantara...

—Quiero bailar, estoy tan feliz que necesito bailar. ¿Te importa?

Joana se echó a reír, ya que le entendía perfectamente porque ella se sentía igual, así que pegó su cuerpo al de él, le tendió la mano para que la agarrara y le pidió divertida:

—Bailemos...

—Bailo fatal, pero necesito hacerlo. No necesito ni música, porque la llevo dentro, pensarás que estoy loco pero es lo que siento.

James la tomó de la mano, se pegó bien a ella y así comenzaron a bailar, moviéndose divertidos como si estuviera sonando un vals.

—Yo también bailo fatal... —reconoció Joana muerta de risa, sin dejar de bailar.

—Qué más da...

Los dos siguieron bailando y Joana, feliz como no recordaba, confesó:

—Me encanta... Había olvidado lo que me gusta bailar...

—Pues baila, princesa, no dejes de hacerlo...

Capítulo 23

Después del encuentro maravilloso en el despacho, pasaron los días y James no sabía cómo abordar a Joana sin resultar un cerdo, o un baboso o un pesado... O todo junto.

Él estaba acostumbrado solo a tener amigas a las que llamaba cuando a ambos les apetecía tener un encuentro íntimo y no se complicaba más la cabeza. Luego les regalaba algo, un detalle, que si un bolso o una joya discreta y todos tan contentos.

Regalos que compraba Joana...

Madre mía, cuánto le había aguantado...

No quería ni pensarlo porque entonces sí que no iba a encontrar fuerzas suficientes para pedirle que tuvieran una cita...

Menos mal que llegó el viernes y acabó viendo la luz, porque Joana le escribió un correo electrónico en el que podía leerse:

De: JoanaSinclair@nashenterprisesNYs.com

Para: JamesNash@nashenterprisesNYs.com

Asunto: Cena

Estimado Sr. Nash:

Le escribo porque me gustara invitarle a cenar esta noche en un restaurante español que hay muy cerca de la oficina, para hablar de todo menos de temas profesionales.

Si le apetece, responda este correo lo más rápido posible para hacer la reserva.

Con cariño y con besos y con mucha ilusión:

Joana S.

James sonrió al leer el mensaje de pura felicidad y le faltó tiempo para responderle:

De: JamesNash@nashenterprisesNYs.com

Para: JamesSinclair@nashenterprisesNYs.com

Asunto: RE: Cena

Estimada Srta. Sinclair:

Mi respuesta es: *Siiiiiiiiii*. Haga la reserva y pásame la dirección y la hora donde estaré puntual y feliz y expectante y agradecido y ansioso por hablar de todo menos de temas relacionados con la empresa.

Llevo días intentando proponerle una maldita cita pero no sabía cómo hacerlo.

No tengo demasiada experiencia en estas lides, más bien ninguna, así que usted me ha salvado, una vez más, invitándome...

Contando las horas que quedan para disfrutar de su compañía, reciba un cargamento de besos y que sepa que la idolatro.

Firmado: El cabrón con pintas del Sr. Nash.

P. D.: Espero que no le moleste que confiese mi adoración por usted.

Tras intercambiarse unos cuantos correos electrónicos más quedaron en la puerta del restaurante a las nueve de la noche.

Dos horas antes, Joana se marchó a casa para arreglarse y ponerse un vestido rojo entallado muy bonito que se había comprado con su primer sueldo de Presidenta.

Desde que ya no tenía problemas económicos había renovado su armario y esa noche lucía espectacular, como bien le dijo su madre que le ayudó a peinarse:

—El señor Nash se va a caer redondo al suelo cuando te vea... —aseguró la madre mientras le pasaba un espejo a su hija para que comprobara cómo había quedado el moño bajo que le había hecho.

—¡No exageres, mamá! Aunque tu moño ha quedado sencillamente espectacular.

—Tú sí que eres espectacular. Estoy muy orgullosa de ti. Te debo tanto, hija mía...

La señora Sinclair abrazó por la espalda emocionada a su hija y ella sonrió con los ojos brillantes:

—Yo sí que te debo a ti todo lo que soy. Gracias a los valores y principios que me has inculcado he podido llegar hasta aquí. Tú y papá me enseñasteis con vuestro ejemplo el valor del esfuerzo, del trabajo, del sacrificio, de la honradez... Y aquí estamos...

—Porque tienes agallas, Joana Sinclair, porque siempre has tenido una fuerza tremenda para afrontar los retos y nunca has dejado de creer en ti.

Joana respiró hondo, se retocó el maquillaje suave que llevaba y le confesó a su madre:

—Y ahora me toca otro reto más, estoy tan nerviosa...

—¡Estáis enamorados! Saldrá todo a las mil maravillas.

Joana miró a su madre a través del espejo y le confesó sus miedos más profundos:

—James no ha tenido nunca una relación seria, quiero decir de adulto. La tuvo de adolescente y le partieron el corazón, desde entonces se puso una coraza y me preocupa que acabe dándole pánico desprenderse de ella.

La madre puso la mano en el hombro de su hija, lo apretó con cariño y le dijo:

—El miedo se vence con amor. Ámalo y verás cómo sus temores se disipan.

—Es lo que hago, yo misma le he propuesto que cenáramos esta noche. Estaba segura de que él no se iba a atrever a dar el paso... Está muy bloqueado...

—Es normal con todo lo que ha pasado entre vosotros. Todavía no debe sentirse demasiado bien consigo mismo después de la proposición tan horrible que te hizo.

Joana negó con la cabeza y tras terminar de pintarse los labios habló con sinceridad:

—No, me temo que no se ha perdonado todavía y dudo si lo llegará a hacer alguna vez. Es muy perfeccionista, muy exigente con todos, pero primero consigo mismo, y sé que ese asunto le tortura. Y si a eso le sumas que tiene pavor a que le hagan daño... —Joana respiró hondo, se calló por unos instantes y con un punto de pena en la mirada, aseguró—: Lo tengo difícil, tremendamente difícil.

La madre de Joana dio un manotazo al aire y, negando con la cabeza, aseguró:

—Solo se trata de tener paciencia, poco a poco, con confianza y amor, ya verás cómo James se va a abriendo y cómo irá aceptando que a pesar de todo es digno de tu amor.

Joana suspiró emocionada y le confesó a su madre cogiéndola de la mano:

—Es que es un gran hombre, mamá. Es un hombre maravilloso, yo siempre le he admirado pero reconozco que durante un tiempo detesté su peor cara. Esa que le lleva a cometer errores por su exceso de ambición, esa que empaña todo lo bueno que hace, todo lo que se esfuerza, todo lo duro que

trabaja, todo lo que lucha para que los suyos tengan lo mejor. Él solo quería la Presidencia para llevar a la empresa a lo más alto y que todos salieran beneficiados, pero...

—Se llevó unas cuantas cosas por el camino. Entre ellas, te presionó para que tomaras una dirección que no era la correcta, Joana.

—Lo sé, mamá. Pero todos cometemos errores, todos tenemos lados oscuros...

—A mí qué me vas a contar si desde que tu padre murió vivo en las tinieblas, menos mal que he empezado a encontrar un poco de luz gracias a vuestro apoyo y amor...

—Mucha luz, mamá, toda la luz del mundo porque ya estás viviendo plenamente y sé que el resto de tu vida va a ser formidable.

Ambas se fundieron en un fuerte abrazo y luego la madre le dijo:

—Te quiero tanto, hija mía, y tienes un corazón que no te cabe en el pecho. Que hayas perdonado a James y que además le ames dice tanto de ti...

—Porque me demostró diciendo la verdad a sus padres que yo le importaba mucho más de lo que pensaba. Y a pesar de que no sea amigo de los elogios, siempre ha estado a mi lado apoyándome, él fue el que me dio la oportunidad cuando no tenía experiencia...

—Te recuerdo que también pesó en su elección, además de tus méritos académicos, que estabas muy endeudada... —le dijo la madre, haciendo de abogada del diablo.

—Esa era su parte oscura, pero la parte luminosa es mucho más potente y lo que tengo muy claro es que junto a él he aprendido muchísimo, he crecido como profesional y como mujer y quiero seguir haciéndolo.

La madre sonrió de oreja y oreja, la abrazó fuerte y luego confesó:

—Perdona por haberte chinchado más de la cuenta, solo quería asegurarme de que amas a ese hombre. Y con tus palabras solo puedo llegar a la conclusión de que sí. De que lo amas con todo tu corazón. Porque lo amas con sus luces y sombras, con virtudes y defectos, y eso es amor. Es el verdadero amor...

Capítulo 24

Joana acudió a la cita muy nerviosa pues, no en vano a pesar de que conocía a James desde hacía bastante tiempo, era una primera cita formal.

Cuando llegó él la estaba esperando en la puerta con los mismos nervios y sobre todo la misma ilusión.

Se dieron dos besos rápidos en las mejillas, luego se quedaron mirándose a los ojos y se dieron un beso fugaz en los labios.

James suspiró y Joana con las rodillas como flanes propuso que entraran a cenar...

El restaurante estaba decorado con mucha madera, luz indirecta y fotos colgando de las paredes de sitios emblemáticos españoles: la puerta de Alcalá, la Giralda, la Sagrada Familia de Gaudí...

El maître les condujo hasta una mesa discreta junto a una ventana y les trajo una carta repleta de manjares.

Tras elegir un menú degustación porque decidieron que lo mejor era probar un poco de todo, James se sinceró mientras esperaban los entrantes...

—Te agradezco muchísimo que me hayas invitado porque yo estaba loco por hacerlo, pero no sabía bien cómo hacerlo sin que pudiera molestarte.

—¿Por qué me iba a molestar? —preguntó dando un sorbo a su copa de vino.

—Lo que pasó en tus despacho, lo que nos dijimos, fue lo mejor que me ha pasado jamás. Pero no sabía cómo seguir... No estoy acostumbrado a que me ocurra esto. Tú mejor que nadie sabe que no tengo lo que podíamos llamar vida amorosa. Tengo momentos de sexo con amigas y todo lo que me está pasando contigo es completamente nuevo. Siento cada día más por ti, me importas como nadie y te deseo que ni imaginas... ¿Pero cómo lo hago?

Joana se echó a reír porque sabía perfectamente por lo que estaba experimentando:

—Me figuré que tendrían que estar pasando todas esas cosas por tu cabeza, por eso pensé que lo mejor es que cenemos y que tranquilamente lo hablemos.

—No sé ni cómo se pide salir a una chica. ¿O ya no se hace? ¿Todavía hay alguien que pregunta: ¿quieres ser mi novia? ¿O ya es algo completamente desfasado y patético?

Joana se encogió de hombros, se retiró un mechón de pelo que se le escapó del moño y preguntó con la mirada encendida:

—¿Quieres que sea tu novia?

James dio un sorbo a su copa de vino español, un Rioja delicioso, negó con la cabeza y dijo un rotundo:

—No.

Joana sin entender nada, frunció el ceño y preguntó nerviosa:

—Explícame porque creo que me estoy perdiendo algo...

James tomó la mano de Joana y acariciando con el pulgar el dorso de su mano le confesó la verdad más grande que guardaba en su corazón:

—No quiero ser tu novio. Quiero ser tu esposo. Quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Joana se quedó mirándole perpleja, sin saber ni qué responder, porque esperaba cualquier

respuesta menos esa:

—¿Me estás pidiendo que me case contigo?

—Lo tenemos todo ya, yo guardo hasta los anillos que encargué para el día de la boda falsa. No habría problema para organizar una boda para el fin de semana que viene...

Joana se llevó las manos a la cara porque ese hombre no tenía remedio:

—Tú y tus ansias infinitas... ¿Por qué no puedes hacer las cosas como la gente normal?

—Porque no lo soy. Porque cuando veo algo que quiero tiene que ser mío ya, al momento. No puedo esperar.

—Pues la vida es espera y no siempre podemos tener lo que queremos. Las cosas no funcionan así...

James le soltó la mano, se revolvió el pelo y replicó con el gesto contrariado:

—Eso es un no. Y lo entiendo. Soy un cretino que no merece nada...

—Deja la victimización, James. Lo hiciste francamente mal pero ya está todo superado.

—Yo no lo supero, me sigo sintiendo un ser despreciable cada vez que me miro en el espejo.

—No lo eres. Solo eres demasiado impulsivo y ambicioso, que para unas cosas está genial pero para otras es un auténtico horror. Pero no te estoy diciendo que no, ni te estoy rechazando... Solamente te estoy diciendo que todo requiere su tiempo, la gente primero salen, luego son novios, después se comprometen...

—¿Y tú querrías ser mi novia a pesar de todo?

Joana respiró hondo, sonrió abiertamente y con el corazón latiéndole con fuerza respondió:

—Sí.

—No me lo merezco, pero gracias... Gracias con todo mi corazón, Joana...

Joana le apretó cariñosamente la mano y le dijo asintiendo con la cabeza:

—Sí que mereces mi amor, eres un hombre extraordinario...

—No lo soy.

—Todos tenemos nuestras cosas, yo también he cometido muchos errores. Mi relación con mi ex lo fue, montar un negocio ruinoso con él también, enamorarme de alguien como Harry Smith más de lo mismo... Y todo porque no creía suficiente en mí...

—No me hables de ese tío, cada vez que me cruzo con él, me entran ganas de decirle unas cuantas cosas.

—Ya se les dije yo, tranquilo. Además, ayer solicitó la baja voluntaria, vino a mi despacho a decírmelo. Me contó que no soporta nuestras miradas cómplices, que sufre muchísimo de no tenerme...

—Valiente cerdo. Y cuando tenías una situación económica desfavorable ahí no le importaba no tenerte.

—Déjalo ya. No quiero saber nada de ese tío.

—Mira, yo también me porté fatal contigo, reconozco que acabé por decidirme por ti para contratarte porque sabía que con tus deudas no ibas a tener tentaciones de dejar el empleo. Luego me aproveché de tu situación para pedirte lo de la boda... Fui un pedazo de cabrón, pero yo no soy como Harry Smith... Joana, de verdad que no...

Joana le miró y supo que decía la verdad, además era que lo sentía en lo más profundo de su

corazón:

—Ya lo sé...

—Estaba tan obsesionado con llevar a lo más alto a la empresa, a tener buenos resultados para que todos salgamos beneficiados, desde mi padre al último empleado, que se me nubló la razón y los daños colaterales fueron terribles. Como fue en tu caso... Pero te juro que me estoy esforzando para ser mejor y ya verás cómo pronto percibes los cambios...

—Desde el primer día que llegué a esta empresa vi que había en ti todo eso de lo que hablas. Y lo admiré inmensamente, tu capacidad de trabajo, tu ambición, tu fuerza... Luego, el día en que te enfrentaste a tu padre y le dijiste la verdad me di cuenta de la clase de hombre que podías llegar a ser. Y ya con tu respaldo en mi nuevo puesto en la Presidencia me he dado cuenta de lo que eres...

James acarició suavemente la mano de Joana, la miró con un nudo en la garganta que le impedía casi hablar, pero carraspeó un poco y logró al fin decir:

—¿Cómo no te iba a respaldar si mereces el cargo más que nadie? Yo te admiro muchísimo, aunque no lo diga nunca. Pero es la pura verdad, sin ti no habría logrado nada importante. Tú eres la verdadera artífice del éxito de esta empresa.

—No te quites mérito tampoco. Y ahora creo que formamos un gran equipo.

—El mejor. Y lo formamos en la empresa y si tú quieres también lo podemos ser en la vida como pareja.

El camarero llegó con los entrantes y en cuanto se fue Joana replicó:

—Quiero, por supuesto que quiero...

Capítulo 25

Después de cenar, se marcharon a bailar al famoso local de copas de Henry Zank, donde se lo pasaron en grande.

Joana acabó con los pies destrozados, pero sin duda mereció la pena porque hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto.

Y todo se lo debía a James que cuando constató, ya de madrugada a la salida de la discoteca, que llovía a cántaros y hacía un frío tremendo, le dijo:

—Vivo a la vuelta... Me parece que lo más sensato es que subamos a casa y esperemos a que escampe... No me gustaría conducir con esta lluvia...

Joana sonrió porque la verdad era que subir a casa de James de sensato tenía poco...

—Si subo a tu casa pueden suceder muchas cosas...

—Ah bueno, que quieres que vayamos poco a poco... ¿Te refieres a eso? Nada de sexo hasta nuevo aviso... Si lo quieres así, perfecto.

Joana se echó a reír porque desde luego después de los besos y de los restregones durante la sesión de baile estaba con ganas de todo menos de quedarse sin su dosis de buen sexo.

—Ni lo sueñes. Todavía queda mucha noche por delante... Voy a avisar a mi madre para que sepa que no voy a dormir a casa.

James puso una sonrisa malévola y replicó con ganas de tener a esa mujer retorciéndose de placer bajo su cuerpo:

—No vas a dormir en ninguna parte. ¿Lo sabes, verdad?

Joana se mordió los labios solo de pensar en lo que quedaba de noche y mandó un wasap su madre.

Luego caminó de la mano por las calles mojadas junto a James hasta que llegaron a un elegante edificio, les saludó un portero uniformado y subieron en un ascensor modernísimo hasta el último piso.

Una vez allí, Joana se quedó fascinada antes ese maravilloso apartamento de enormes dimensiones, decorado en tonos cálidos y con un buen gusto exquisito y donde un árbol gigante de Navidad brillaba con sus luces parpadeantes junto al ventanal del salón.

Joana muy sorprendida de ver ese extraño elemento en el salón, en cuyas paredes colgaban cuadros de pintores modernos que debían valer una fortuna, preguntó:

—¿Pero tú no odiabas la Navidad?

—Tú lo has dicho. Lo odiaba. Pero tú me has hecho creer en ella. Y como sé que te encanta, me he puesto el árbol, también por si venías a casa... No las tenía todas conmigo porque te juro que ni me creo que estés aquí...

Joana se acercó al árbol que miró muy sorprendida, porque era enorme y estaba decorado con mucho encanto, y luego tras quitarse el abrigo que James colgó junto al suyo en un perchero, le abrazó cariñosa y le aseguró:

—Estoy aquí y no pienso irme. Además me encanta tu árbol, siempre he querido tener uno así, gigante... Y lleno de bolas... Es precioso, James. ¿Lo has decorado tú?

—Sí, y toda la casa, me encanta la decoración... —reconoció mientras encendía el fuego de la chimenea.

—Está decorada con mucho gusto, y además... ¡Dios, tienes chimenea!

James temeroso de que no le gustara le preguntó mientras trataba de encenderla:

—Si lo detestas lo dejo...

—¿Detestar? ¡Lo adoro! Me encanta el fuego del hogar, aunque claro jamás he tenido ninguno...

James acabó de encenderlo, fue a por dos copas de vino que dejó en el suelo, y tiró de la mano de Joana para que se sentara en el suelo junto a él, sobre una maravillosa alfombra cálida y suave.

—Ya lo tienes. Siéntete como en casa. Es más, me gustaría que esta fuera tu casa...

Joana se sentó junto a él, le besó suave en los labios, en tanto que él le devolvía el beso con más pasión, con ganas, con más deseo...

Actos seguido, se quedaron mirándose y ella le dijo con los labios pegados a los suyos:

—No me puedo creer que me estés proponiendo que me venga a vivir contigo.

—Ya sabes cómo soy cuando tengo frente a mí todo lo que deseo...

Joana muerta de deseo y con una sensación de mariposas en el estómago tremenda, se vivió la copa del tirón. Y ya llevaba unas cuantas...

Entre el vino de la cena y las dos copas de champán en el local de Henry Zank ya iba más que servida.

Pero como tenía sed y sobre todo muchos nervios, se la bebió del tirón y al momento se sintió como en una nube...

Una nube maravillosa en la que estaba frente al hombre por el que sentía cosas que jamás había sentido por nadie.

—Yo sí que te deseo... —musitó totalmente desinhibida.

Y entonces las manos volaron, se acariciaron, se quitaron las ropas y casi sin darse ni cuenta se quedaron desnudos frente a ese fuego que ardía tanto como ellos.

—Me debo sentir como en casa, porque mira como estoy... —dijo ella, disfrutando de las caricias de James por sus pechos y con una sensación de estar flotando maravillosa.

—Te repito que es tu casa. Siéntete completamente libre.

—Contigo siempre me siento así...

James entonces la besó, suave y dulce, en los pezones y ella gimió de placer, mientras deslizaba las manos hasta la erección de James.

—Me gustas tanto, Joana...

Joana apretó el falo duro y grande y le pidió totalmente desinhibida:

—Fóllame, James. Fóllame...

Y para sorpresa de James, de repente sin más prolegómenos, Joana se sentó a horcajadas sobre él, clavándose el falo hasta el fondo.

Al hacerlo, ella gimió de dolor, de placer, de deseo y de pura locura, porque aquello lo era pero le daba lo mismo.

James la miró a los ojos chispeantes, tal vez demasiado, que demandaban más, muchísimo más, pero él percibió algo que no le gustó nada:

—Me temo que has bebido demasiado... No tenía que haberte servido esa copa.

—Puede ser. Pero por una vez que no haga lo correcto no pasa nada...

Joana comenzó a mover sus caderas de una manera tan sensual que James tuvo que morderse los labios para no lanzar un gemido ronco.

—Joana, para por favor... Esto no está bien. Tú no estás bien... Has bebido demasiado...

—Sé muy bien lo que hago. Estoy follándote, quiero follarte y no voy a parar hasta que viertas la última gota de leche dentro de mí.

Joana volvió a moverse, a agitar las caderas de esa forma tan *sexy* y tan certera que tuvo que amarrarla fuerte por los hombros para que parara:

—¿Tomas la píldora?

Joana solo sabía que se sentía flotar y flotar, que solo quería moverse como una ola que rompe una y otra vez en la playa, así hasta que llegara el estallido final que los inundara a los dos por completo de una felicidad merecida.

—¿Para qué? No tengo relaciones sexuales desde hace mil años...

James entonces se apartó de ella, se salió por completo, porque obviamente así no quería practicar el sexo.

—Vamos a dejarlo, Joana. El sexo tiene que ser seguro y te quiero con los cinco sentidos... No así...

Joana se acercó a James, le besó en el cuello y luego bajó hasta la erección que se metió en la boca.

James estaba desesperado, no podía hacerlo estando en ese estado, es más seguramente al día siguiente Joana ni se acordaría de lo que en ese momento estaba pasando.

Así que arrepentidísimo de esa última copa que le había servido, la cogió por los hombros, la apartó con fuerza y le pidió:

—Vamos a dormir...

Ella le miró con rabia, sintiéndose más ligera aún, pero sobre todo con ganas de tener a ese hombre muy dentro...

—Clávamela James, fóllame por todas partes. Hazme tuya. Vamos, grandullón, no seas malo...

James la cogió en brazos, y mientras ella le decía lo mucho que le odiaba, la dejó en la cama donde a los pocos minutos cayó dormida como un tronco.

Capítulo 26

Unas horas después, Joana se despertó abrazada a James sin recordar nada de lo que había pasado junto al fuego y con un dolor de cabeza tremendo.

Se levantó con cuidado, cogió un analgésico del botiquín que se tomó con un vaso de leche y se volvió a la cama a ver si se le pasaba el dolor y acababa recordando algo de lo que había sucedido.

Solo esperaba que no tuviera nada de lo que avergonzarse o lo que era peor de arrepentirse...

James ya le contaría...

Se quedó dormida a los cinco minutos y tres horas después despertó con el olor del café humeante, zumo, huevos, jamón y unas tostadas recién hechas.

Abrió los ojos y allí estaba James con una bandeja con flor incluida y un beso perfecto, simplemente, en los labios.

—Buenos días, dormilona.

Joana se lanzó a por el desayuno y James se tumbó a lado, mirándola divertido. Era tan feliz de tenerla a su lado, de despertar con ella, de verla con los pelos revueltos y esa mirada tan especial...

—Esto tiene una pinta tremenda... Gracias, James. Me desperté muy pronto con un dolor de cabeza terrible. Me tomé algo y me vine a la cama. Hice bien porque ya no me duele, pero no recuerdo nada de lo que pasó anoche. Dime que fui buena y no pasó nada...

James negó con la cabeza y se cruzó de brazos mientras no dejaba de observarla fascinado:

—Estoy desnuda... Recuerdo los besos frente al fuego, desnudos, pero después...

James no quería darle demasiados detalles porque la conocía y sabía que no iba a gustarle nada saber la verdad, así que se limitó a decir:

—No te tenía que haber servido esa copa, fue un error por mi parte.

—Fui yo la que no se la tenía que haber tomado, no estoy acostumbrada. Pero estaba tan desbordada con todo y la sed, la maldita sed, que no sé qué pasó... ¿Dije muchas tonterías?

—Pasó que te cogí en brazos y te traje a la cama...

Joana sintió justo en ese momento una cierta molestia en sus partes más íntimas, como si hubiera tenido sexo...

—¿Y no hubo... nada? —preguntó temiéndose lo peor.

—No pasó nada.

Joana miró a James y sintió que debía ser sincera porque había algo que no le cuadraba:

—Verás, es que siento ahí, en esa parte de mi anatomía algo como si...

A James no le quedó más remedio que decir la verdad mientras Joana cogía la taza del café y se la bebía del tirón:

—Te sentaste encima de mí...

Joana le miró alucinada porque no recordaba nada en absoluto:

—¿Qué dices?

—De repente, sin más, y yo me di cuenta de que pasaba algo. Te pregunté que si tomabas la píldora y me dijiste que no. Te aparté de mí, te recordé que el sexo tenía que ser seguro y tú insististe...

Joana no sabía dónde meterse de la vergüenza, si bien se atrevió a preguntar:

—¿Cómo?

James dio un manotazo al aire, porque no tenía sentido recordar la noche pasada:

—No pasó nada. Empezaste a hacerme una felación y yo me negué. Me dijiste que me odiabas unas setecientas veces y te traje a la cama.

Joana tomó el zumo de naranja, se lo bebió totalmente abochornada y sin saber qué decir farfulló:

—Yo... es que... no sé... Discúlpame, James... Mi comportamiento fue...

—No tienes que ser perfecta todo el tiempo, Joana. No pasa nada por si un día pierdes el control.

Para eso estoy yo... De ninguna manera iba a permitir que tuvieras sexo conmigo en ese estado.

—Lo sé, James. Sé que eres un gran hombre, pero lo mío no tiene excusa. ¿Cómo pude emborracharme? Y espero que no fuera muy soez o vulgar... ¿Te dije alguna guarrada?

James se encogió de hombros y decidió mentir para que Joana no se sintiera peor todavía:

—Para nada. Estate tranquila. Desayuna por favor...

Joana no le creyó pero no insistió más, y sobre todo agradeció que James se hubiera portado con ella con esa exquisita corrección.

—Muchas gracias, James. Por todo. Menos mal que di contigo... ¿Imaginas que me pasa esto con otro tío? No quiero ni pensarlo...

—Estabas conmigo, Joana. No tienes que pensar nada, porque conmigo estás segura y lo sabes. O al menos espero que así te sientas conmigo.

Joana mientras devoraba el desayuno asintió con la cabeza porque así era:

—Siempre me he sentido así, James.

—Te relajaste, te dejaste llevar, porque estabas conmigo... Así que no te fustigues más y olvida lo sucedido. Lo importante es que estás aquí, que hace una mañana preciosa y que estamos como quien dice en Navidad.

Joana miró por la ventana y vio que estaban empezando a caer copos de nieve:

—¡Está nevando, James! —exclamó ilusionada como una niña.

—Por eso te he dicho que hace una mañana preciosa... ¿Quieres que vayamos a patinar a Central Park?

A Joana se iluminó la mirada porque no patinaba desde que su padre las llevaba a su hermana y a ella cuando eran pequeñas:

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Te gusta patinar?

—¿No tengo pinta de saber hacerlo? ¿Me ves muy torpón o qué?

Joana se echó a reír y replicó muy ilusionada:

—No, claro que no. Pero jamás imaginé que tú...

James se quedó mirándola y solo pudo pensar en la suerte que tenía de que la chica más maravillosa del planeta estuviera tomándose unas tostadas en su cama, al tiempo que se moría de la ilusión por algo tan sencillo y a la vez tan encantador como ir a patinar a Central Park.

Joana era tan distinta a todas las mujeres que había conocido, tenía un corazón tan puro, era tan especial, tan dulce, pero a la vez tenía tanta pasión y tanta garra que sintió una punzada de amor profundo que le recorrió entero.

—Yo solo sé que soy muy feliz, absolutamente feliz. Así que venga, termina de una vez el

desayuno y vamos a patinar.

Joana se quedó mirándole también con una sonrisa enorme mientras pensaba lo mismo que él.

Tenía mucha suerte de estar junto a ese hombre que le hacía sentir que era especial, la más especial, que la respetaba y la admiraba, que la hacía reír y que buscaba su felicidad por encima de todo.

—Te advierto que me encanta... Puedo estar horas y horas...

James arqueó una ceja y preguntó divertido:

—¿Me estás retando, señorita Sinclair?

—¿Tú qué crees? Jajajajaja. Lo único que no tengo ropa...

James se encogió de hombros y reconoció sin saber bien cómo iba a tomárselo Joana:

—He pedido a Albert, el portero, que fuera a la tienda de deportes de la esquina a recoger unas cositas que he encargado para ti. Lo tienes todo en el salón. Si no te gusta o lo que sea, se devuelve y punto.

—¡No me lo puedo creer! ¿Pero cómo sabías que iba a decirte que sí a lo de patinar?

—Un día cruzamos el parque, fue hace un par de años, no sé si recuerdas. Íbamos a una reunión con Peter Silow, pasamos por la pista y tú te quedaste mirando a los patinadores con nostalgia. Me dijiste que no patinabas desde hacía un tiempo y que te encantaba hacerlo...

—No me puedo creer que lo recuerdes...

—Estuve a punto de decirte que lo hiciéramos porque a mí también me encanta y no lo hago nunca. Pero antepuse el trabajo como siempre y no te dije nada... Ojalá pueda enmendarlo a partir de ahora... Y en cuanto a la ropa espero que no te moleste que...

Joana le colocó el dedo índice sobre los labios para que se callara y le dijo muy cariñosa:

—No me apetecía nada ir a casa a por ropa, así que te agradezco el detalle. Y te agradezco todo... Te quiero, James. Te quiero muchísimo...

Capítulo 27

Se pasaron toda la mañana patinando, se comieron unos perritos calientes en el parque y luego volvieron a casa agotados, pero felices...

Tras una ducha reparadora, James encendió la chimenea y se tumbaron en la alfombra, tapados con una manta suave, mientras de fondo sonaban los villancicos de Frank Sinatra...

Estaban desnudos, en silencio, dejándose llevar por esa música maravillosa, en tanto que afuera nevaba copiosamente...

—Me encantan los reflejos de colores de la luz del árbol sobre tu rostro... —susurró Joana, mientras le acariciaba suavemente el rostro con el dorso de la mano.

—Espero que también te guste yo, y no solo los reflejos...

—Y desde que sé que patinas de maravilla, me gustas más todavía.

James la estrechó contra su cuerpo y le confesó con ganas de no separarse jamás de ella:

—Y si nos cogemos unas vacaciones y no volvemos hasta el día 7 de enero o así...

Joana le miró extrañada porque aquello sonaba rarísimo en labios de ese hombre, trabajador incansable... Casi adicto.

—No me puedo creer que tú James Nash, me estés proponiendo eso... Además te recuerdo que tenemos unas cuantas reuniones importantes...

James torció el gesto y, tras besarla suave en el cuello, le susurró al oído:

—No quiero separarme de ti.

—Te recuerdo que trabajamos juntos. Me vas a ver todos los días...

James colocó el dedo índice en sus labios y susurró mientras los recorría lentamente:

—Te quiero en mi cama, en mi vida, en todo...

Joana abrió la boca, lamió ese dedo y James gimió de puro deseo:

—¿Por qué no me besas?

James la besó, la besó con todo el deseo que tenía dentro y al final acabó tumbado encima de ella...

Ella sintió la potente erección y movió un poco las caderas para frotarse contra él...

Excitada al máximo, James descendió con la mano hasta la vulva para estimularla más todavía, y así siguió hasta que la sintió tan mojada que alcanzó un condón que tenía al lado, se lo puso y sin más la penetró hasta el fondo.

Ella gimió al sentirle tan adentro, tan fuerte, tan duro y se aferró a su espalda, mientras él empezaba a moverse, a penetrarla poco a poco, lento pero profundo.

Joana le miró a los ojos, le lamió los labios, le acarició la piel que ardía y se fue entregando a ese placer tan delicioso, hasta que le supo a poco y le pidió más.

James recorrió con ambas manos el cuerpo sudoroso de esa mujer que le miraba estremecida. Acarició el cuello largo, los pechos redondos, tiró de los pezones, suave y duro, duro y suave, para que sintiera, para que gozara, para que pidiera más.

Como así fue, Joana le dijo que se lo diera todo y él respondió saliéndose del interior estrecho y húmedo...

Joana le miró sin entender nada, pero él descendió hasta el pubis con las manos, acarició la vulva mojada, presionó fuerte, hasta que jadeó, luego enterró dos dedos dentro de ella. Y gimió más...

Le pidió más...

James entonces le dio la vuelta, se colocó otra vez encima de ella y se hundió de nuevo en el interior tan estrecho, húmedo y delicado...

Así estuvieron haciéndolo, moviéndose desesperados, buscando el máximo placer, hasta que Joana del roce de la vulva contra el suelo se corrió muy fuerte.

James al sentir su orgasmo, se puso mucho más duro todavía, se salió del interior y Joana a pesar de que estaba temblando se puso a cuatro patas...

Jamás había hecho nada parecido, con su ex solo lo hacían a lo misionero pero con James quería probarlo todo, darle todo...

Por eso se colocó en esa postura y James le acarició las nalgas, suave, despacio...

—Nunca me han tocado por ahí...

—¿Quieres que lo haga? —pregunto James con una voz ronca que a Joana le excitó más todavía.

—Solo tú puedes hacerlo... Hazlo por favor... Hazme sentir...

James más duro que nunca, con un deseo enorme, con ganas de darle todo, echó un poco de saliva en el orificio más estrecho y la penetró con un dedo.

Joana al sentir esa invasión en esa parte de su cuerpo que no había tocado nadie se retorció de placer.

Arqueó la espalda, gimió y le pidió más...

—Puedo más, James. Dámelo... Quiero sentir. Necesito sentir...

James comenzó a penetrarla suavemente y cuando la sintió más dilatada enterró otro dedo en el interior.

Joana cerró los ojos, clavó las uñas en la alfombra y le pidió que no parara, que siguiera así, aunque ahora la mezcla de placer y dolor fuera más fuerte.

Pero no quería parar, quería llegar al final del deseo, descubrir todas sus caras, sentir como no se había permitido nunca, como nunca le habían hecho sentir.

Y así estuvo James, un rato, dándole lo que pedía y poniéndose tan excitado que no pudo más y necesitó algo muy primario, muy fuerte, de una forma muy urgente. Era algo novedoso para él, pero necesitaba liberar toda la energía que pujaba por salir de su interior, dentro de ella, en ella, quería dárselo todo.

—¿Me quieres en tu boca, Joana?

Joana que le quería por todas partes, le dijo que sí, le rogó que sí.

James retiró la mano de esa parte tan delicada, tan estrecha, tan sensible y pudo comprobar lo mucho que Joana había dilatado.

—Dios mío, Joana, eres increíble...

Joana se sentía ardiendo por dentro, sentía que quería y que podía darle todo a ese hombre, por eso se puso de rodillas y le pidió que se lo entregara todo.

James se retiró el condón, posó su miembro sobre los labios carnosos de Joana que lo miró emocionada...

—Te quiero... —susurró.

James le acarició suave el cabello y replicó con el corazón estremecido por tanto:

—Y yo...

Joana entonces abrió sus labios, temblorosa, y le recibió poco a poco en su cálido anterior, lamiéndole, sintiéndole, aceptándole, saboreándole...

James gruñó de placer y solo tuvo que penetrarla así, unas cuantas veces más hasta derramarse entero en la deliciosa y generosa boca.

Después, felices, exhaustos, saciados de tanto placer, se tumbaron juntos, se besaron locamente y Joana confesó:

—Ha sido maravilloso, James...

James la miró complacido y con un punto de lujuria en la mirada, le aseguró:

—Todavía puedo darte más...

Joana sin apenas creerlo, alucinó cuando James descendió otra vez con la mano hasta el pubis.

—No creo que pueda correrme más...

—¿Puedo intentarlo?

Joana dijo que sí, pues con él todo era posible...

James acarició la vulva, estimuló los labios, volvió a hacerla sentir otra vez, a estremecerse de puro placer y luego la penetró con dos dedos para estimularle el punto G que nunca nadie había tocado.

Sorprendida por todo lo que estaba sintiendo, cerró los ojos para sentir más y más, para dejarse llevar por esa vorágine, por esa experiencia tan excitante que la hacía gemir y gemir...

James siguió así, estimulándola, buscando su placer, entregándole todo lo que tenía para que disfrutara al máximo.

Y ella lo hizo, Joana se entregó a todas esas caricias hasta que llegó un punto en que no pudo más, su clítoris se endureció y sintió su interior a punto de estallar.

Gimió, gritó y James le animó a que no se rindiera...

—Sigue así, Joana, ya lo tienes... Sigue...

Joana levantó un poco las caderas, apretó los glúteos y sintió que tras un orgasmo brutal, se derramaba entera...

Pero derramada de verdad, porque un líquido viscoso brotó de su interior y se vertió sobre la mano de James que lo recibió como el mayor de los regalos.

Capítulo 28

Joana pasó el fin de semana entero en casa de James y se le hizo muy cuesta arriba volver a su casa.

Le extrañaba demasiado y, aunque se veían en la oficina, no era lo mismo que vivir juntos bajo un mismo techo.

Despertarse juntos, compartir confidencias en el desayuno, ver juntos una película tapados por una manta, lavar los platos, en fin todas esas cosas que suponían la convivencia y que se estaba perdiendo cada día que pasaba.

¿Se estaría volviendo tan ansiosa como él?

Pero ¿no era ella la que le había pedido tiempo al tiempo?

Pues no necesitaba más tiempo para convencerse de que quería estar al lado de James y compartir la vida entera...

Es más, así se lo confesó a él la víspera de Nochebuena en que se pasó por su despacho para invitarle a cenar esa noche junto a su familia.

—Perdona que te moleste: mamá me ha pedido encarecidamente que cenes en Nochebuena con nosotras. Sé que no es el mejor de los planes posibles, pero le hace mucha ilusión. Ah, y luego tendrás que ir a la misa del Gallo del padre Daniel... Imagino que tendrás otros planes mejores, así que entendería que me dijeras que no. Pero yo tengo que estar con las chicas, es una fecha muy familiar...

James sonrió porque le apetecía muchísimo pasar esa noche con ella, es más: era lo único que le apetecía.

—Pensaba irme a las Bahamas con mis padres, pero qué quieres que te diga, donde esté la misa del Gallo del padre Daniel que se quite todo lo demás... —bromeó James.

—Pues yo canto en el coro... —replicó Joana muerta de risa.

James arqueó una ceja y sin dar crédito preguntó:

—¿Me estás vacilando, Joana?

Joana negó con la cabeza, se ruborizó un poco y respondió:

—Me temo que no.

James la miró fascinado porque esa chica era la bomba, y cada día se convencía más de que era la mujer más especial que iba a conocer nunca. Por eso lo quería todo con ella...

—Estaré encantadísimo de escucharte cantar...

—Solo espero que tú también lo hagas conmigo. Cantaremos villancicos populares... Y algo del *Mesías* de Händel, la parte fácil, seguro que puedes cantarla también con nosotros.

—Eres una caja de sorpresas...

—Me gusta cantar y ya sabes que frecuento mucho la parroquia... Era el único club en el que me aceptaban cuando era pobre. No lo voy a olvidar nunca. Ellos nos ayudaron cuando no teníamos nada y ahora yo ayudo en lo que puedo... Mañana tenemos un mercadillo solidario... Si quieres venir, también estás invitado.

James asintió con la cabeza, admirado por la fortaleza y la personalidad de Joana y afirmó:

—Cuenta con ello.

—Perfecto. Mamá se va a poner muy contenta cuando sepa que vienes a casa. Estará nerviosísima, pero feliz... Hará su famoso pavo asado... Espero que te guste...

—Con tal de estar a tu lado, me da todo lo mismo...

—Cómo te entiendo, cada día te echo más de menos. Se me hace tan duro despertar y que no estés...

James se levantó de su asiento, la abrazó con cariño y le preguntó clavándole sus preciosos ojos:

—¿Por qué crees que te dije que no quiero ser tu novio? No puedo conformarme con vivir esto a medias. Necesito tenerte entera, compartirlo todo, respirar tu mismo aire... Pero bueno, ya sé que tú lo quieres hacer de otra forma y lo respeto.

—No sé si lo quiero hacer de otra forma, creo que me estoy volviendo tan loca como tú. Dudo que aguante mucho más viviendo en casa de mi madre... Anoche me entraron ganas de escaparme, coger un taxi y plantarme en tu casa, aunque solo fuera un rato. ¿Te lo puedes creer?

James la besó en los labios, muy despacio, saboreándola, sintiéndola y luego le confesó:

—Te creo porque me pasa lo mismo, estuve a punto de coger la moto y plantarme en tu portal para que bajaras y me dieras un beso... Solo un beso...

Joana le besó esta vez más intenso, las lenguas se enredaron, se mordieron los labios y siguieron explorándose las bocas hasta que se quedaron aliento.

—¿Uno así? —preguntó Joana.

—Besas como nadie. ¿Lo sabes, verdad?

—Yo solo sé que te quiero a ti y que me tienes abducida. No puedo dejar de pensarte, de extrañarte, de soñar con tus besos, con tus caricias, con que hacemos el amor de infinitas maneras.

James se estrechó más contra ella y bajó lentamente las manos recorriendo las curvas de esa mujer a la que estaba deseando entregárselo todo.

Luego la cogió por la cintura, la cargó como si fuera una pluma y ella rodeó el cuerpo firme y atlético con las piernas.

—¿Te gustaría hacerlo así, de pie, contra ese armario repleto de jodidos informes?

Joana asintió porque entre otras cosas había fantaseado unas cuantas veces con aquello...

James cogió un condón que tenía en la cartera, lo metió en el bolsillo y la llevó en volandas hasta la estantería, contra la que la empotró y luego le rompió la ropa interior con tan solo dos tirones de un lado y de otro...

Las braguitas cayeron al suelo y ella le desabrochó la cremallera del pantalón, para sacar el miembro que James empezó a frotar contra la vulva.

El placer era tan electrizante que se besaron desesperados mientras la excitación iba en un aumento...

Tanto que el pene se deslizó por un descuido y acabó hundiéndose dentro de ella, arrancándole un gemido que a él le puso más duro todavía.

—Perdona —le dijo saliéndose al instante.

Pero Joana no dijo nada, porque no quería que se saliera, quería sentirle así y quería que se corriera dentro de ella.

Otra locura más...

Pero qué iba a hacer si con ese hombre había perdido la cordura entera.

Luego James le tendió el condón que ella rasgó y después enfundó con cuidado mientras él gozaba al sentir la mano de esa mujer envolviendo su miembro.

Acto seguido, la miró y la besó con todo el amor que le latía en el pecho:

—Te amo, Joana. Te amo como jamás pensé que querría a nadie.

Y sin dejar de mirarse, la penetró duro y contundente, y así siguió haciéndole el amor, mientras la espalda de ella chocaba contra los malditos informes.

Excitadísimos, siguieron haciéndolo, mordiéndose, besándose, lamiéndose las bocas, mientras sus sexos se fusionaban de una forma salvaje.

Desesperados, cuando Joana le sintió más duro que nunca, él deslizó el pulgar hasta el clítoris y solo tuvo que estimularlo un poco para arrancarle un orgasmo que la conmovió entera.

Y a él también porque al sentir ese orgasmo, al notar el estremecimiento de esa mujer apretando fuerte la erección, no pudo evitarlo y se corrió brutalmente susurrándole que la amaba, que la amaba y que solo la amaba.

Después se quedaron abrazados, sintiéndose la respiración acompasada y los latidos de los corazones. Sintiendo uno, felices y en una absoluta paz...

—Qué increíble... —susurró ella, porque de verdad que no creía que aquello pudiera ser posible.

—Es tan perfecto...

—Que te asusta... —musitó ella terminando la frase y temiendo que toda esa intensidad estuviera abrumándole.

Él negó con la cabeza y convencido de lo que estaba sintiendo, precisó:

—No me asusta, porque esto es justo lo que siempre he querido tener y que estaba convencido de que no existía. Así que pienso cuidarlo porque es lo mejor que tengo... Y todo te lo debo a ti. ¿A ti te asusta esta intimidad tan mágica?

—No. Porque es amor... Y yo no tengo miedo amar. Contigo no. Contigo vuelo, no hay miedo, contigo todo es posible...

Capítulo 29

Llegó el día de Nochebuena y James apareció a las nueve en punto de la noche, vestido con un traje oscuro impecable. Llevaba en la mano una botella de champán francés carísimo y su mejor sonrisa cuando Joana le abrió y se le tiró al cuello:

—¡Estás guapísimo, James!

—Tú sí que estás guapa —aseguró besándola dulce en los nervios—, yo lo que estoy es nerviosísimo, tu madre debe odiarme...

Joana bajó el tono de voz y le cuchicheó al oído:

—Mi madre está atacada y solo quiere agradarte. Ella sabe lo feliz que me haces y si yo soy feliz, ella es feliz.

—Dios quiera que así sea... —aseguró resoplando.

—Claro que sí, además es Nochebuena, es uno de los días más bonitos del año. Todo solo puede ser salir bien...

Joana le tendió la mano a James y le condujo por un estrecho pasillo, hasta el salón donde estaba la hermana de Joana dejando unos entrantes en la mesa:

—Encantada de conocerle, señor Nash.

—Llámame James, por favor, y es increíble, te pareces muchísimo a tu hermana...

—Somos idénticas a mi padre... —dijo Tess sonriendo.

—Es una pena no haberle conocido, aunque no sé si yo le habría caído del todo bien —comentó James, con una cara muy graciosa.

Joana le abrazó con cariño y le dijo convencida:

—Seguro que sí. Era un hombre muy simpático... Y le encantaba la Navidad, si ves cómo decoraba la casa, lo ponía todo de lucecitas, un árbol gigante, compraba muchísima comida... Cuando se fue nos dejó un vacío muy grande y desde entonces las Navidades no fueron lo mismo... Pero este año como tú venías hemos tirado la casa por la ventana y mira cómo está decorado todo...

James echó un vistazo a su alrededor y estaba decorado profusamente con luces, espumillón y un árbol enorme cuajado de bolas... Y luego estaba ese olor a hogar, a guiso casero, a sopa caliente, a pastel recién hecho, a cosas ricas en suma hechas con amor. Con muchísimo amor... Y James se sintió de repente como en casa...

Y más cuando apareció la señora Sinclair con una fuente de ensalada y le abrazó con un cariño que de verdad que era como el de una madre.

Él que se esperaba una mirada de reproche, un mal gesto, algo... Aunque fuera una discreta reprimenda por cómo se había comportado con su hija, solo recibió un cálido abrazo y una mirada afectuosa que a James le conmovió:

—Le agradezco la maravillosa acogida, señora Sinclair. Es usted terriblemente generosa porque desde luego que no lo merezco.

La señora Sinclair le miró a los ojos, profundos, intensos y cargados de emoción y sintió que ese joven tenía remedio. Puede que tal vez albergara demasiada ambición en su mirada, pero también amor, generosidad, entrega, lealtad... Valores que eran perfectos para compartir una vida larga al

lado de su hija, capear todos los temporales y sortear todas las pruebas que la vida fuera a ponerles.

Así que la señora Sinclair le sonrió con amabilidad y le dijo:

—Tú sí que has sido generoso con nosotras, gracias a ti pude operarme con el mejor doctor y estoy francamente bien de la cadera.

—No hay nada que agradecer, además como usted sabe con su hija no me porté bien...

La señora Sinclair se llevó las manos al pecho y le habló para que se calmara:

—Te honra reconocer tus errores, es verdad que aquello que le propusiste no estuvo bien. Yo se lo dije a mi hija, pero supiste enmendarlo a tiempo y eso es lo que cuenta. Todos cometemos errores, James. Aquí nadie es perfecto. Así que venga, quítate el abrigo, y relájate que ya estás en casa...

James agradeció muchísimo las palabras de la señora Sinclair y luego le dio el abrigo a Joana para que lo colgara en alguna parte...

—Me lo llevo a mi habitación —anunció Joana.

—¿Te importa que te acompañe? Me encantaría conocer tu habitación —confesó James feliz de estar en ese hogar en el que se respiraba tanta paz y buen rollo.

El dormitorio de Joana estaba al final del pasillo, era un cuarto pequeño, la casa en total no debía de tener más de 50 metros cuadrados, pero estaba decorada en tonos azules claros y tenía un armario con espejos que le daba más profundidad al cuarto.

—En esa mesa es donde me has obligado a trabajar hasta las tantas de la noche... —confesó Joana señalando una mesita blanca con silla a juego, sobre la que descansaba un computador portátil.

Era todo tan sencillo que James se sintió fatal al compararlo con el despacho infinito que tenía en su departamento, con todas las comodidades y lujos de las que disfrutaba a diario.

Esas tres mujeres vivían en esa casa pequeña, seguramente que habían pasado hasta frío en los inviernos porque se fijó que en el techo había algo de humedad, aparte de los cuatro buenos edredones que estaban echados sobre la cama de Joana...

Y de repente, se sintió el mayor canalla del mundo:

—Me siento fatal, Joana...

Joana le rodeó el cuello con los brazos, se apretó cariñosa contra él y le preguntó temerosa de que se estuviera angustiando por lo reducido de la estancia, pues él estaba acostumbrado a espacios enormes:

—¿Te agobias por el espacio? ¿Sientes claustrofobia o algo parecido?

—Siento que soy un miserable, tú has mantenido sola a tu familia, pagando tus estudios, la deuda de tu ex... y seguro que has estado tan mal que muchos días no habéis podido poner la calefacción...

—Nos abrigábamos y listo. Pero esos días ya han pasado. Mira, hoy voy en manga corta, se está muy calentito en casa... —le dijo mostrándole su precioso vestido azul entallado de cuello a la caja y manga corta.

—Me siento una mierda de pensar por todo lo que has pasado, si llego a saber que estabas hasta las tantas trabajando con frío y con esta luz penosa, habría tomado medidas.

Joana le abrazó con fuerza, le besó en la mejilla y le tranquilizó:

—Está todo bien, James. ¿Vas a pasarte toda la noche torturándote?

—Es que me sabe mal que yo estuviera en mi apartamento de lujo mientras tú...

—Esta casa es pequeña, fría porque no da nunca el sol, pero es nuestro hogar y aquí he sido muy

feliz que es lo que verdaderamente importa. No te voy a negar que hemos pasado estrecheces de todo tipo, pero con amor hemos salido adelante siempre.

James la besó en los labios, orgulloso de esa mujer tan luchadora y fuerte que había sabido vencer miles de obstáculos para llegar al lugar que sin duda merecía con creces.

—Eres un ejemplo, Joana. Y te agradezco que me hayas traído a tu hogar porque así he podido darme perfecta cuenta del mérito que tienes.

—Provengo de un hogar humilde, James, pero aquí he aprendido lo que es importante y de aquí he sacado mi fuerza para sobreponerme a todo.

—Incluso a mí que soy un auténtico capullo.

Joana le besó, le acarició el rostro y le susurró al oído:

—Si supieras la de cosas que he fantaseado en esa cama contigo, te darías cuenta de lo que te deseo y de lo que te quiero.

A James se le encendió la mirada y le entraron unas ganas tremendas de empezar a hacer realidad las fantasías de su amada, pero al momento escucharon la voz de la señora Sinclair instándoles para que acudieran a sentarse a la mesa y para allá que fueron.

Ya sentados, y tras tener un recuerdo cariñoso para el señor Sinclair, la madre bendijo la mesa y cenaron cantidad de cosas ricas que hicieron las delicias de todos.

Sobre todo de James que disfrutó de aquella cena familiar, de esos platos caseros y de ese ambiente tan mágico como no recordaba.

Y es que Joana, a la que no podía dejar de mirar, ni de tocar por debajo de la mesa, hacía que todo fuera posible.

Incluso eso tan esquivo que se llama felicidad...

Capítulo 30

Después de la cena tan especial se fueron a la misa del Gallo donde Joana cantó villancicos populares que a James le hicieron llorar como un crío.

Se sentía un idiota sentado en el banco, pensó que tal vez sería el hazmerreir del barrio, pero escuchar a su chica cantar como un ángel, mirándole con esa mirada de enamorada a él, que era un diablo que no merecía más que su desprecio, le pareció un milagro.

Se sintió tan afortunado de tener el amor de esa mujer maravillosa que no podía dejar de llorar mientras sonaba *Good King Wencelas*...

Y así se pasó la misa, entre villancicos y lágrimas, hasta que la ceremonia terminó y Joana corrió a su lado para desearle Feliz Navidad...

—¡Feliz Navidad, señor Nash! ¡La mejor Navidad de mi vida!

James la abrazó con todo su amor y no pudo evitar llorar otra vez porque estaba de un sensible que daba hasta asco, pensó.

Pero qué más daba era feliz y lo que pensarán los demás le daba lo mismo...

—Igualmente, Joana. ¡Feliz Navidad! —replicó Joana, dándole un besazo en los labios.

Y justo en ese momento pasó a su lado el padre Daniel que había oficiado la misa...

—¡Así me gusta, que el amor fluya...! Hay que amar, sin miedo, como he dicho en la homilía.

James que había conocido al padre el día del mercadillo le saludó afectuoso y le felicitó:

—No venía a misa desde que llevaba pantalones cortos, pero lo hace tan bien padre Daniel, que tal vez me tenga aquí todos los domingos.

El padre Daniel le dio un palmetazo en la espalda y le dijo:

—¡Más te vale, muchacho! ¡Más te vale! Y que sepas que el dinero que has donado con una gran generosidad va a ser muy bien empleado. Creo que en tres semanas ya podremos abrir el comedor social.

Joana miró a James con sorpresa porque no le había hablado de que hubiera hecho una donación:

—¿Qué es eso de un comedor social? —preguntó a ver si así se enteraba de algo.

—Querida Joana, gracias al bueno de James vamos por fin a poder habilitar un comedor social para la gente del barrio. James ha alquilado el local grande de la esquina y ha donado una cantidad de dinero tan generosa que en este barrio nadie va a pasar fatigas por mucho tiempo...

Joana miró a James con los ojos llenos de lágrimas, emocionada como no recordaba porque en su barrio había gente que lo necesitaba de verdad, sobre todo los niños y los ancianos y se abrazó a James:

—Dios mío, James, esto es fantástico. ¿Por qué no me has dicho nada?

—Porque ¿no dicen en la Biblia que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha? —replicó James, devolviéndole el abrazo.

El padre Daniel se rió y de nuevo le dio un manotazo en la espalda:

—Muchacho, me parece que tú ya has vuelto al redil... Ya solo falta casarte con Joana y la felicidad será completa...

Joana se lo tomó como una broma, pero a James le pareció tan buena idea que le faltó tiempo

para decir:

—¿Para cuándo tiene una fecha libre, padre?

El padre se partió de risa y, tras ajustarse las gafas que se le habían escurrido hasta la punta de la nariz, repuso:

—Para los amigos siempre tengo fechas libres. Puedo casaros cuando queráis...

—Y yo supongo que opinaré algo en esto, ¿no? O ¿no pinto nada? —bromeó Joana arqueando las cejas.

—Tú tienes que decir sí, que este chico es de los buenos, y por el coro no te preocupes, que si hace falta hasta yo canto... —contestó el padre con su sentido del humor habitual.

—Anda James, ¿has escuchado al padre? Dice que eres de los buenos... —apuntó Joana divertida.

—Eso es porque no me conoce —observó James metiéndose las manos en los bolsillos.

El padre Daniel apretó fuerte el brazo de James y le habló convencido:

—Por supuesto que te conozco, sé que de vez en cuando puedes desviarte un poco del camino, pero siempre vuelves a la senda adecuada, James Nash. No en vano, hoy estás aquí...

—Es gracias a Joana, es mi luz.

—Es que Joana es un ángel. Pero no olvides que todos albergamos la luz de Dios en nuestros corazones, incluido tú... Así que haz muy feliz a Joana que se lo tiene bien merecido y ella sabrá hacerte feliz a ti...

El padre Daniel se marchó a saludar a otros feligreses y ellos dos se quedaron frente a frente mirándose enamorados.

Era tanta su felicidad que Gemma, la amiga de Joana, que estaba en la otra punta de la iglesia se percató de su presencia y corrió a saludarlos:

—Joana ¡qué bien te veo!

Las dos amigas se fundieron en un abrazo y Joana le presentó a James como su novio:

—No soy tu novio —gruñó él con el ceño fruncido. No podía evitarlo, detestaba ser el novio de Joana. Le molestaba muchísimo esa palabra, era así de tiquismiquis.

—¿Cómo? —preguntó Gemma arqueando una ceja porque no entendía nada—. Pero si os devoráis con la mirada, si hay una química entre vosotros que la he detectado desde la otra punta de la iglesia. ¿Entonces no estáis juntos?

—Sí, pero James detesta ser mi novio... —le explicó Joana.

—No detesto serlo, detesto la palabrita. Es como poco... —apuntó él.

—Él tiene un problemita con la ambición: lo quiere todo —comentó Joana risueña.

—Y para siempre —puntualizó James mientras las chicas se partían de risa.

—Uy, deduzco por vuestras palabras que la boda está al caer. Joana, avísame con tiempo para hacerme un vestido bonito... Como dicen que de una boda sale otra boda, a ver si encuentro novio...

Los tres se rieron y Gemma de verdad que estaba feliz de ver a su amiga por fin enamorada:

—Yo animé a mi amiga para que se casara contigo en la boda aquella falsa. Reconozco que atentaba contra sus principios, pero estaba loca por verla feliz y libre de esa maldita carga. Además intuía por todo lo que me hablaba de ti que podía pasar algo bonito... Que podía darse la vuelta a la tortilla... Que lo que podía empezar como una mentira podía acabar siendo verdad, y solo hay que

miraros para darse cuenta de que estáis hechos el uno para el otro.

James cogió por la cintura a Joana, la miró embelesado y dijo con una cara de idiota tremenda, o por lo menos él sintió que debía tener esa cara:

—Siempre nos hemos admirado muchísimo y aunque reconozco que la elegí a ella porque pensé estupideces como que no era mi tipo, hoy sé que soy el hombre más afortunado de la tierra.

—Tú tampoco eras mi tipo, además yo estaba enamorada de Harry...

—¡Vaya ojo el tuyo, nena! —le reprochó su amiga divertida.

—Muy bien no lo tiene que tener, porque mira que enamorarse de mí... —observó James, sin dejar de mirarla.

Joana le dio un beso dulce en los labios y luego le dijo a Gemma:

—No le hagas ni caso. Está empeñado en que es un malote, un cretino, y no sé cuántas cosas más, pero es una ricura de hombre. Me tiene encandilada...

—Espero que te dure mucho el encandilamiento, señorita Sinclair.

—Espero que toda la vida, señor Nash.

Los tres se echaron a reír y luego Gemma le preguntó a James:

—¿Tú no tendrás un amigo así guapo y talentoso como tú con el que yo pueda ser igual de feliz que vosotros? Es que os veo tan bien que me están entrando unas ganas tremendas de enamorarme...

James se llevó el dedo índice a la barbilla y tras pensar unos segundos respondió:

—Arthur Donaldson, es arquitecto, soltero, dicen que atractivo, gran profesional, buena persona, pero con un carácter que... —James hizo una pausa y preguntó—: ¿Tienes paciencia, Gemma?

—Soy maestra de escuela... ¡No hay problema con eso! ¡Tengo toda la paciencia del mundo!

Capítulo 31

La semana siguió entre reuniones importantes y salidas varias a cenar y a ver el ballet de *El Cascanueces*, que a ambos les encantó...

Y llegó por fin el último día del año que ambos decidieron pasar juntos en el apartamento de James.

—¿No dicen que hay que pasar el último día del año con quien se quiere pasar el resto del año? —le preguntó James una tarde a la salida del trabajo.

Joana le miró perpleja porque no había escuchado nunca nada semejante, pero le apetecía muchísimo estar junto a James, esa noche y todas las demás.

Así que le faltó tiempo para decir que sí y quedó el día antes con Gemma para buscar un vestido bien *sexy* y lencería roja con la que recibir el año, que eso sí que había escuchado que daba suerte.

Tan comprarse un vestido escotadísimo azul en Michael Kors y unos taconazos a juego, luego se fueron a comprarse ropa interior a un *outlet* que Gemma conocía y en el que vendían conjuntos de marca a un precio de risa.

—Me voy a comprar otro conjuntito rojo aunque me vaya a pasar la noche cenando con mi tía Daisy, uno nunca sabe quién puede llamar a tu puerta —confesó Gemma.

Joana se echó a reír y luego le recordó a su amiga:

—He insistido a James para que quedemos con su amigo un día y tú te vienes, por supuesto... Pero es que sigue en Arabia Saudí trabajando, está con un proyecto muy importante...

—No he podido evitarlo, le he buscado en Internet y está buenísimo. Dudo mucho que ese tío no tenga nada, seguro que tiene miles de amantes...

—James dice que no.

—Pues es guapísimo, eso sí tiene una cara de borde que no puede con ella. Tiene que tener un carácter un poco complicado... Pero a mí me ponen los retos, así que cuando regrese a Nueva York. ¡Quedamos!

Joana se despidió de su amiga deseándole lo mejor para el año que empezaba y regresó a casa desde donde llamó a James.

Estaba tan harta de estar sin él, de seguir en su habitación de soltera, durmiendo sola y tocándose cada noche mientras pensaba en él...

Desde luego que estaba siendo un tormento esa etapa de su relación y no entendía cómo la gente podía pasarse años de noviazgo viviendo en casas separadas, porque ella cada día lo llevaba peor.

El caso es que después de hablar con James y de decirle lo mucho que lo echaba de menos, cenó y se durmió pronto mientras fuera caída una nevada tremenda.

Al día siguiente, trabajaron durante toda la mañana ultimando el cierre de una operación y luego se marcharon a casa de James donde prepararon juntos una cena a base de mariscos, pescados y un delicioso pastel de Navidad que James aprendió a hacer gracias a una receta de su abuela.

Durante los preparativos no dejaron de partirse de risa, porque James era un caso en la cocina, picoteaba todo el rato, era un obseso de dejarlo todo limpio, no soportaba que ni se cayera ni una gota de agua al suelo y se quejaba de una forma tan graciosa que Joana se doblaba de la risa.

Joana era al contrario que él, vamos un auténtico desastre en la cocina, abría un frasco no lo cerraba, usaba una cucharón y lo dejaba sobre la encimera, en fin...

Agua y aceite.

Pero se compenetraban tan bien, como en el resto de las facetas de su vida, que a las nueve de la noche tenían listo un menú de restaurante de primer nivel...

Luego se ducharon y se pusieron sus ropas de gala, ella su vestidazo de impresión y él un traje que le quedaba divino.

Nada más verse los dos se quedaron alucinados y con ganas de quitarse las ropas...

—Joder, Joana, estás guapísima esta noche. No sé cómo lo haces que cada día estás más bonita...

Joana se ruborizó, en un gesto que a James le pareció de lo más encantador, y replicó feliz:

—Pues anda que tú, señor Nash...

Se besaron y luego cenaron todas esas maravillas, entre risas y miradas cargadas de deseo, y cuando llegó la medianoche brindaron con un champán francés buenísimo, mientras fueran estallaban en el cielo infinitos fuegos de artificio.

—¿Habrás pedido un deseo? —le preguntó ella justo después de probar esa exquisitez francesa.

James se mordió los labios, negó con la cabeza y luego dijo con la mirada más intensa y brillante que nunca.

—No, porque solo deseo una cosa y solo puedes concedérmela tú.

Joana le miró extrañado, frunció el ceño y dijo:

—¿Yo?

James respiró hondo, dejó la copa en la mesa, le arrebató a Joana la suya y tras tomarla de la mano musitó:

—Tú porque lo que más deseo con todas mis fuerzas es que te cases conmigo. No soporto ni un día más esta casa sin tus risas, sin tu luz, sin tu caos y sin tu piel... Necesito tanto tu piel, tu olor, tus besos...

—Sabes que me pasa lo mismo... Pero después de lo que me sucedió con mi ex, tengo fobia a las bodas de verdad.

—Yo estaré en la iglesia del padre Daniel tres días antes si hace falta, yo no soy tu ex. Yo te amo, Joana.

Joana le besó y con los ojos llenos de lágrimas porque, jamás pensó que la vida pudiera depararle semejante momento después de todo lo que había vivido, replicó:

—Yo también te amo, como jamás amé a nadie y como jamás pensé que se podría.

—Nos conocemos desde hace tiempo y sé que he sido un cabrón, pero tú has conseguido que acabe perdonándome. Ahora cuando me miro al espejo y empiezo a sentir el jodido autodesprecio me digo a mí mismo: “Algo bueno debes tener cuando Joana te ama”.

Joana acarició el rostro de James con suavidad y le susurró:

—Eres un hombre maravilloso, James. Nunca lo olvides.

—Tú has hecho que sea ese hombre, por eso me encantaría que te casaras conmigo.

James abrió una cajita de Cartier y sacó un anillo de compromiso con diamantes muy discreto, como supuso que sería del gusto de Joana.

Ella lo miró sintiendo que iba a marearse de tanta emoción y se quedó maravillada:

—James, es una preciosidad...

—Si lo quieres es tuyo...

Joana le miró y sintió que estaba frente al hombre de su vida. Un hombre con el que había aprendido a dar lo mejor de sí misma, a ser más fuerte, a creer en ella y a perdonar de verdad.

Un hombre que no era perfecto, como ella tampoco lo era, al que estaba amando cada día más y al que deseaba con locura.

Así que ¿cómo no querer ese anillo si estaba ansiosa por empezar de una vez una vida juntos?

Y aunque supusiera tener que afrontar su fobia al la maldita boda, iba a hacerlo porque su amor lo merecía. No en vano, sentía que su amor era más fuerte que todos los miedos...

Así que sin pensárselo más, porque aquello era una verdad que latía en su pecho, dijo tendiéndole la mano:

—Lo quiero. Lo quiero porque te amo con todas mis fuerzas.

James, con los ojos llenos de lágrimas, le tomó la mano y le puso el anillo en el dedo anular al tiempo que musitaba:

—Yo no te voy a decepcionar, Joana. Yo siempre voy a estar a tu lado. Siempre...

Joana le miró también muy emocionada y susurró:

—Lo sé, James. Creo y confío en ti...

Los dos se besaron como nunca y esa noche hicieron el amor con la profunda convicción de que por fin estaban a salvo.

De que por mucho que la vida les golpeará, siempre iban a estar el uno para el otro, para cuidarse, protegerse y respetarse.

Para ser mejores y amarse por siempre...

EPÍLOGO

Tres meses después, Joana y James se casaron donde el padre Daniel con los atuendos que habían elegido para su boda falsa.

Los padres de James se alegraron muchísimo porque siempre pensaron que Joana era la pareja perfecta para su hijo.

Solo junto a ella había aprendido a amar de verdad y solo con ella iba a seguir haciéndolo...

La madre de Joana estaba feliz de que su hija al fin hubiera encontrado su camino y con un compañero de viaje al lado que no podía ser mejor.

James llegó a la iglesia tres horas antes del enlace y no dejó de enviar fotos al wasap de Joana para que viera que no pensaba moverse de allí hasta que salieran de la ceremonia convertidos en marido y mujer.

A Joana le hicieron muchísima gracia esas fotos, pero ese día estaba tan convencida de su amor y de lo que estaba haciendo, que ni le asaltó ni uno solo de sus fantasmas.

Del pasado solo se quedaba con lo que había aprendido para seguir adelante con ilusión y esperanza, para seguir confiando y creyendo en ella misma, pero en ese instante ya solo importaba el amor hacia el hombre que amaba.

Cuando James la vio entrar en la iglesia sintió que nada merecía más la pena que el amor de esa mujer a la que iba a querer hasta el último de sus días.

Después de la boda, comieron, rieron y bailaron hasta el amanecer...

Incluidos Gemma y Arthur que ese día se conocieron y empezó algo que es otra historia...

La de Joana y James termina aquí, justo donde empieza su camino juntos...

Una aventura maravillosa que comenzará con un viaje de novios a París, y que seguirá con la venida de tres hijos, después ocho nietos y sobre todo mucho amor.

Ese amor que un día les salvó y que les hará estar unidos frente a todo...